

Las leyes que rigen nuestro sistema educativo han cambiado varias veces en los treinta años que llevamos conviviendo en democracia. Y seguirán haciéndolo. Pero todas las leyes habidas hasta ahora y las que vengan en el futuro coincidirán en señalar que el objetivo del sistema educativo es conseguir que nuestros alumnos tengan una alta preparación científica unida a un conocimiento de la sociedad a la que pertenecen y al cumplimiento ético de valores solidarios y democráticos. Con el libro que el lector tiene en sus manos se persigue exactamente eso, combinar el rigor científico con la profundización en el conocimiento de nuestro pueblo y hacerlo desde la objetividad y desde el pensamiento crítico.

Quizá sea la primera vez que se publica una obra de este tipo, en la que alumnos de un centro docente elaboran un libro en su integridad, desde el trabajo de investigación pasando por la creación literaria hasta su realización práctica como obra editada e impresa. Y es que en este caso el libro ha sido no solo redactado por un grupo de alumnas y alumnos del IES LLanes, sino que además el montaje y la producción editorial ha sido llevado a cabo por compañeros suyos de las especialidades de Preimpresión e Impresión de la familia profesional de Artes Gráficas. Ellos han diseñado la obra, realizado el tratamiento de textos, han cuidado la edición y, finalmente han impreso y encuadernado el trabajo.

Para los que hemos dedicado nuestra vida y nuestra trayectoria profesional a la labor docente es enormemente satisfactorio presentar una obra así. Sobre todo en unos tiempos en los que tan a menudo se recurre a presentar a la juventud como un problema y en los que estamos desgraciadamente acostumbrados a que los jóvenes sólo sean noticia cuando se den cifras de la cuantía de su fracaso escolar o cuando se hable de las consecuencias de su forma de divertirse. Los que estamos en contacto con ellos cada día sabemos que no es así. Que aunque la sociedad proyecta sobre los jóvenes sus carencias y sus frustraciones, en ellos está una parte de lo más valioso que tiene nuestra sociedad y también está el germen y la esperanza de una sociedad mejor, más libre y más tolerante, más preparada en definitiva que la que le hemos ofrecido las generaciones que les damos paso. Por eso es necesario quizá poner en valor a jóvenes cuyo ejemplo positivo sirva para poner de manifiesto el papel real de la juventud en nuestra sociedad. Este libro es un paso en ese sentido.

“50 andaluces y andaluzas que nos gustan” es un trabajo elaborado por un grupo de alumnas y alumnos que se conformaron como grupo cuando estudiaban cuarto de secundaria en nuestro centro. Recién graduados en ESO decidieron crear un Taller de Historia al que dieron por nombre Himilce, según confesaban lo hicieron “por ser la primera andaluza de nombre conocido y porque no sabemos nada de ella”. Se trasluce aquí toda una declaración de intenciones. Se trata de aprender más allá de lo obligatorio, de conocer mejor nuestra tierra y sus gentes y de aprender deleitándose, del goce de conocer lo que no sabemos. No es Himilce el único personaje desconocido sobre el que el grupo Himilce pone los focos para sacarlos del anonimato. También otros como Es-Saheli, por ejemplo, desconocido para el gran público pese a tener obras consideradas Patrimonio de la Humanidad. No es una relación tópica de personajes la que nos presentan. No tienen que ser célebres o conocidos, lo importante es simplemente “que nos gusten”. De ahí la plural galería de personajes por la que desfilan desde figuras que están en la frontera del mito como Argantonio o la propia Himilce hasta protagonistas de la transición política como Alfonso Guerra o Alejandro Rojas Marcos. Todo ello se ha hecho trabajando en equipo, criticando y mezclando la información obtenida de determinadas fuentes, en definitiva transformando la información en conocimiento.

El IES Llanes nació hace dieciocho años con la impronta de presentar una oferta educativa novedosa, con especialidades que no eran corrientes en nuestro sistema educativo. La comunidad educativa del IES Llanes ha hecho suya esa seña de identidad de nuestro centro en áreas como la coeducación y en proyectos como el TIC y el bilingüismo. La innovación es el hilo conductor de todo ello, y como decimos esa impronta sigue vigente después de dieciocho años. A las instituciones les acaba sucediendo como a las barricas y a los bocoyes de nuestras bodegas. El mosto que se deposita en todas ellas es el mismo pero de una salen mejores vinos que de otras. El secreto está en la “madre”, ese jugo denso que, a fuerza de cosechas, las barricas acaban generando en su interior y que, al mezclarse con el mosto nuevo, convierten a este en el mejor de los vinos. Nuestro Instituto hace años que viene generando buena “madre” y creando condiciones excepcionales para mejorar en cada cosecha. Con esta obra, los chicos y chicas que la han hecho posible han conseguido que siga mejorando el interior de nuestro bocoy. De hecho forman ya parte de la “madre” del IES Llanes. Y es que su ejemplo nos va a servir en el futuro para ser cada vez mejores. Por todo ello nuestro agradecimiento y admiración.

Miguel Camacho, Coordinador de Himilce, Taller de Historia.
Esteban Moreno, Director del IES Llanes

EDUCAR

*Educación es lo mismo
que poner un motor a una barca, ...
hay que medir, pesar, equilibrar...
...y poner todo en marcha.*

*Pero para eso,
uno tiene que llevar en el alma
un poco de marinero...
un poco de pirata...
un poco de poeta...
y un kilo y medio de paciencia
concentrada.*

*Pero es consolador soñar
mientras uno trabaja,
que ese barco, ese niño
irá muy lejos por el agua.*

*Soñar que ese navío,
llevará nuestra carga de palabras
hacia puertos distantes,
hacia islas lejanas.*

*Soñar que cuando un día
esté durmiendo nuestra propia barca,
en barcos nuevos seguirá
nuestra bandera enarbolada.*

Gabriel Celaya

Indice

ARGANTONIO.....	6
HIMILCE.....	8
ADRIANO Y TRAJANO: DOS EMPERADORES DE ROMA.....	11
SANTAS JUSTA Y RUFINA.....	15
ALMUTAMID BEN ABBAD.....	17
AVERROES.....	20
ES-SAHELI, poeta y arquitecto.....	22
PEDRO I EL CRUEL.....	24
DOÑA MARÍA CORONEL.....	28
BOABDIL EL CHICO.....	31
FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS.....	34
JUAN MARTÍNEZ MONTAÑÉS.....	37
JUAN DE MESA.....	40
BARTOLOMÉ MURILLO.....	42
PEDRO Y LUISA ROLDAN.....	46
PABLO DE OLAVIDE.....	48
LUIS DAOÍZ.....	51
JOSE MARÍA BLANCO WHITE.....	54
JUAN ÁLVAREZ MENDIZÁBAL.....	57
CECILIA BÖHL DE FABER (Fernán Caballero).....	60
MARIANA PINEDA.....	63

EUGENIA DE MONTIJO	66
GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER	68
ANTONIO SUSILLO	71
JULIO ROMERO DE TORRES.....	73
LOS MACHADO, ANTONIO Y MANUEL.....	75
ANIBAL GONZÁLEZ	84
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.....	87
ANTONIO CASTILLO LASTRUCCI	90
BLAS INFANTE	93
JOSELITO Y BELMONTE	96
FEDERICO GARCÍA LORCA	100
VICTORIA KENT	103
LUIS CERNUDA	106
RAFAEL ALBERTI	109
MARÍA ZAMBRANO	112
ESCULTOR FRANCISCO BUIZA	115
FERNANDO QUIÑONES	117
CURRO ROMERO	119
ALEJANDRO ROJAS MARCOS	122
ALFONSO GUERRA.....	125
FELIPE GONZALEZ	128



ARGANTONIO

Primer andaluz de nombre conocido. Nació en el 670 a.C. y su nombre aparece ligado a riquezas inagotables y al buen gobierno. Entre el final del segundo milenio y la mitad del primero antes de Cristo brilla en Andalucía con luz propia una civilización que sigue siendo, en buena parte, un enigma para los historiadores. Nos referimos a Tartessos. Durante mucho tiempo los arqueólogos han buscado su capital en vano hasta hoy. Sí han aparecido algunos restos arqueológicos y también espectaculares tesoros como el del Carambolo que nos hablan de una rica civilización y un pueblo culto y organizado en el sur de la Península Ibérica situado entorno al Valle del Guadalquivir y que hizo del comercio del estaño y los metales la razón de su riqueza.

Los tartesios mantuvieron una estrecha relación con los fenicios y los griegos. A través de ellos conocemos que mientras en el resto de la Península Ibérica se vivía en la Prehistoria en Tartessos florecía una rica civilización que escribía sus leyes en verso y aparece citada varias veces en la Biblia en el caso de que “las naves de Tarshish” a que se refiere el texto sagrado se refieran a Tartessos.

En Tartessos se mezclan el mito y la realidad. Pero entre la niebla de la Historia distinguimos al primer andaluz de nombre conocido cuya existencia está históricamente documentada: Argantonio. Según los griegos reinó varias décadas y enseñó la metalurgia a su pueblo. Este hecho es muy importante porque, como hemos dicho, las principales fuentes de riqueza de Tartessos eran la agricultura y la minería. Tartessos fue lo que fue gracias a los yacimientos de cobre de Sierra Morena y, sobre todo, al control de la ruta del Estaño, metal especialmente importante para fabricar el bronce, tras ser mezclado con el cobre. Así el pueblo que disponía del estaño disponía de la

materia prima más importante de la época. Tener su llave era tener la clave del futuro.

Como hemos dicho, Tartessos tuvo un fuerte contacto con fenicios y griegos. Cuando estos fueron atacados por los persas, Argantonio le regaló mil quinientos kilogramos de plata para ayudarlo a defender su territorio de un enemigo desconocido para el rey tartésico, quien prefería un Mediterráneo compartido con los pacíficos comerciantes griegos y los mercaderes fenicios. Los filólogos aseguran que su propio nombre, Argantonio, quería decir “hombre de plata”.

El reinado de Argantonio ha sido sinónimo de paz, riqueza y longevidad para los historiadores clásicos que nos hablan de él: Herodoto nos dice que pasó de cien años y Plinio lo corrobora. Anacreonte y Estrabón nos hablan de su reinado como una “época de felicidad”.

El reinado de este primer andaluz nos habla de la bondad y riqueza del sur peninsular y de sus relaciones con los otros habitantes del Mediterráneo. Muchas de estas constantes siguen vivas hoy, casi tres milenios más tarde. Está claro que Tartessos es uno de los retos de los historiadores del Siglo XXI y Argantonio su figura más importante.



HIMILCE

Himilce es la primera andaluza de nombre conocido. Esta circunstancia unida a la dificultad de encontrar datos biográficos significativos nos impulsaron no solo al reto de intentar recuperar su memoria sino también a denominar a nuestro grupo con su nombre.

Efectivamente sabemos poco de ella pero los datos que conocemos sobre Himilce la convierten en todo un símbolo como mujer decidida y adornada de cualidades y valores que bien pueden servir de modelo para los andaluces y andaluzas de nuestros días.

Su figura va indisolublemente unida a la de su esposo Aníbal, general de Cartago, y los datos que conocemos de ella son indirectos pues las fuentes se refieren siempre al varón estratega y caudillo de Cartago y apenas dan luz sobre Himilce. Pero veamos el contexto en el que se desenvuelve su vida para entender mejor a esta nuestra primera andaluza.

La entrada de Andalucía, y de toda la Península Ibérica, en la Historia se produce por ser el solar donde se enfrentan Roma y Cartago, las dos potencias de la época, en la Segunda Guerra Púnica a finales del siglo III antes de Cristo. Ambas potencias se habían enfrentado en una primera guerra a mediados de siglo por el control de Sicilia, en el corazón del Mediterráneo y a mitad de camino entre sus capitales respectivas. Roma gana esa primera guerra y se queda con las islas centrales de ese mar además de obligar a Cartago a pagarle seis mil kilogramos de plata en veinte años como indemnización de guerra. La familia Barca, a la que pertenece Aníbal asume el reto de incorporar nuevos territorios a Cartago. Esos nuevos territorios le tenían que servir para obtener riquezas con las que pagar las indemnizaciones de guerra a Roma, pero también tenían que servir de plataforma para recuperar el prestigio y el poderío cartaginés en la esperanza de una revancha frente a

los romanos. La Península Ibérica es el territorio elegido y en el 237 antes de Cristo, cuando Aníbal contaba solo nueve años, la familia Barca desembarca en Gades (Cádiz) al frente de un ejército cartaginés. Once años más tarde ese ejército elige como caudillo a Aníbal quien desde niño había jurado odio eterno a los romanos. Para entonces Andalucía y Levante formaban ya parte de Cartago que había reafirmado ciudades andaluzas anteriores como Gades, Carmona o Villaricos (Almería) y había fundado nuevas ciudades en Levante como Akra Leuke (Alicante) o Qart-Hadast (Cartagena). Pero Aníbal deseaba extender sus dominios en la Península por la Meseta y más allá del Ebro, para ello practicó una política de alianzas con los indígenas que le dio buenos resultados a pesar de sitiar Sagunto y provocar una nueva guerra con Roma. Esas especiales relaciones con los indígenas lo llevan la primavera del 220 antes de Cristo a contraer matrimonio con una princesa ibera, Himilce, hija de Mucro, un reyezuelo de Sierra Morena con capital en Cástulo (Linares) desde donde controlaba interesantes yacimientos ricos en minerales. Fruto de este matrimonio es su hijo Aspar que nace durante el sitio de Sagunto que da origen a la Segunda Guerra Púnica y lleva a Aníbal a decidir atacar a Roma en la misma Italia, con un ejército de mercenarios ibéricos en su mayoría, compuesto por 28000 infantes, 8000 jinetes y 34 elefantes traídos de África. Himilce intenta seguir los pasos de su marido y acompañarlo en la campaña militar, pero Aníbal se niega manteniendo que una mujer no tiene cabida en el ejército cartaginés. No era la primera vez que mantenían criterios diferentes. Ya Himilce había cuestionado la costumbre cartaginesa de ofrecer a los dioses el sacrificio de niños.

Literatos que han novelado biografías de Aníbal como Eslava Galán y Gaspar Haefs coinciden en recoger las leyendas del carácter independiente y decidido de Himilce que llega a intentar persuadir a su marido para que no lleve a cabo planes destructivos que al final se volverían contra la misma Cartago. Pero sobre el general cartaginés pesó más la idea de vengar la humillación que Roma hacía sentir a Cartago generación tras generación. Las fuentes más cercanas en el tiempo como el poeta latino Silio Itálico la retratan sensata y aguda en contraste con su marido aguerrido y pertinaz. Para el poeta latino Himilce ejemplifica la suavidad, la afabilidad y el temple, es decir la razón y sugiere que incluso su propio nombre de origen griego (no hay que olvidar la importancia de la colonizaciones en Andalucía) sugiere esas cualidades [Meilichos].

Antonios Augoustakis, de origen griego aunque profesor de la Baylor University de Texas la elige como ejemplo de mujer bárbara que representa los valores que los romanos querrán hacer suyos. Así Himilce es fiel a su cultura pero entiende que puede haber “otras”. Desconocer eso lleva a Aníbal a su propia

destrucción. Himilce ejemplifica también los ideales de fidelidad y piedad y “es la falta de esas cualidades la que lleva a los cartagineses a la derrota”. Tal como es retratada por Silio Itálico, Himilce no es partidaria de reafirmarse por la amenaza sino mediante la fidelidad a los acuerdos.

Por ser significativo, dejamos para el final la emotiva escena de la despedida en el puerto de Cádiz de una Himilce que lamenta la separación impuesta por Aníbal a fin de ponerla a salvo de la campaña bélica que iba a emprender:

“ ¿A mí [Aníbal] me impides acompañarte, olvidado de que mi vida depende de la tuya?. ¿En tan poco estimaré el matrimonio y la cesión de mi virginidad como para fallarte en subir contigo montañas [si es preciso]?. ¡Confía [Aníbal] en la fortaleza femenina!. No hay fuerza que supere el amor [de una mujer]. Pero si solo soy juzgada por mi sexo y has resuelto despedirme [...] que la divinidad te asista [...] marcha con buen pie [...] y en la batalla y el sangriento combate acuérdate de mantener vivo el recuerdo de tu esposa y de tu hijo.”

(Púnicas III 109-127)

Son las palabras de una mujer andaluza del siglo III antes de Cristo. No hace falta señalar que representa valores vigentes aún en nuestros días. Siguiendo la crónica de Silio Itálico, Himilce embarcó hacia Cartago y no volvió a encontrarse con Aníbal, muriendo en una epidemia. Algunas leyendas mantienen que volvió a Sierra Morena y fue enterrada en Cástulo donde le erigieron una estela funeraria que con el tiempo fue destruida por los legionarios romanos de Escipión.

*“... Le pusieron un nombre, Andalucía.
Y hubo un pueblo en sus venas, llamado
a poblar los caminos del mundo.
Luego nació el amor.
Y el hombre alzó la vid, victorioso, en el vientre
de aquella tierra hermosa, transmutada en mujer.
Brotó el canto de aquella sementera orgullosa
e Himilce se hizo tierra:
le pusieron un nombre, Andalucía...”*

*Coda Final de “Cinco cantos a Himilce”
del poeta Domingo F. Failde*



ADRIANO Y TRAJANO: DOS EMPERADORES DE ROMA

La romanización es un hito esencial en la historia de Andalucía. Junto a la época arábigo andalusí, a la conquista castellana y a la influencia del descubrimiento del Nuevo Mundo, la romanización es una de las épocas más importantes de nuestra historia, no en vano abandonamos definitivamente la Prehistoria y entramos en la Historia de la mano de Roma, que nos aporta además el germen de nuestra lengua, nos da una red de calzadas por las que comunicarse y comerciar, nos conforma un territorio con ciudades importantes como Gades (Cádiz), Corduba (Córdoba) o Hispalis (Sevilla). El Sur de la Península Ibérica se convierte en la Bética recibiendo su nombre del río Betis, el Guadalquivir de hoy. La Bética no fue una provincia más. Aquí el número de personas consideradas “ciudadano de Roma” fue muy superior al de otras provincias. Muchos escritores y filósofos procedían de la Bética: Columela, Lucano y Séneca entre ellos. Incluso dos ciudadanos de la Bética llegaron a ser Emperadores de Roma: Trajano y Adriano

TRAJANO

Trajano fue el primer emperador romano nacido en la Península Ibérica. Fue además un general muy inteligente hasta el día de su muerte que contribuyó a la mejora del Imperio con nuevas construcciones y un emperador indulgente que no persiguió a los cristianos con la crueldad acostumbrada.

Trajano nació en Itálica, la ciudad que Escipión el Africano había fundado en el 206 a. C. para establecer en ella a los veteranos de la guerra contra los cartagineses. El nombre de Itálica hacía referencia a Italia, el origen de sus primeros habitantes y la ciudad sería urbanizada y dotada de las mejores infraestructuras. En esta ciudad cercana a Hispalis y en el seno de una familia de la pujante aristocracia bética nació en el año 53 de nuestra era el que llegaría a ser el primer emperador de origen no estrictamente

romano. En el año 97 d. C. cuando contaba 44 años el emperador Nerva lo asoció al Imperio, siendo nombrado emperador a la muerte de este tan solo un año después.

Trajano había recibido de joven una excelente formación militar. A lo largo de su vida se vio envuelto en numerosas guerras en distintos puntos del Imperio, saliendo victorioso de todas ellas y extendiendo los límites del territorio dominado por Roma. Su última campaña sería en Armenia en el año 114. Ya antes había culminado la conquista de los Balcanes y de los territorios situados al Norte del Danubio, como la Dacia, actual Rumanía, y Moldavia, que pasaron a ser romanos a partir del 106 de nuestra era. Para celebrar esta conquista se celebraron en Roma unos juegos que duraron varios meses y fue en este periodo de tiempo cuando se construyó la llamada “Columna Trajana” en el foro de Roma.

Trajano llevó el “limes” del Imperio Romano a Babilonia y el Golfo Pérsico. Con sesenta años aun sentía la tentación de imitar a Alejandro Magno y continuar hasta la India, pero en el 117 cuando pretendía enfrentarse a las sublevaciones judías, la enfermedad lo castigó y tuvo que ceder el mando a Adriano.

Pero Trajano no solo fue un conquistador, fue también un gran constructor. Durante su mandato se construyeron un sinnúmero de calzadas, canales, puentes y otras obras públicas que conllevaron grandes gastos para las arcas romanas pero que fueron perfectamente acogidas porque ayudaban al progreso y al engrandecimiento del Imperio.

Generoso por naturaleza, Trajano no quiso acabar con la forma de gobierno que había aprendido de Nerva ofreciendo ayuda a los más necesitados y proporcionando alimento a aquellos que no podían obtenerlo por sus propios medios.

Su figura es considerada como el “optimus princeps”, el gobernante perfecto. Más allá de sus conquistas, su actitud de respeto tanto por el senado como por la tradición le valió ser recordado como el emperador que llevó el Imperio Romano a su máxima expresión.

ADRIANO

En el siglo I Itálica era ya famosa por su teatro y un anfiteatro con capacidad para veinticinco mil espectadores, uno de los más grandes del Imperio. Tenía además dos termas, calles anchas y grandes estatuas de las que muchas se conservan todavía, pero buena parte de su esplendor se lo debe a uno de sus

hijos, Publio Elio Adriano nacido en el año 76 y que, como Trajano, llegaría a ser Emperador.

Adriano procedía de una familia de senadores de Itálica que había tomado el nombre de “Adriana”. Aficionado desde pequeño al ejercicio físico, que solía practicar en los alrededores de Itálica, y la astronomía había sido educado al modo helénico y siempre tuvo pasión por Grecia. Adriano fue un hombre sabio, quizá el más culto de los emperadores, siendo conocido como “Graeculus” por ser el primer emperador que llevó la barba de los filósofos, quizá para encubrir los defectos de su cara. De estatura alta y elegante porte era también de carácter melancólico, sintiéndose muchas veces incomprendido y mostrando una personalidad algo prepotente. Amaba los libros, escribió desde tratados a libros de poemas: “la palabra escrita me enseñó a amar la voz humana” llegó a decir. Fue un gran impulsor de la cultura y las artes y mejoró en mucho la vida de los esclavos.

Mejor administrador que general, dedicó su mandato a la organización del Imperio para cuya gestión creó una sólida burocracia. Organizó el derecho mandando recopilar el código de jurisprudencia “Edictum Perpetuum” que fue válido hasta los tiempos de Justiniano y constituyó la base del “Corpus Iuris Civilis”.

Acompañó a Trajano, su antecesor, en todas sus expediciones, siendo cuestor y legado en la Dacia recién incorporada al Imperio. Muerto Trajano en la campaña de Siria, Adriano fue proclamado Emperador por las legiones y más tarde confirmado por el Senado rigiendo con el nombre de “Cesar Adriano Trajano Augusto”.

Sus primeras acciones como emperador fueron pacificadoras: renunció a las tierras de los partos que tantas bajas habían causado a sus antecesores, hizo de Armenia un estado vasallo bajo un príncipe parto, situando la frontera en el Éufrates, y llevando la paz a las provincias orientales, volviendo así a florecer el comercio. Restablecido el orden en Asia, llevó las legiones a Panonia, al Norte del Danubio, la actual Hungría, donde reforzó el “limes” con murallas y fosos para prevenir ataques de los pueblos asentados al Norte antes de presentarse en Roma donde fue triunfalmente recibido.

Esta misma operación la llevó a cabo en Britania, donde entre el 122 y el 126 construyó una sólida fortaleza de 120 kilómetros de longitud para defender la colonia de las incursiones de los pueblos del Norte. Esta obra llamada la “Muralla de Adriano” se conserva todavía hoy en buena parte.

No obstante, no logró la paz en todas sus empresas: su proyecto de reconstruir el templo de Salomón en Jerusalén para consagrarlo al dios Júpiter provocó una insurrección judía que hubo de ser aplastada a sangre y fuego. Sí llevó a cabo importantes construcciones en Roma, donde construyó el templo de Venus y el Foro Adriano y reconstruyó el panteón de Menenius Agripa, la sorprendente Villa Adriana o su sepultura, la Moles Hadriani, actual castillo de Sant'Angelo.

Gran viajero, visitó Alejandría en Egipto, donde remontando el Nilo llegó a Menfis y Tebas. Allí murió ahogado su amigo íntimo Antinoo al que deificó, y fundó una ciudad, Antinópolis, dedicada a su memoria.

Añoró siempre volver a su tierra y su política respecto a la Bética, actual Andalucía, fue generosa y favorable. Restauró las vías hasta Gades (Cádiz) y se sabe por Tácito y Tito Livio que perdonó dos millones de sextercios que debía esta provincia. En Itálica Adriano amplió la ciudad construyendo la parte más suntuosa de la misma, la que denomina "Nova Urbs". Urbanizó sus calles convirtiéndola en el ejemplo de planificación urbana que puede admirarse hoy con calles de ocho metros de calzada y un espacio similar para los peatones dotado de soportales, además de un sólido y eficaz sistema de alcantarillado.

La paradoja es que Adriano no llegara a conocer estas obras, pues unas discrepancias a cuenta de un suministro de tropas lo mantuvo alejado de su ciudad natal. No obstante fue un gran gobernante. Un ilustre representante del nivel que llegó a alcanzar la Bética Romana.



SANTAS JUSTA Y RUFINA

Alfareras y sevillanas, ampliamente representadas en la iconografía de la ciudad, símbolo de Sevilla, Santas Justa y Rufina son además un ejemplo de no renegar de los principios, de ser fieles a las propias ideas. Las hermanas fueron sometidas a tormento y encontraron la muerte por rechazar a los dioses paganos. Su fiesta se celebra el 17 de Julio.

Durante el siglo III d. C. el cristianismo no estaba demasiado extendido por la Península Ibérica y lo poco que existía estaba en lucha constante con el Imperio Romano. Precisamente en Santas Justa y Rufina encontramos el primer dato histórico que sitúa al cristianismo en la Península Ibérica.

Justa y Rufina eran dos hermanas sevillanas de esa época tan pobres como castas y religiosas. Se dedicaban a la alfarería y todos los días iban al foro romano a vender su mercancía. Cumpliendo con el mandato de su fe, el poco dinero que ganaban lo repartían entre los más pobres y se quedaban solo con lo preciso para sobrevivir.

Su sufrimiento comenzó el diecisiete de Julio del año 287 de nuestra era. Ese día se celebraba la fiesta del dios pagano Adonis y de su supuesta amada la también diosa Salambó, trasunto oriental de la diosa Venus.

Mientras las dos hermanas exponían su mercancía un grupo de gente con la figura de los dioses entró en el foro cantando y bailando. Se acercaron a ellas y les pidieron un donativo para los dioses paganos. Nuestras dos heroínas declinaron la invitación. Como quiera que la turba insistió en su petición ellas alegaron que su religión era la cristiana, que solo creían en un solo Dios Todopoderoso y que no estaban dispuestas a colaborar con ceremonias que ensalzaban a dioses paganos o ídolos de barro.

Ni que decir tiene que el incidente acabó en trifulca y que en medio de la refriega tanto las figuras de los dioses paganos como las piezas de alfarería que vendían las hermanas acabaron hechos añicos por el suelo.

Las autoridades romanas inculparon a nuestras santas de grave ofensa a la religión oficial y ambas hermanas fueron llevadas a juicio en nombre del emperador Diogeniano. Santas Justa y Rufina acabaron inculpadas, encerradas en mazmorras y sometidas a tortura para que apostataran, es decir, para que renegaran de su fe.

Ni siquiera el martirio torció sus firmes voluntades. Ambas mujeres fueron colgadas del techo por las manos mientras que varios verdugos desgarraron sus pieles hasta casi arrancárselas. Pero ninguna de las dos hermanas dio su brazo a torcer y rezaban cada vez más alto a cada latigazo que le propinaban haciendo caso omiso al dolor que estaban padeciendo.

La firmeza de convicciones de las santas enfurecía cada vez más a las autoridades romanas que las volvieron a encerrar en las mazmorras más tétricas de la ciudad donde fueron privadas de todo alimento. Existe la creencia de que dichas mazmorras se encontraban en el lugar que ahora ocupa la cripta de la Iglesia de la Trinidad en Sevilla.

Justa no pudo soportar la crueldad del castigo. Las heridas se le infectaron y la debilidad provocada por la falta de agua y de alimento la hicieron fallecer siendo su cuerpo arrojado a un pozo. Más tarde los cristianos de la ciudad recuperarían su cuerpo y el obispo Sabino la enterraría dignamente.

Rufina logró sobrevivir si bien los romanos deseosos de acabar con aquel asunto la condujeron al anfiteatro donde fue quemada en una hoguera después de decapitarla. Los cristianos de la ciudad recuperaron sus cenizas y las depositaron en el enterramiento de su hermana.

Las hermanas mártires se han convertido desde entonces en un símbolo de toda la cristiandad, no solo de la Ciudad de Sevilla. Desde entonces han sido representadas por innumerables artistas como Goya o Murillo. Se le atribuyen numerosos milagros y son el tema principal de poemas y canciones. Hoy día son patronas de varias ciudades entre las que, naturalmente, se encuentra Sevilla, su ciudad natal.



ALMUTAMID BEN ABBAD

*“Sevilla es una novia
cuyo esposo es ‘Abbad,
el Aljarafe es su corona
y su colar es el río”*

(Al-Saqundi al-Andalusi)

Cuando en 1031 desaparece el Califato de Córdoba surgen, como si de un espejo roto se tratara, una multitud de reinos musulmanes llamados taifas que, si bien son débiles militarmente e impotentes políticamente, suponen una etapa de esplendor cultural donde la filosofía, la poesía y la ciencia brillan especialmente. La primacía política pasa en ese periodo de Córdoba a Sevilla donde la familia Abbadí llegó a controlar toda Andalucía Occidental más el Algarve portugués. El más importante de los reyes abbadíes es Almutamid, rey tan singular que reunió un gobierno de sabios dirigidos por el poeta Ben Zaydun como primer ministro, hizo a un bandolero capturado, Halcon Gris, el jefe de su guardia personal, hizo de otro gran poeta, Abenamar, su embajador en la corte cristiana de Alfonso VI y eligió como esposa a Rumaikiya, una esclava que amasaba adobes a orillas del Guadalquivir a la que, como prueba de su amor, llenó las albercas en las que trabajaba de azúcar, canela y agua de rosas.

Motamid, Almutamid o Almotamid, pues de las tres formas es llamado, nació en 1040 y sube al trono con solo veinte años de edad. Su padre Motadid Abu Abbad había intentado unificar los territorios que unían Sevilla con el Atlántico, así conquista Niebla, Huelva, Mértola y Silves, en Portugal estos últimos, y en estos territorios occidentales tiene Almutamid sus primeras experiencias de gobierno. Su carácter se muestra muy opuesto al de su padre

que era guerrero e impulsivo, Almutamid por el contrario es un político culto apasionado defensor de la filosofía y la ciencia. Al-Marrakeshí escribió de él que “sólo escogía como visires a hombres de gran cultura. Tuvo una corte de ministros poetas, lo que nunca se había visto... Sevilla alcanzó tal grado de civilización que el pueblo suele decir que si se pidiese leche de pájaro se encontraría en Sevilla”. Su reinado está marcado por muchos de los rasgos que definieron a Al Andalus: tolerancia, sensibilidad y amor a la vida.

No obstante la España del siglo XI es difícil y complicada. En el Norte Alfonso VI conquista Toledo e impone el pago de tributos a los taifas de Sevilla y Badajoz. La presencia del Cid en Sevilla en 1079 tiene que ver precisamente con el cobro de esos pagos, aunque es curioso que interviniere a favor del rey sevillano en sus disputas con las taifas orientales.

En el siglo XI las relaciones entre los reinos cristianos y musulmanes en la Península Ibérica son complejas, lo mismo se enfrentan por las armas que acuerdan embajadas e incluso bodas reales. Almutamid le da una hija política suya, Zaida, en matrimonio a Alfonso VI. Esta será además la madre del único hijo varón que tenga el monarca castellano. Zaida, bautizada como Isabel cambiará el entorno de Alfonso VI, quien se proclama “emperador de las dos religiones” mientras su corte adquiere tintes andalusíes en palabras de historiador González Palencia «sabios y literatos musulmanes andaban al lado del rey, la moneda se acuñaba en tipos semejantes a los árabes, los cristianos vestían a usanza mora y hasta los clérigos mozárabes de Toledo hablaban familiarmente el árabe y conocían muy poco el latín, a juzgar por las anotaciones marginales de muchos de sus breviarios».

Pero la voluntad de Almutamid no puede contener la barbarie de la guerra de religiones. La necesidad de recaudar impuestos para pagar las parias (tributos a cambio de seguridad de no ser atacados) era contestada desde los púlpitos de las mezquitas por los predicadores fanáticos molestos por la tolerancia religiosa de un rey que había llegado a escribir sobre los imanes de las mezquitas que “ojalá crean en su corazón lo que su lengua pregona”. El resto de taifas veían con malos ojos las relaciones del rey poeta con Alfonso VI. La situación se hace tan tensa con la llegada de los castellanos al sur del Tajo que los musulmanes recurren a los almorávides, monjes soldado que tienen su origen en el Sahara y que forman una confederación de tribus bereberes que fundan Marrakech para convertirla en la capital de un imperio que restablezca un islam rigorista y fanático. Como dijo Almutamid no había esperanza, se trataba de “elegir entre ser porquero de los castellanos o camellero de los almorávides”. Cuando Yusuf ben Tashfin el caudillo almorávide llega a Al Andalus no solo impone la sharía (ley islámica) sino que lanza además una fatwa (sentencia islámica) declarando impíos a

la corte andalusí de Almutamid por hacer al pueblo indiferente a la religión. Almutamid es capturado y trasladado preso a Agmat, una aldea del Atlas cercana a Marrakech donde morirá en 1095 recordando siempre a Sevilla y dejando todavía algunos de sus mejores versos:

“Cadena mía, ¿no ves que vivo unido a ti?. ¿Por qué no te enterneces ni te apiadas?”

“¿Por qué no he de pasar todavía una noche, rodeado de jardines, de surtidores de agua, en la tierra donde nace el olivo, donde el gran río, donde se arrullan las palomas?”

Así era el rey poeta de los sevillanos, un hombre de paz, un partidario de la tolerancia entre culturas al que los fanatismos arrastraron hasta la cárcel y el exilio en el que encontró la muerte.



AVERROES

Córdoba en el siglo XII ya no era la capital del califato. Incapaces de resistir por sí solos el avance de los reinos cristianos los hispanomusulmanes han pedido el apoyo de los almorávides y almohades. Estos vienen desde el norte de África y detienen momentáneamente a los cristianos pero imponen el fundamentalismo. En ese clima ser un innovador era una peligrosa aventura. Averroes vio proscrita su obra y fue desterrado. Al final, todos sus adversarios tuvieron que aceptar su sabiduría. El sultán almohade lo llamó a Marraquesh para perdonarlo, los cristianos conocieron y respetaron su obra y, a través de él conocieron a Aristóteles. Sirva como ejemplo del respeto del que gozó Averroes por los cristianos la escena de la Divina Comedia de Dante Alighieri en la que el protagonista arroja al infierno a los libros paganos. Dante no envía al infierno los libros de Averroes, como hace con otros musulmanes, eso indica la consideración que los sabios cristianos tenían por Averroes. Autores renacentistas como Picco della Mirandola lo reivindicaron como un adelantado del Renacimiento. Aunque Averroes tuvo una vida difícil su obra es tan importante que trasciende a su tiempo.

Muhammad Ibn Rushd, que así se llamaba realmente el que los cristianos conocían como Averroes, nació en Córdoba en 1126. Su familia había acreditado un gran prestigio como juristas al servicio de la corte almorávide. Su amplia formación le permitió trabajar en la corte real como juez y como médico personal del califa Yusuf.

Gran trabajador, Averroes presumía de que tan solo había dos días en su vida en que no se hubiese dedicado a la lectura: “el de la muerte de su padre y el de su propia boda”. Le interesó todo el saber y dejó obras escritas en las más variadas disciplinas: Derecho, Medicina, Filosofía, Teología... mucha de las cuales fueron traducidas al latín y por tanto su influencia no queda

únicamente en el ámbito del mundo musulmán sino que también estuvo accesible a los sabios de la cristiandad. Entre otras cosas la Europa cristiana conoció a un autor clásico tan importante como el griego Aristóteles a través de los comentarios que hizo el filósofo cordobés en sus obras. Aportaciones como su teoría del mundo eterno o sus teorías sobre el intelecto tendrían una gran repercusión en pensadores posteriores.

Averroes, siendo aún joven ya es considerado como un gran sabio y en 1153, cuando tenía solamente veintisiete años de edad es solicitado para viajar a Marruecos donde el sultán de Marraquesh lo llamó para que le ayudase en su reforma de la educación. Hay que tener en cuenta que Marraquech era la capital almorávide y el centro de poder más pujante en el mundo musulmán de ese momento.

En 1169 lo tenemos en Sevilla, donde ejerció de cadí en la corte almohade. En 1182 sustituye a Ibn Tofail como médico de cámara del sultán Abu Yacub Yusuf, el constructor de la Giralda. Ibn Tofail es considerado con Avicena la máxima expresión de la medicina en el mundo musulmán. Que Averroes lo sustituyese habla del alto grado de valoración que tenía como médico, si bien ha pasado a la historia como filósofo.

De Sevilla volvió a Córdoba, donde ejerció como cadí, es decir juez. Esa época era difícil. La victoria sobre los cristianos en Alarcos en 1195 pone de relieve el empuje almohade y reaviva el fundamentalismo. Averroes era autor de una obra muy discutida por los ortodoxos y su relación con la corte había avivado las envidias. Sus adversarios tienen una victoria fugaz. Averroes es desterrado de Córdoba y obligado a residir en Lucena. Su obra es condenada en Marrakech, el centro del Imperio Almohade, por impía y por desprecio de la religión y tolerancia con el ateísmo. Las madrasas

-especie de universidades- y los sabios de Al Andalus salen en defensa de Averroes. Es conocida la defensa que hacen ante el sultán los jurisconsultos y sabios de Sevilla. Averroes es llamado a Marrakech y, aunque obtiene el perdón, muere en la ciudad del Atlas en 1198, el año en que se terminó la Giralda, muy cerca del lugar donde un siglo antes muriera otro insigne andalusí: Almutamid ben Abbas.

Los restos de Averroes fueron trasladados a Córdoba donde nació y donde escribió buena parte de su obra. Una obra que ha sido reconocida siempre. Una obra que se adelanta en dos siglos al Renacimiento, que abre el camino a la ciencia europea y que, como ha sentenciado Antonio Gala, “personaliza la actitud andaluza de siempre: recepción, asimilación e irradiación de las culturas”.



ES-SAHELI, poeta y arquitecto

Pocos andaluces conocen que las obras que la UNESCO ha considerado Patrimonio de la Humanidad en el corazón de África son obras de andaluces, que el estilo arquitectónico llamado “sudanés” en el que todavía hoy se sigue realizando la arquitectura religiosa y popular en toda el África subsahariana desde Senegal hasta Sudán, es decir desde el Atlántico hasta el Mar Rojo, tiene su origen en la obra de un granadino del siglo XIV que antes de ser arquitecto había sido Secretario de Estado de la Granada Nazarí. Antes de eso había sido letrado, notario, escritor y viajero. Es-Saheli fue además uno de los mejores poetas andalusíes que dio Granada. Los expertos arabistas lo comparan con Mutanabbi, el príncipe de los poetas y relacionan su salida de Granada con la caída en picado de la cultura granadina en el siglo XV.

Es-Saheli nació en Granada en 1290, eran los años de esplendor en que los visires paseaban por la Alambra. Su familia era acomodada, ejercían el oficio de escribanos, lo que les permitía cierta posición y complementaban estas actividades con el comercio. Su padre era jurisconsulto y decidía sobre cuestiones de herencias desde su despacho en el zoco de los perfumistas de Granada.

Ibn al Jatib, considerado el mejor poeta granadino-andalusí llegó a escribir que Saheli no tenía rival en las letras, lo que habla de su prestigio entre sus contemporáneos. Maestro en gramática, narración y retórica también ejerció de notario en la Alcaicería antes de ser Secretario de Estado de los reyes nazaríes. Poeta excelso y hombre de estado, con treinta años tenía un amplio currículum y un brillante porvenir. ¿Por qué salió de Granada?. Parece ser que Es-Saheli era aficionado a encontrar la inspiración haciendo uso de ciertas drogas, sobre todo una raíz de la familia del anacardo, que era de uso común en la época y que ya había sido citada por Avicena como

agente “que estimula la memoria y la melancolía”. En Granada existía una cierta tolerancia en este aspecto entre los poetas, lo cierto es que Saheli cometi6 alg6n desvario exagerado como considerarse profeta y , sobre todo, escribir unos comentarios sobre algunas suras del Cor6n considerados herejes por algunos adversarios. No sabemos si esos ataques se debieron a la envidia de ciertos poetastros de segunda fila pero sea como fuere, envidia o desvario de Saheli, el caso es que muchos amigos se le alejan y la familia le aconseja salir de Granada. As6 las cosas nuestro poeta aprovecha para hacer una “rihla” o viaje de conocimiento hacia sitios que siempre hab6a querido visitar y hacer el “haj” o la peregrinaci6n a la Meca.

Conoce el Magreb, Alejandr6a, Siria, Mesopotamia y Yemen, La Arabia Feliz. Los contactos con ricas familias de comerciantes le allanan el camino pues su fama como poeta es conocida en todo el Islam. El destino quiere que su vida se cruce en Arabia con la del rey Kanku Musa, el legendario rey de los negros del imperio mandink6, de reciente islamizaci6n y cuya peregrinaci6n a La Meca se convierte en m6tica. Algunas cr6nicas hablan de doce mil hombres y quinientos esclavos con b6culos de oro. Al Omari que hace su cr6nica diez a6os despu6s del paso de la caravana por Egipto dice que los precios del oro no se han recuperado todav6a despu6s del paso de Kanku Musa. Deseoso de dar lustre a su imperio, este rey regresa a Tombuct6 con menos oro pero acompa6ado de poetas, sabios y arquitectos. Es el caso de Saheli que construye en Tombuct6 las principales joyas arquitect6nicas de ese imperio. Lo hace en un estilo absolutamente nuevo que ha perdurado hasta nuestros d6as. Los materiales del desierto son pobres, apenas el barro, la arena y solo alguna madera poco resistente que hay que renovar de vez en cuando como el tronco de espino de acacia. Saheli levanta las inmensas moles de barro a muchos metros de altura apoyadas en una red interior de troncos de acacia cuyos extremos saca al exterior. Su renovaci6n es m6s f6cil y adem6s permiten con la fuerte luz del sol de aquellas tierras un efecto de claroscuro que realza su perspectiva y que cambia seg6n las horas del d6a. Lo remata con unas vistosas almenas y el efecto es deslumbrador. Todav6a hoy se sigue construyendo en ese estilo cada nueva mezquita que se levanta en el 6frica subsahariana. Y su influencia es clara en arquitectos como Gaud6 que conoce la arquitectura de Saheli a trav6s de fotograf6as en la exposici6n de par6s de 1900. Tambi6n en otros arquitectos contempor6neos como Le Corbusier. La mezquita Yinguereber de Tombuct6 y la de Yenn6 han sido catalogadas por la UNESCO como patrimonio de la humanidad.

Desgraciadamente este gran poeta y arquitecto es poco conocido y no debemos olvidar que naci6 en Granada y que su arquitectura tiene gran trascendencia e 6frica y m6s all6 de 6frica.



PEDRO I EL CRUEL

Si tenemos en cuenta que ninguno de los tres personajes que figuran en el escudo de Sevilla nació en Andalucía no extrañará que incluyamos a Pedro I de Castilla en nuestras biografías de personajes andaluces. Aunque nació en Burgos en 1334 ya desde su niñez está vinculado a Sevilla, en cuyo Alcázar se criará como único hijo vivo de su madre la reina consorte doña María de Portugal. Mientras tanto su padre el rey Alfonso XI conviviría con otra noble sevillana, doña Leonor de Guzmán, de la que tendría diez hijos fuera del matrimonio. El cronista Ayala retrata que siempre lo acompañó un característico ceceo andaluz. Encargó a alarifes mudéjares que reconstruyeran el Alcázar de Sevilla tal como hoy lo conocemos, dándole a la ciudad una de sus señas de identidad. Como señala Montoto “no hay rincón de la ciudad de ese tiempo que no esté vinculado a sus leyendas”. Y tan vinculado estaría él a su ciudad que antes de morir llegaría a escribir en su testamento que “quando sea el finamiento de mi acaescer mando que el mi cuerpo sea traído a Sevilla”. Muerto en 1369 sus restos reposan hoy en la Capilla Real cerca de la Virgen de los Reyes. La firmeza con que castigaba a sus enemigos le valió dos apodos contrapuestos: para unos es “el Cruel” mientras es “el Justiciero” para otros.

Desde que asumió el trono a los quince años, Pedro I tuvo un reinado difícil. Castilla en 1350 estaba asolada por las epidemias de peste que diezmaban la población y le había costado la vida a su propio padre. La nobleza terrateniente y feudal estaba enfrentada con la pequeña burguesía urbana que, como los comerciantes judíos, preferían una monarquía fuerte al predominio de los grandes nobles. Por si fuera poco Pedro I tuvo desde pequeño la oposición de esos grandes nobles encabezados por sus propios hermanastros que querían conseguir la corona apoyados siempre por el reino catalano-aragonés que prefería una Castilla débil que no compitiese con ellos en el Mediterráneo.

Si a esto añadimos que en Europa se libraba la Guerra de los Cien Años, con los reinos europeos divididos en dos bandos, comprenderemos mejor que lo que enfrentó a Pedro el Cruel con su hermanastro Enrique de Trastámara fue algo más que una guerra civil provocada por rencillas entre hermanos. Los Trastámara representaban la gran nobleza y sus intereses, apoyados por Aragón y por Francia. Pedro el Cruel representaba los intereses de los habitantes de las ciudades, los comerciantes y las minorías judía y mudéjar, apoyados por el reino de Granada, último reducto andalusí, Navarra e Inglaterra. Francia e Inglaterra, las grandes potencias, enviaron tropas y mercenarios a cada uno de los bandos comandados de una parte por Bertrand Duguesclin y por el Príncipe Negro hijo del rey inglés por la otra. Incluso en el episodio final del duelo entre los dos hermanastros en Montiel es el francés Duguesclin el que le da la vuelta a los dos contendientes que luchan en el suelo de forma que Enrique Trastámara pueda apuñalar a su hermanastro decidiendo la contienda y consiguiendo así el trono. “Ni quito ni pongo rey pero ayudo a mi señor” dice la leyenda que dijo el francés al consumir su villanía. Enrique Trastámara favoreció a la nobleza desde al principio de su reinado, por eso sería llamado “el de las Mercedes” mientras que Pedro sería apodado “el Cruel” porque desde el primer momento las combatiría ferozmente.

Pedro el Cruel también había sido firme con los que se le enfrentaban, nada más iniciarse su reinado deportó a sus hermanastros Enrique y Fadrique a la frontera portuguesa y no le tembló el pulso para mandar ajusticiar a los nobles levantiscos. No extraña el duelo final caballeresco si tenemos en cuenta su carácter osado. Siempre fue así, en 1360 llega a embarcarse personalmente en Sevilla para hacer la guerra a Aragón a cuenta de un ataque a unas naves genovesas en Sanlúcar. Pedro I no quería que terceros países fuesen atacados en sus aguas pues iría en detrimento del comercio y no duda en participar él mismo y seguir a los aragoneses hasta Tavira en Portugal. Más tarde fletaría en Sevilla cuarenta galeras y ochenta naos para atacar Barcelona en represalia.

Ese carácter decidido lo muestra también en sus relaciones afectivas. Se casa por razón de estado con Blanca de Borbón buscando apaciguar a Francia, pero no duda en recluirla en un castillo a los pocos días de su matrimonio para vivir con su amante María de Padilla. Cuando Francia financia la rebelión no duda en obligar a dos obispos a declarar nulo su matrimonio y casarse con otra dama, Juana de Castro, para ganar el favor de una parte de la nobleza. Cuando el Papa procesó a los dos obispos Pedro I se olvidó de su nuevo matrimonio y volvió con Doña María de Padilla, su esposa efectiva, a la que construiría unos baños en el Alcázar de Sevilla y legalizaría su descendencia

en las Cortes de Sevilla. No obstante, al igual que su padre, tuvo numerosas amantes como doña Aldonza Coronel a cuya hermana doña María también trató de seducir dando origen a una de sus muchas leyendas.

Aunque eran tiempos difíciles su reinado fue muy fructífero. Nada más heredar la corona convoca a las Cortes para condenar la mendicidad y la vagancia y estimular el trabajo manual obligando a la labranza de las heredades. Fomentó también el comercio y permitió a los judíos ocupar barrios de las ciudades, organizar su comunidad y tener sus propias jerarquías. Escritores judíos como Don Sem Tob de Carrión le dedicaron odas de alabanza. También gozó del aprecio de la minoría musulmana de los mudéjares a los que recurrió para remodelar su alcázar sevillano poniendo en evidencia sus capacidades artísticas. Recibió a Ibn Jaldún como embajador del sultán de Granada, lo que ha sido conmemorado recientemente con una exposición en su alcázar sevillano. Aunque era cristiano su propia guardia personal estaba compuesta por musulmanes mudéjares. El reinado de Pedro I Cruel representa en sí mismo la síntesis de las tres culturas. Todo ello acabaría con la derrota de su causa en beneficio de los Trastámara.

La tradición andaluza ha hecho de su reinado un vivero de leyendas en las que se resalta su carácter libidinoso y justiciero enemigo de los grandes y defensor de los pequeños. Una de las más conocidas se refiere a un duelo en la calle Candilejos de Sevilla en el que el rey dio muerte a un noble de la familia Guzmán. Una anciana lo reconocerá cuando huye por el famoso crujir de sus rodillas. Al día siguiente el propio rey pediría la cabeza del asesino y enviará a la anciana un escultor para que con su descripción modele la imagen del asesino. Una vez realizada la escultura que resultó ser la del propio rey, este la colocó en el lugar del crimen cumpliendo así su promesa de “poner la cabeza del asesino en el lugar del crimen”.

Blanco White nos refiere otra de sus leyendas que tiene que ver con un canónigo de la catedral que visitaba asiduamente a una dama provocando los celos de su marido. El asunto acabó en un duelo en el que el clérigo mata al esposo refugiándose en una iglesia tras su crimen. Como los miembros del clero eran juzgados por un tribunal eclesiástico la pena fue tan leve que provocó la protesta de la familia ante el propio rey. Según la leyenda Don Pedro el Cruel le sugirió al hijo del muerto que se vengase del crimen y le pidiera posteriormente justicia a él mismo. El hijo vengó a su padre ajusticiando al canónigo tras de lo cual se refugió en el palacio y pidió el amparo y el juicio del rey. Don Pedro accedió prometiendo que se aplicaría la misma justicia que con el religioso. Acto seguido le preguntó al obispo qué castigo tuvo el canónigo en su día. “Un año de suspensión a divinis” contestó su eminencia, es decir un año sin poder ejercer de sacerdote. “Ejemplar”,

dijo el rey justiciero, “pues si ese no pudo dar misa durante un año, éste, que es zapatero, que tampoco pueda hacer zapatos en ese tiempo”.

No solo Don Sem Tob y Blanco White, sino escritores de todos los tiempos como Lope, Zorrilla, Merimée y Joaquín Guichot han escrito sobre este singular monarca tan vinculado a Sevilla.



DOÑA MARÍA CORONEL

El imaginario colectivo ha querido que Doña María Coronel sea símbolo de valentía y sacrificio. Se le retrata como una dama que prefirió quemar su rostro renunciando así a su belleza antes de ceder a las pretensiones del mismísimo rey Don Pedro el Cruel que antes había ajusticiado a su padre y asesinado a su marido. Cada dos de Diciembre en el sevillano Convento de Santa Inés, por ella fundado, se muestra al pueblo su cuerpo incorrupto marcado por el sacrificio como símbolo eterno de honestidad.

La vida no era fácil para las andaluzas del siglo XIV. Es verdad que algunos gremios permitían a las viudas de hombres que habían pertenecido a ese oficio trabajar como ellos para no morir de hambre siempre y cuando dominaran el oficio y conocieran bien el trabajo, pero para la mayoría todo seguía tan difícil como en la Plena Edad Media. Incluso las mujeres de noble cuna se veían relegadas al papel de hijas o esposas. Sus bodas eran pactadas y, una vez casadas, su cometido era únicamente cuidar sus hijos. En ese contexto mantener los principios y los valores se hacía especialmente difícil, por eso, tanto si responde a una verdad histórica como si es una leyenda que cumple su función en el imaginario colectivo, la historia de doña María Coronel trasciende el papel asignado a la mujer de su tiempo.

Doña María Coronel era la primogénita de don Alonso Fernández Coronel, protegido del rey Alfonso XI y doña Leonor de Guzmán, señora sevillana que le dio cinco hijos bastardos.

En edad de ser desposada doña María Coronel es casada con don Alonso de la Cerda de poderosa familia.

Según la leyenda popular cuando sube al poder don Pedro I, apodado el Cruel, hereda el enfrentamiento de su madre, doña María de Portugal con doña

Leonor de Guzmán, y producto de ese enfrentamiento el rey ordena la muerte de su padre don Alonso Fernández Coronel. Pero la imaginación popular no para ahí, pretende que don Pedro el Cruel se encapriche de Aldonza, la hermana de doña María cuyo esposo se ve obligado a huir teniendo que ser defendida por el marido de Doña María, don Alonso. El rey se las ingenia para acusar a don Alonso de traición y enterrarlo en Tarragona, a donde se dirige doña María para pedir clemencia para su marido. El rey firma una carta de libertad pidiendo a doña María que regrese a Sevilla sabiendo que su marido ha sido decapitado. Don Pedro persigue a doña María hasta Sevilla teniendo esta que refugiarse en el convento de Santa Clara para no estar a su alcance. El rey sigue en sus trece pese a estar Doña María acogida a lo sagrado por lo que ella decide poner fin al acoso desfigurándose la cara con aceite hirviendo. Unas versiones afirman que el rey aterrado al ver un rostro desfigurado le devuelve las posesiones confiscadas a su padre y su marido con lo que ella funda el convento de Santa Inés. Otras versiones sostienen que recuperó estas posesiones cuando Enrique de Trastámara asesinó a su hermanastro don Pedro el Cruel y subió al trono bajo el nombre de Enrique II Trastámara.

Más allá de la leyenda los datos históricos hablan de que tanto su padre decapitado en 1353 como su marido, muerto en 1357, tomaron parte activa por Enrique de Trastámara en las luchas sucesorias, por lo que los bienes le fueron confiscados. Enrique II le devolvió algunos bienes con los que fundaron el convento de Santa Inés en 1376. Algunos años más tarde firman con Fernando de Antequera la cesión de los derechos de los castillos que tenían pendientes a cambio de una renta anual para mantener a las monjas que habitaran el convento.

Es curioso que esta leyenda transcurre paralela a otra de una dama de nombre parecido, doña María Alfonso Coronel, esposa de Don Guzmán el Bueno quien, según la leyenda, recurrió a introducirse un tizón por el sexo para evitar las tentaciones y ser fiel a su marido. Ninguna de las leyendas parece verosímil con los datos históricos en la mano, pues si la esposa de don Juan de la Cerda sobrevivió a su marido en 50 años, la esposa de Guzmán el Bueno lo hizo en más de veinte. El origen de ambas leyendas hay que buscarlo en la copla 79 del “Laberinto de Fortuna” obra de Juan de Mena a la que el pueblo ha querido poner nombres y apellidos y encarnarlo históricamente.

Doña María Fernández Coronel murió a la edad de 75 años y fue enterrada en el coro del convento. A mediados del XVI fue encontrado su cuerpo incorrupto en unas obras de reforma del convento y esta circunstancia estimuló la imaginación popular. Más allá del rigor histórico, lo importante

es que el pueblo sigue viendo en Doña María Coronel un ejemplo de firmeza, resistencia al acoso y fidelidad de convicciones.



BOABDIL EL CHICO

La figura de Boabdil el Chico está plagada de leyendas. La más conocida es la de su llanto tras su última mirada a Granada desde el puerto del Suspiro del Moro, durante su retirada tras la entrada de los cristianos en la ciudad, en la que su madre le espeta “llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre”. La leyenda sirve como símbolo de un momento histórico. La verdad es que lo más posible es que sea una licencia literaria de Fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo y cronista de Carlos V en el siglo XVI. La realidad es que la toma de Granada era un hecho anunciado y aplazado desde mediados del siglo XIII. Desde 1246 Granada es un reino vasallo de Castilla que mantiene su independencia a cambio de pagar parias, es decir tributos. Cuando hay enfrentamientos es porque no se paga o porque no hay acuerdo en la cantidad. A cada lucha sigue una tregua que se salda con más dinero a pagar a cambio de paz. El reino de Granada es una luz que se va apagando y del que Boabdil no es sino el último episodio. Boabdil nació en Granada en 1460 y murió en Fez en 1527.

El último sultán granadino llegó al poder en 1482 y lo mantuvo durante escasos diez años.

El XV es uno de esos siglos fundamentales en la Historia. Cae el Imperio Bizantino en manos musulmanas, se descubre América, irrumpe el Humanismo y se anuncia el cambio de mentalidad y de ciclo histórico. En ese contexto tiene lugar un hecho, no por esperado menos simbólico como es la caída de Granada en manos cristianas.

Las rivalidades entre las distintas facciones granadinas tienen mucho que ver con su caída en tiempos de Boabdil conocido como el rey Chiquito y también como “Zagoybi”, algo así como “Desventuradillo” pues un rumor

apuntaba que su carta astral señalaba que la maldición lo acompañaría en su reinado.

Boabdil se casa muy joven, 16 años, con su amada Almoraima a la que siempre sería fiel, hecho extraordinario en la corte granadina. La verdad es que Boabdil vive en un mundo dominado por el rumor y la intriga. Hijo de Muley Hacen y Aixa al Horra (la Honesta), es su propia madre quien lo lanza a conspirar contra su padre, celosa como estaba de ser postergada en beneficio de una concubina cristiana de nombre Isabel. La caída de Alhama en manos cristianas es aprovechada por el partido abencerraje para lanzar una revuelta y situar a Boabdil en el poder en 1482. Su padre Mulay y su hermano el Zagal han de refugiarse en Málaga. Muy pronto es tachado de cobarde en el convulso mundo granadino de finales del XV donde zegríes y abencerrajes conspiran unos contra otros. Lo cierto es que siempre le acompañaría una leyenda de pasividad, debilidad y poca firmeza.

Boabdil cae preso en la toma de Lucena, lo que aprovecha el partido rival para situar de nuevo a Mulay y al Zagal en el trono de la Alhambra.

Lo cierto es que los cristianos, que siempre tratan a Boabdil con honor, piensan que Boabdil preso hace más daño que libre porque preso fortalece a Mulay y al Zagal en el poder, pero libre incentivaría las luchas internas que debilitarían más a los granadinos. En 1485 Boabdil queda libre tras firmar con los cristianos su vasallaje; nuevos tributos y la entrega de un importante número de cautivos, así como el libre tránsito de los cristianos a las zonas que controlase su hermano y rival “el Zagal”, además de la entrega de la ciudad de Loja.

Libre Boabdil no tiene dificultad en llegar al poder, lo que supone la huida a Almuñécar de Mulay Hacen, el Zagal y sus partidarios. El poder de Boabdil es muy relativo porque, por un lado, los partidarios del Zagal se hacen fuertes desde Baza a Almería y en toda la costa granadina; y por el otro los cristianos avanzan por el oeste tomando Málaga, Vélez y Ronda. Los Reyes Católicos se sienten fuertes y le exigen a Boabdil lo firmado en 1485 para conseguir su libertad. Entre dos fuegos, Boabdil no tiene más salida que la guerra contra los cristianos, pero la caída de la Vega de Granada en manos de los Reyes Católicos lo hace capitular. En Noviembre de 1491 firma unas capitulaciones con don Gonzalo Fernández de Córdoba. Acuerda que entregará Granada a cambio de un señorío en la Alpujarra y el pago de unas rentas. Los granadinos podrán mantener, según esas capitulaciones, sus costumbres, su lengua y su religión. Boabdil se retira a su feudo de la Alpujarra, pero la coincidencia en 1493 de una traición de sus antiguos aliados con la muerte de Almoraima hace que decida dejarlo todo y desplazarse a

Adra para embarcarse a Marruecos, donde se acoge en Fez a la hospitalidad del sultán Mulay Beni Merin. Allí morirá en 1527 en medio de una lucha sucesoria similar a las que había vivido en Granada. Mientras tanto los Reyes Católicos solo mantendrán los acuerdos suscritos con Boabdil hasta 1507 en que muere Fray Hernando de Talavera. La llegada del Cardenal Cisneros a Granada supuso el fin de la tolerancia acordada y la irrupción de la quema de libros árabes en la plaza de Bib-Rambla, las prohibiciones y las conversiones forzosas. Los musulmanes, prohibidas su lengua, costumbres y religión se convierten en moriscos. Formalmente son cristianos bautizados, pero en familia usan clandestinamente sus nombres musulmanes y practican en privado una religión diferente a la que son obligados a practicar en público. Las rebeliones no van a tardar mientras que una época nueva se abre paso en la historia de Andalucía y de España.



FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

El final de la Edad Media y el comienzo de la Edad Moderna está marcado por acontecimientos tan importantes como el descubrimiento y la colonización de América, la expulsión de los judíos o la conversión de los musulmanes en moriscos al prohibírseles hablar su lengua y practicar su religión. Convertirse en esa época en defensor de los indígenas era sin duda nadar contracorriente y un gesto de valentía propio de una persona singular. Fray Bartolomé de las Casas lo hizo y no le faltaron calumnias ni ataques. Este fraile andaluz, teólogo, cronista, obispo, pensador y estadista, defendió a los indios ante cuatro soberanos de España y tres papas. En una época como aquella cruzó el Atlántico diez veces. Hoy es considerado un símbolo de la tolerancia, los derechos civiles y la igualdad entre las razas.

Fray Bartolomé de las Casas nace en Sevilla en 1484 en una familia de mercaderes de Tarifa vinculados a los negocios de la mar. Aunque no pisa la universidad, recibe una sólida formación en leyes, humanidades y latín. Sevilla era en esa época un lugar que con el descubrimiento de América se iba a convertir en una ciudad cosmopolita a la que acudían gentes de todo el mundo conocido. Ningún habitante de la Sevilla de entonces podía ser ajeno al Nuevo Mundo descubierto por Colón. Mucho menos Bartolomé de las Casas pues su padre y su tío embarcan en el segundo viaje de Colón en 1496 buscando las oportunidades de negocio que abría América. Seis años más tarde, el mismo Bartolomé de las Casas tiene la oportunidad de visitar La Española, la isla caribeña que hoy comparten Haití y la República Dominicana. Cuando regresa cinco años más tarde decide ordenarse sacerdote, lo que consigue de inmediato dada su sólida formación. Se convierte así en el primer sacerdote del Nuevo Mundo. En 1512, con 28 años, se suma a la conquista de Cuba como capellán del ejército. En ese momento España llevaba a cabo la colonización mediante “encomiendas”. Un sistema por

el que al colono español se le asignaban unos indios para que le trabajasen a cambio de transmitirle la fe cristiana. En la práctica las encomiendas se convertían en esclavitud y abuso; ancianos y niños eran obligados a trabajar en las minas, la situación era tan dura que algunos indios optaban por el suicidio colectivo. Baste decir que hoy día no queda un solo descendiente de los indios de las Antillas donde fueron sustituidos por esclavos negros. Así las cosas el padre Las Casas se convierte en antiencomendero, denuncia el sistema y en 1514 renuncia a la encomienda familiar que él mismo tenía. Al año siguiente lo tenemos en España intentando entrevistarse con Fernando el Católico, denunciando los abusos y proponiendo al Cardenal Cisneros y al futuro papa Adriano VI abolir las encomiendas y que los indios vivan en sus pueblos. Las Casas partía de que los indios eran los dueños de América y que el papel de España era solo procurar su evangelización. En 1581 Presenta a Carlos I un plan de colonización pacífica con labradores en lugar de soldados. Se ensaya en Cumaná, Venezuela pero acaba en rotundo fracaso por las deserciones para dedicarse a la trata de esclavos y por la sublevación indígena del Cacique Maragüey.

En los años 20 del XVI lo tenemos en Santo Domingo tras entrar en la Orden de Predicadores, inaugurando conventos, escribiendo su “Historia de las Indias” y enviando cartas al Consejo de Indias logrando que este prohíba la esclavitud de los indios en 1530. De 1531 a 1535 se dedica de nuevo a promover métodos pacíficos de relación con los indios en Perú, México y Santo Domingo a través de su influencia en las órdenes religiosas. En 1538 regresa a España para encontrarse con Carlos I en Valladolid y convenciéndolo de promulgar las llamadas “Leyes Nuevas” que obligaban “al buen gobierno y trato de los indios” además de abolir su esclavitud, prohibir las deportaciones y la realización de trabajos sin recibir compensación. Las “Leyes Nuevas” declaraban los repartimientos no heredables volviendo los indios a estar a cargo de la corona al morir el encomendero. En adelante el sistema de encomiendas se sustituiría por el de “Corregimientos” en el que amplios territorios eran administrados por un corregidor designado por la Corona administrando justicia civil y penal y cobrando impuestos a los indígenas que vivirían en sus propios pueblos llamados “reducciones” según sus usos y costumbres. No obstante las “Leyes Nuevas” solo están en vigor hasta 1545 en que son derogadas tras las protestas de los colonos españoles. Dos años antes Fray Bartolomé es nombrado obispo de Chiapas donde, con el apoyo de cuarenta y cinco frailes y cinco catequistas, intenta implantar una diócesis modelo, evangelizando por medios pacíficos, aprendiendo la lenguas indígenas y viviendo pobremente. Una obra suya titulada “Aviso y directrices para confesores” en la que defendía que para solicitar confesión los cristianos debían liberar los esclavos que poseyeran causó gran polémica

y provocó algunos disturbios y el rechazo de los prelados de Méjico. Ante las dificultades crecientes y los problemas con los españoles criollos abandona la diócesis donde todavía hoy es recordado con admiración por los indígenas de Chiapas.

En España Fray Bartolomé sigue su lucha. Acaba su “Brevisima relación de la destrucción de las Indias”, mantiene una discusión pública en Valladolid con personas de ideas opuestas como Ginés de Sepúlveda y conoce con horror la noticia de que los dominicos de Vera Paz, Guatemala, aceptaban la violencia como única forma de convertir a los indios en cristianos. Indudablemente eran tiempos difíciles para ideas tan avanzadas como las suyas. Recluido en el Convento de Atocha, murió en Madrid en 1566.



JUAN MARTÍNEZ MONTAÑÉS

Brillar en el mundo del arte siendo contemporáneo y vecino de Velázquez, Zurbarán, Alonso Cano, Murillo, Valdés Leal, Juan de Mesa o Ruiz Gijón entre otros no es una tarea fácil. Juan Martínez Montañés lo hace y es además maestro de algunos de ellos. Hijo de un humilde bordador del arte de la seda este genio de la madera llevó la talla a brillar como nunca lo había hecho en la Historia del Arte. Fue llamado por el rey Felipe IV para que lo inmortalizase y lo hizo con tal maestría que su obra sirvió de modelo para que el italiano Tacca ejecutase la estatua de bronce de la plaza de Oriente. Velázquez lo pinta en un cuadro que podemos observar en el Museo del Prado en el que aparece el artista moldeando el barro. De su fama en vida habla el hecho de que fuera apodado “el dios de la madera”.

Juan Martínez Montañés nace en Alcalá la Real en 1568, formado en un ambiente artesano, se afina en Granada como discípulo del Escultor Pablo Rojas. En 1582 se va a vivir a Sevilla donde en palabras de Ferdinand Braudel “latía el corazón del mundo” a finales del siglo XVI. Conoce a los “padres” de la escuela escultórica sevillana: Jerónimo Hernández y Andrés de Ocampo y el manierismo le impresiona vivamente. Su amistad con el gaditano Francisco Pacheco, pintor y erudito tratadista del arte, es fundamental para su formación. En 1588 es autorizado por el gremio para establecerse por su cuenta como escultor y arquitecto de retablos. La calidad de su modelado y la inspiración natural que posee va a hacer que en poco tiempo revolucione la escultura.

Martínez Montañés es básicamente un escultor religioso, apenas existen tres obras profanas salidas de su taller. Solía realizar sus esculturas en madera policromada. Su estética es clásica y, a veces, su expresión es manierista. A menudo recurría a famosos pintores para que policromase sus obras.

Francisco Pacheco, el maestro por excelencia de esa época, llevaba con orgullo policromar las imágenes salidas de la gubia de Montañés.

Gran escultor de retablos, destacó por hacerlos más clásicos que barrocos, empleando únicamente el orden corintio, a pesar de que era común utilizar los tres órdenes. Quizá el más destacado sea el del Monasterio de San Isidoro del Campo en Santiponce, para el que también realizó la impresionante talla de San Jerónimo que no solo preside el retablo sino que está realizada de forma que pueda salir en procesión. Realmente una obra maestra del modelado que mueve a la piedad como requería la época. Algunos de sus retablos “cruzaron el charco” e influyen en América, tal es el caso del der San Juan Bautista realizado para el convento de la Concepción de Lima. Muchas de sus vírgenes “de vestir” también tuvieron las indias como destino.

En Sevilla se encuentran sus obras fundamentales: El impresionante Cristo de la Clemencia de la Sacristía de los Cálices de la Catedral de Sevilla, perfecto en su ejecución y composición, la asombrosa imagen de San Cristóbal de la Iglesia del Salvador o el Niño Jesús de la Catedral de Sevilla donde demuestra su maestría.

Pero es en las obras destinadas a procesionar donde destaca especialmente Montañés. La Contrarreforma impulsaba especialmente la salida de imágenes a la calle y las cofradías encargaban estas obras para promover la piedad del pueblo. En este orden su obra más destacada es sin duda la del nazareno con la cruz a cuestas que realizó en 1619 por encargo de la Hermandad de Pasión. En este sentido hay que decir que no hay documento que acredite su autoría, si bien existe un testimonio de Fray Juan Guerrero afirmando que el nazareno es obra de Montañés. Se cuenta la leyenda que el propio Montañés era devoto de esa imagen y la buscaba siempre cuando procesionaba por las calles Sevilla diciendo “es imposible que yo pueda haber realizado tal portento”.

Sevilla es una ciudad que se reclama mariana al haber sido la primera en aceptar el dogma de la Inmaculada, eso hace que en el XVII sevillano abunden las imágenes concepcionistas. pues bien una de las de mejor traza salió del taller de Montañés. Se trata de la denominada popularmente como la “Cieguecita” por tener los ojos casi cerrados. Hoy puede admirarse en la Catedral de Sevilla. También son obra suya las inmaculadas del convento de Santa Clara, de la Universidad y la de la localidad de El Pedroso.

En su obra profana destacan las imágenes de Guzmán el Bueno y su esposa María Alonso Coronel para el retablo de Santiponce.

Montañés, el “dios de la madera”, es una figura fundamental para entender la imaginería andaluza de XVI y XVII. Su obra se trasluce a sus discípulos Juan de Mesa y Alonso Cano y marcan toda una época de nuestra Historia del Arte.



JUAN DE MESA

Contemplar la imagen de Jesús del Gran Poder sobrecoge. Incluso los no creyentes experimentan una especial sensación interior que va más allá de la emoción estética que se siente al contemplar una obra de arte. Aunque esta imagen es el símbolo de la Semana Santa de Sevilla, su autor no era sevillano sino un cordobés que se había iniciado en el taller del gran imaginero Martínez Montañés y que, según algunos, llegó a superar al maestro dejando una profunda huella en la imaginería andaluza y en la Semana Santa sevillana.

El escultor cordobés nació en 1583 y vivió poco más de 40 años. A pesar de ello, en tan corto periodo dejó un gran número de obras maestras y desarrolló un estilo personal que se ha dado en llamar realismo barroco. Entra con 23 años en el taller de Martínez Montañés suponemos que con una sólida formación de base debido a que su familia se dedicaba a la pintura. Permanece nueve años adquiriendo formación en talla, modelado, composición e Historia Sagrada, tan importante para un imaginero. Muchos de los años que permanece con Montañés trabaja como oficial en el taller del Maestro. Cuando tenía 32 años decide independizarse y en los doce de vida que le quedan realiza una obra ingente. Los sentimientos y el dolor se transmiten tan claramente en su obra que fue requerido por las hermandades para realizar numerosas imágenes procesionales. No en vano su vida se desarrolla en plena Contrarreforma. En ese tiempo, después del Concilio de Trento, la Iglesia estimula la salida procesional de las imágenes a las calles como una forma de lucha contra el protestantismo que veía en la adoración a las imágenes una forma degradada de la adoración a Dios. El profesor Antonio Muro defiende que muchas hermandades recurren a Juan de Mesa porque responde a la perfección a los tres principios que busca una cofradía al encargar una obra: ejecución depurada o magistral, dolor transmitible al pueblo y pocas exigencias económicas. Su estilo es muy personal. Si Montañés representa un estilo sosegado que invita a la reflexión y al silencio, Juan de Mesa representa el realismo barroco,

el dramatismo que sobrecoge porque nos recuerda el dolor y el martirio. Esta impronta personal la aprende Mesa realizando estudios anatómicos de víctimas de sucesos antes de la muerte así como observando cadáveres, lo que le permitió adquirir una cierta maestría representando las consecuencias de la tragedia en el rostro. Juan de Mesa aporta una gran madurez a sus obras y se convierte así en uno de los representantes más importantes de nuestra imaginería barroca. Sin duda el más importante del realismo barroco.

Un repaso a sus obras más importantes nos lleva a destacar las siguientes:

-El Cristo del Amor de la Iglesia del Salvador de Sevilla, impresionante talla de crucificado más de 1'80 metros de altura. Aunque es una de sus primeras obras en madera policromada ya evidencia el realismo característico del maestro cordobés, Está realizada entre 1618 y 1620.

- El Cristo de la Buena Muerte de la Hermandad de los Estudiantes. Capilla de la Universidad de Sevilla. También se trata de un crucificado. Imponente imagen muy apreciada por el propio autor que llegó a hacerse una copia de la misma. Tiene 1'76 de altura y su cabeza no muestra la corona de espinas. Algunos discutían su autoría hasta que en un vía crucis se le desprendió la cabeza dejando a la vista un documento que el autor había introducido dentro de la talla. En él podía leerse: "Ego fecit, Joannes de Mesa".

- El Cristo de la Conversión del Buen Ladrón de la Hermandad de Montserrat. Es el de mayor tamaño de sus crucificados, 1'92, realizado en 1619. Su realización impresiona tanto que se le conoce como "el Gran Poder crucificado". Realmente tiene similitud con el nazareno, la cabeza incluye corona y se inclina hacia la derecha.

- Su obra cumbre es sin duda la que referimos al principio, el nazareno conocido como Jesús del Gran Poder, atribuida en principio a Martínez Montañés, hoy está demostrada la autoría del escultor cordobés. El Gran Poder es la imagen por excelencia de la Semana Santa de Sevilla. La fuerza de su zancada contrasta con la agonía y el sufrimiento de su rostro. Como datos curiosos añadir que la obra también es de gran alzada pues de estar de pie la talla del nazareno superaría el metro ochenta centímetros. También es curioso que en su corona pueda distinguirse una serpiente símbolo del pecado original, del mal inherente a toda obra humana.

A Juan de Mesa se atribuyen muchas otras obras de la Semana Santa sevillana que se suponen obra del cordobés si bien su autoría no está contrastada por el momento, desde el Santo Entierro a la de la Virgen de la Victoria de la Fábrica de Tabacos, o la Virgen del Valle, única talla de virgen que podamos observar que tiene los ojos verdes.



BARTOLOMÉ MURILLO

El siglo XVII español es problemático y convulso: Rebeliones regionales para protestar por los intentos centralizadores de Felipe IV, endeudamiento de las arcas del Estado que ha de hacer frente a numerosas guerras, crisis de precios... no obstante en España brillan los pinceles, las gubias y las plumas aunque no brillen las espadas y el barroco es capaz de llenar de esplendor artístico una España donde las arcas están cada vez más vacías. Es el Siglo de Oro. El de Lope de Vega y Góngora en las letras, el de Martínez Montañés y Juan de Mesa en escultura y el de Velázquez y Bartolomé Murillo con la paleta y los pinceles.

Bartolomé Esteban Murillo nace en el barrio de la Magdalena de Sevilla en 1617 hijo de un padre barbero y siendo el menor de una prolífica familia de catorce hermanos. Huérfano de padre y madre a los nueve años queda bajo la custodia de una de sus hermanas. Para ayudar en la economía doméstica Murillo se dedica a pintar cuadros que vendía en el mercado de Sevilla y en las ferias de los pueblos cercanos. Para formarse como artista, desde los diez años ya lo tenemos trabajando en el estudio del pintor Juan del Castillo, pintor local de los muchos que proliferaban en la Sevilla de la época. En su taller, Bartolomé Murillo tiene la oportunidad de aprender las primeras nociones de dibujo y de dominio del color.

Buen aprendiz, Murillo comienza a destacar muy pronto entre los pintores de Sevilla. No obstante es un pintor atípico: Su carácter trabajador e incansable, la seriedad en el cumplimiento de contratos y encargos lo hacen destacar en la nómina abundante de pintores de la Sevilla del XVII. Incluso su carácter humilde y modesto sobresalen en el mundo competitivo de los artistas de la época que suelen ser vanidosos y altivos. Murillo plasmará en los lienzos figuras que representan los rasgos de su propio carácter.

A los veinticinco años obtiene un gran éxito. Le encargan las pinturas que decorarán el Monasterio de San Francisco el Grande. Este primer encargo importante lo convertirá en un pintor de éxito. El prestigio y los encargos de trabajo no le faltarán en toda su vida.

Pero Murillo no será únicamente un pintor de temas religiosos. Murillo pintará numerosas obras de carácter profano en los que representa a personajes populares. Ejemplos de esto son “Niños comiendo fruta”, “Abuela despiojando a su nieto” o “Gallegas en la ventana”. Hay que resaltar que después de Murillo no habrá hasta Goya pintores importantes que se atrevan a reflejar en sus lienzos temas populares y profanos.

De todos nuestros artistas Murillo es el que mejor representa en su obra lo femenino y lo infantil. Incluso en obras de carácter religioso como “San Juanito”, “La Sagrada Familia del pajarito” o sus muchas Inmaculadas se refleja esta característica.

Cultivó la amistad de su paisano Velázquez, al que frecuentó en sus viajes a Madrid y del que recibió la invitación a copiar las magníficas colecciones de grandes pintores del Palacio Real en 1643 lo que lo mantendría ocupado durante dos años.

La muerte de cuatro de sus nueve hijos y las dificultades de su hija más pequeña, posiblemente sorda, lo llevó a centrarse cada vez más en temas exclusivamente religiosos. Alguno de ellos como el “San Antonio” de la Catedral de Sevilla son alguna de sus obras maestras caracterizada por el dominio del color, la ausencia de teatralidad, la sencillez y la frecuente aparición de escenas secundarias. Como pintor religioso Murillo es el más grande de los pintores barrocos, pero sus obras siempre tienen la impronta del carácter del artista, la ternura y la sencillez. Son obras que sirven al espíritu de la Contrarreforma, y están marcadas por el mensaje religioso de la cristiandad de la época, pero lo hacen desde la humanidad de los personajes. Sus Inmaculadas, por ejemplo, están llenas de un encanto casi infantil que realza la belleza de la joven virgen que emerge en el centro del cuadro sobre un revoloteo de angelillos que enmarcan su figura. Toda obra barroca lleva implícito un mensaje ideológico que en Murillo se endulza por la humanización de los personajes.

En 1660 Murillo funda en Sevilla la Academia de Artistas de la que llegó a ser director. La muerte de su esposa en el parto de su noveno hijo hace que tenga que ser sustituido por Valdés Leal.

Su último trabajo es el que realiza en 1681 para la Iglesia de convento capuchino de Santa Catalina en Cádiz. Una caída del andamio desde el que trabajaba en

el retablo del templo lo hiere gravemente. Trasladado a Sevilla morirá meses después en el barrio de Santa Cruz como producto de este accidente. Corría ya el año de 1682.

La obra de Murillo nunca ha perdido actualidad. Siempre ha estado considerado como uno de nuestros grandes pintores. En el siglo XIX llegó a tener más predicamento incluso que Velázquez. Una de sus Inmaculadas subastada en París consigue records de cotización que no fueron superados hasta el siglo XX. En nuestros días la obra de Murillo acusa una creciente revalorización.



PEDRO Y LUISA ROLDAN

La riqueza propia de una ciudad engrandecida por la empresa de Indias donde se abrían conventos y rivalizaban las órdenes religiosas, unida al mensaje de la Contrarreforma que lanzaba la iglesia católica, hizo de Sevilla una ciudad en la que el barroco floreció de forma especial. Curiosamente, el lo que a escultura se refiere, la “escuela sevillana” sería fundada por el jiennense Martínez Montañés y, como señala Angulo Iñiguez, sus “actitudes reparadas, cabelleras minuciosas y paños dorados mil veces” marcarán el barroco sevillano hasta que un osado Pedro Roldán de familia antequerana y formado en Granada se atreviese a reinventar el barroco a través de la libertad, el desenfado y las composiciones de inspiración pictórica reflejo de su relación con Murillo, o Valdés Leal. Maestro de maestros, Pedro Roldán creó escuela con discípulos como su hija La Roldana, Ruiz Gijón o Duque Cornejo.

Antequerano de origen, se ha discutido mucho el lugar de nacimiento en 1624 de Pedro Roldán, incluso él mismo señala en algún documento oficial haber nacido en Orce, Granada, lo que no parece ser cierto. Caso de ser nacido en Sevilla, sería el único de los escultores señeros del barroco sevillano nacido en la capital de Andalucía. En cualquier caso parece claro que se consideraba sevillano de adopción pidiendo en su testamento ser enterrado en la iglesia de San Marcos, collación en la que había vivido y en la que tuvo siempre su taller.

Antes de asentarse en Sevilla, Roldán se había formado como escultor en Granada en el taller de Alonso de Mena, compartiendo la condición de discípulo con Pedro de Mena. Las relaciones de parentesco entre los componentes de talleres escultóricos es frecuente en el barroco andaluz. Sucede con los Mena como sucederá con los Roldán y los Cornejo. Precisamente en el taller granadino de los Mena encuentra a su esposa Teresa de Mena el joven Pedro Roldán. A la

muerte de su maestro en 1646, Pedro Roldán decide instalarse en Sevilla. La pujanza de la Sevilla del XVII unida a la edad muy avanzada de Montañés y a que Alonso Cano residiera en Madrid, decide a Roldán a instalarse en Sevilla muy cerca de la Iglesia de Santa Marina.

Roldán entra a formar parte del mundo artístico del barroco sevillano ya con una formación consolidada que perfecciona en sus contactos con los pintores Murillo y Valdés Leal, de hecho va a ejercer como profesor en la escuela de dibujo que abre Murillo en la Casa Lonja vecina de la Catedral.

Esa influencia pictórica se va notar en la obra de Roldán. Sus obras van a rezumar composición pictórica, piénsese en el retablo mayor de la Iglesia de la Caridad de Sevilla por ejemplo: Gigantes columnas salomónicas enmarcan un espacio concebido como un cuadro en el que el artista llega a pintar elementos de arquitectura como la cúpula. La escena principal es un Santo Entierro con nueve figuras flanqueado por representaciones de las virtudes. De fondo un paisaje en bajorrelieve tenue nos acerca aún más a la pintura. Ese cierto “desenfado” de Pedro Roldán acercando la escultura a la pintura es ejemplo de la tensión de contrarios que define al barroco más característico.

Otra obra característica de la libertad de formas que preside la obra de Pedro Roldán es el Descendimiento de la Iglesia de la Magdalena que procesiona en la Cofradía de la Quinta Angustia en la Semana santa Sevillana: Un Cristo muerto mes descendido de la cruz de la que pende sujeto por un lienzo de tela. Aparte de la indudable calidad de la talla nos encontramos aquí con una obra donde son importantes los aspectos “teatrales” que buscan impresionar al espectador, ejemplo del barroco por excelencia.

Pedro Roldán diseminó sus obras por toda la geografía andaluza. Son obras suyas el retablo de la Iglesia de Santa Ana en Montilla, las esculturas de la fachada de la Catedral de Jaén, la Piedad del retablo de los Vizcaínos de la Iglesia del sagrario de Sevilla o el Cristo de la Expiración de Écija.

Roldán trabajó también como arquitecto si bien se han perdido muchas de sus obras. Es el caso del Colegio de las Becas de la Alameda en Sevilla, luego sede de la Inquisición, hoy desaparecido. También sabemos que es obra suya la restauración de la Iglesia del Sagrario a la que cambió la cúpula que la remataba por la linterna que conocemos hoy para aligerarla de peso “y que pudiera durar hasta el fin de los tiempos” como se hacía constar en el contrato. También son suyas las yeserías de la Iglesia de Santa María la Blanca. Murió con el siglo, dejando escuela en imagineros como Ruiz Gijón, el autor del Cachorro, o su propia hija Luisa “la Roldana”.

Nacida en 1652 y cuarta de los ocho hijos del Maestro Roldán, Luisa Ignacia Roldán trabajó en el taller paterno como todos sus hermanos y hermanas. Ya nos hemos referido a la endogamia característica de los talleres de la época por lo que no nos sorprenderá que el resto de las hermanas de Luisa se casen con oficiales del taller de su padre. Sin embargo Pedro Roldán se opone a la relación que su hija más dotada para el arte pretendía tener con un aprendiz del taller, Luis Antonio de los Arcos. Las cosas debieron llegar a mayores porque el acta de matrimonio refleja un mandato judicial de 1671 para sacar a Luisa del hogar paterno y ser recluida en la casa del dorador Lorenzo de Ávila hasta su boda un año más tarde. La vida de Luisa será en adelante una vida de dificultades. A la tristeza de la muerte de la mayoría de sus hijos hay que añadir el carácter informal de su marido que será además quien firme siempre los contratos sin que Luisa aparezca mencionada hasta 1686 en que es requerida por el cabildo de la Catedral de Cádiz para realizar el Monumento en su Iglesia Mayor. Es curioso que en la etapa gaditana de la Roldana sea ella la que aparezca como titular y su marido aparezca de forma subsidiaria como mero estofador. Quiere decir esto que el mundillo del arte del XVII conoce quien realiza en realidad las obras y a quien hay que atribuir los incumplimientos de contrato frecuentes hasta los años ochenta. De la primera etapa no hay documentada obra alguna al ser su marido el contratante, aunque podemos atribuirle con cierta seguridad las tallas de la Exaltación y la Carretería de la Semana Santa Sevillana. Ya firmadas por Luisa encontramos además de la obra citada en la Catedral de Cádiz las tallas de los patronos de Cádiz San Servando y San Guzmán por encargo del Ayuntamiento.

La fama de Luisa crece y en 1689 la encontramos en Madrid como escultora de cámara de Carlos II y Felipe V. El reconocimiento de la corte no implica una etapa feliz en la vida de la Roldana. Conocemos su malestar por tener que cobrar por debajo de lo que realmente valía su obra. Su condición de mujer no era ajena a esta circunstancia. La vida de la corte requería artes para la intriga en una etapa tan difícil en la que España se enfrentaba a su peor decadencia. Luisa era una persona clara y sin dobleces. Su valía hace que nunca sea olvidada aunque a menudo es postergada en un Madrid en el que triunfan los que medran. La sociedad de finales del XVII no es el ambiente más adecuado para que una mujer de talento se realice. Por si fuera poco su marido se dedica a vivir sin aportar nada a la economía familiar. Luisa, obstinada, decide aguantar y nunca vuelve al hogar paterno para no tener que hablar de los errores del pasado. Muere en 1704 en una modestia cercana a la pobreza.



PABLO DE OLAVIDE

Nacido en Lima, Perú, en 1725 cuando esa parte de América era española, Olavide fue uno de nuestros principales ilustrados. Amigo de Diderot y Voltaire, llegó a ser ministro de Carlos III. Muy vinculado a Andalucía, de la que fue Superintendente, antes había sido intendente de Sevilla y del ejército de Andalucía. Todavía muchas calles de Sevilla tienen placas de su nomenclátor que recuerdan la parroquia, el cuartel y la collación a la que pertenecían en el siglo XVIII según el plano de Olavide. Repobló Sierra Morena para lo que creó nuevas poblaciones, luchó contra el bandolerismo, reorganizó los ayuntamientos y fue el autor de la primera reforma universitaria de los tiempos modernos. Su trayectoria borró las dudas que la Inquisición y su gestión de la reconstrucción de Lima después del terremoto habían sembrado sobre su biografía. El reformador Olavide fue un magnífico andaluz adoptivo.

Si el rey Carlos III ha pasado a la historia por ser un gran reformador y modernizador ha sido gracias a las ideas ilustradas que impulsaron muchos de sus colaboradores como el asistente Pablo de Olavide.

Pablo de Olavide y Jáuregui nació en el seno de una de las familias criollas que destacaban en la América española. Educado por los jesuitas fue un alumno destacado y sorprendentemente precoz: a los 17 años era doctor en Teología y Derecho. Con veinte años era catedrático y oidor de la Audiencia. Su trayectoria es tan fulgurante que solo la podemos comprender en un contexto en el que el nepotismo y los favores entre grandes familias es moneda de uso común.

Tras el terremoto que asoló Lima en 1746 su familia asume responsabilidades en la reconstrucción y Olavide es nombrado comisario de obras. Su gestión económica es discutida. Parece que desvió partidas de gastos y que, por

ejemplo, empleó dinero destinado a reconstruir iglesias en construir teatros. El caso es que Olavide ha de huir a España acusado de corrupción en 1752 y cinco años más tarde es perdonado a cambio de no volver a ostentar cargo alguno en las colonias de España.

Una vez en España el joven Olavide se casa con una viuda de gran fortuna lo que le permite viajar por toda Europa entre 1757 y 1765, sobre todo por Francia, donde las ideas ilustradas estaban a la orden del día. Allí entra en contacto con ideólogos como Diderot y Voltaire con los que mantendrá amistad y correspondencia.

En España, su amistad con el Conde de Aranda le permitirá frecuentar la corte y darse a conocer en el entorno de Carlos III, del que llegó a ser consejero. En 1766 es Asistente de Sevilla donde deja profunda huella: instala alumbrado público y alcantarillado, hasta entonces inexistente, rotula calles tras realizar el primer plano de la ciudad, mejora las orillas del Guadalquivir y crea la primera escuela de actores. Incluso propone una reforma de la Universidad hispalense introduciendo estudios de Ciencias Naturales, Ciencias políticas y Arte.

Más tarde es nombrado Intendente del ejército de Andalucía y Superintendente de las nuevas poblaciones de Andalucía, luchando contra el bandolerismo y repoblando zonas deshabitadas. Llegó a crear más de cuarenta nuevas poblaciones en lo que después serían las provincias de Sevilla, Córdoba, Cádiz y Jaén. Muchos de los habitantes de estos nuevos pueblos eran inmigrantes procedentes de Alemania y Flandes a los que ofreció un hogar y un trabajo digno construyendo nuevas escuelas, talleres, hospicios, iglesias y hospitales. Una simple mirada a la guía telefónica nos hace encontrar, aún en nuestros días, en La Carolina (Jaén), La Carlota (Córdoba) o Cañada Rosal (Sevilla) apellidos como Hans, Jung o Wic que nos hablan de los pobladores que trajo Olavide.

En 1775 tuvo problemas con la Inquisición. Era normal entre los Ilustrados este hecho, pero Olavide había defendido a Copérnico en sus escritos y en sus ordenanzas había prohibido tocar a muerto en los casos de epidemia de peste para no deprimir a la población. Acusado de impío Olavide ha de huir a Francia donde mantiene nuevos contactos con enciclopedistas como D'Alambert y ve cómo monarcas ilustrados como Catalina de Rusia muestran interés por él. En Francia vive intensamente los acontecimientos de la Revolución de 1789 y muestra su decepción cuando el Terror se apropia del proceso revolucionario. Olavide dedica esta etapa a la reflexión y el estudio. De esta etapa son obras suyas como "El evangelio en triunfo" o "Poemas Cristianos". Una carta suya al rey Carlos IV le permite el perdón y la vuelta a España.

En 1798 es amnistiado y se le otorga una pensión vitalicia para que tenga un sustento digno. Esto le permite rechazar los cargos y honores que le son ofrecidos a su vuelta. Olavide se retira a Sierra Morena, en los confines de la Andalucía que él había repoblado, donde tiene una vida retirada que ocupa en escribir poesía, teatro, zarzuela y ensayo. Muere en Baeza en 1803.



LUIS DAOÍZ

“Quizá esté perdida España, pero yo lucharé por ella”. Con estas palabras el héroe de la Guerra de la Independencia Luis Daoíz intentaba persuadir a sus compañeros de armas para que no lo retirasen del campo de batalla a pesar de estar mortalmente herido. Era el 2 de Mayo de 1808 y el pueblo se había desentendido de los políticos para rebelarse frente a la invasión de los franceses que habían tomado Madrid pese a argumentar que estaban de paso para Portugal. Antes también Daoíz se había rebelado pese a ser militar y había repartido armas entre el pueblo para que resistiesen al invasor. Era el último acto de un militar andaluz con una brillante trayectoria tanto en la armada como en el cuerpo de artilleros. Combatió en tres continentes y fue siempre un ejemplo para sus compañeros de armas.

Luis Daoíz y Torres nació en el barrio sevillano de la Gavidia en 1767 en el seno de una familia vinculada a la milicia por generaciones. Aunque la familia era de origen navarro se había vinculado a Andalucía desde el siglo XVI en el que el apellido De Aoíz aparece en mandos del ejército del Campo de Gibraltar. En la relación de militares que defienden Gibraltar de la toma inglesa en 1704 aparece de nuevo el apellido D’Aoíz, escrito como lo pronuncian los andaluces, y ya a lo largo del XVIII en la guarnición del Puerto de Santa María aparece escrito tal como ha pasado a la historia gracias al héroe del 2 de Mayo.

Con solo quince años el joven Daoíz decide seguir la carrera de armas, como tantos de sus antepasados, y decide hacerlo en Artillería, el cuerpo de élite de la época, que cuidaba tanto su prestigio que solo abría sus puertas a quien pudiese demostrar que pertenecía a la nobleza. Y es que hasta después de la Guerra de la Independencia la carrera militar estaría vetada en España a los plebeyos. Luis Daoíz se traslada durante cinco años a Madrid y Segovia

para formarse en la academia militar de la que sale como alférez en 1787. Su primer destino es el Puerto de Santa María, del que pasa a Ceuta en 1789 pues quería un destino más activo en el que pudiese ascender más rápidamente. Tras años antes de que acabe el siglo XVIII lo tenemos en Cádiz vinculado a la Armada y participando en la defensa de la ciudad frente a las tropas del almirante inglés Nelson al que logran rechazar. Siempre deseando estar “en el ojo del huracán” participa en la guerra del Rosellón en Francia, donde es detenido, y, una vez vuelto a España, en la batalla de Trafalgar. Sirviendo en la Armada viaja en dos ocasiones a América, pero las largas travesías lo obligaban a largos periodos de inactividad a pesar de que siempre había que estar vigilantes a los ataques ingleses a nuestra flota. Pero Daoíz decide buscar más acción y volver al cuerpo de artillería ya como capitán. Sevilla es su nuevo destino en 1802 desde donde es destinado al Parque de Artillería en Madrid en 1808.

Los primeros años del XIX en España van a ser una prolongación del siglo XVIII, pero a partir de 1808 se van a desencadenar acontecimientos que harían del XIX un siglo movido y convulso. Ser aliados de Francia nos había llevado a perder nuestra flota en Trafalgar. En 1807 se firma el tratado de Fontenelle y Napoleón se decide a atacar Portugal por ser aliado de Inglaterra. Cien mil soldados franceses entran en España con esa excusa y se instalan en plazas fuertes como Barcelona, Pamplona, Vitoria y San Sebastián. En Marzo de 1808 tras el motín de Aranjuez el viejo rey Carlos IV abdica y el trono pasa a su hijo Fernando VII. La situación no puede ser peor: el país invadido, sin marina, la familia real dividida, las instituciones en crisis y la hacienda en bancarrota. Estaba claro que la “España oficial”, la de las instituciones, no era capaz de tomar la iniciativa y tuvo que ser el pueblo el que la tomase. Estaba claro que comenzaba una nueva época.

En ese contexto Napoleón llama a Bayona, ciudad fronteriza, a la familia real y consigue la renuncia al trono tanto de Carlos IV como de Fernando VII y les recomienda permanecer en Francia. Ya tenía decidido Napoleón colocar en el trono de España a su hermano José.

Mientras suceden estos hechos el general francés Murat se establece en Madrid con un gran ejército. Unos destacamentos acampan en el parque del Retiro mientras otros van entrando en las distintas guarniciones y cuarteles del ejército español que tenía la orden de no impedirselo.

Daoíz se dedica con Velarde a extender la idea de un levantamiento del ejército frente al invasor francés, pero el movimiento es detectado y los mandos le obligan a obedecer. Pero el dos de Mayo viendo al pueblo levantarse frente a un ejército extranjero Daoíz decide desobedecer la

orden de acuartelarse y resistir al invasor. Reparte armas entre el pueblo de Madrid y se dispone a defender el Parque de Artillería. Sin apenas municiones y ante un ejército muy superior Daoíz muere como un héroe resistiéndose a abandonar su puesto y luchando con su sable pese a las muchas heridas. Su sacrificio no será inútil porque el pueblo seguirá la lucha y vencerá al invasor años más tarde, otra cosa será el comportamiento del monarca que no acepta la constitución que los españoles le preparan y abre el camino del enfrentamiento que marcará todo el siglo XIX. Sevilla le dedicaría una estatua de bronce junto a la casa de su familia en la plaza de la Gavía. Obra del genial Susillo, Daoíz es representado en el momento en el que toma la decisión de resistir a los invasores, desobedeciendo la orden y se dispone, sable en mano, a unirse al pueblo que había comenzado la resistencia.



JOSE MARÍA BLANCO WHITE

En la calle Jamerdana de Sevilla, donde nació, hay una placa que bien puede definir la trayectoria de Jose María Blanco White, reza así: “Una vida dedicada a combatir la intolerancia”. Ilustrado, liberal, reformador religioso, escritor prerromántico que criticó con dureza la Sevilla eterna, la Andalucía folclorista y la España intolerante y católica a machamartillo, José María Blanco White es un escritor maldito para la España más conservadora. Menéndez Pelayo dice de él que es “apóstata, infame, antipatriota y filibustero renegado de todas las sectas”. Ciertamente ha incomodado a algunas mentes que Blanco White se atreviese a criticar asuntos considerados tabúes en esa época como el celibato de los religiosos, la esclavitud o el papel de España en América, por no hablar de sus ataques al excesivo peso de la tradición en una España que requería modernidad si quería avanzar. Silenciado durante mucho tiempo y desaparecido de los libros de texto, hoy se le reivindica como precursor y como escritor moderno. Goytisolo dice que su análisis de la Iglesia Católica de entonces “bien puede valer hoy para el fanatismo talibán”. Su obra es fundamental para conocer nuestro siglo XIX. La mirada crítica de Blanco White es, en literatura, la misma mirada crítica que Goya nos dejó en pintura.

José María Blanco Crespo nace en Sevilla en 1775 de un padre comerciante de origen irlandés y una madre con profundas convicciones religiosas que traslada a toda la familia. Sus dos hermanas ingresan en un convento de clausura a temprana edad. La familia intenta desde niño que aprenda el oficio paterno pero José María no se interesa nada por las letras de cambio y sí por la biblioteca de una de sus tías. A los doce años decide que quiere ser sacerdote. Estudia en el colegio Dominicó que tiene que abandonar porque su excesiva ortodoxia lo llevaba a frecuentes discusiones con los profesores. Ya en la Universidad organiza con otros estudiantes, entre ellos Arjona y Alberto

Lista, una sociedad privada para cultivar las humanidades sin las cortapisas de ninguna institución, la “Academia de Letras Humanas”. Sobreponiéndose a las dudas, condicionado siempre por defraudar a su madre si abandona la carrera religiosa, finalmente se ordena sacerdote a los 24 años. Dos años más tarde consigue por oposición el puesto de capellán de la Capilla Real de San Fernando en la Catedral de Sevilla. Los ejercicios espirituales, el acto de su ordenación, las ceremonias religiosas y la Semana Santa de Sevilla se verán reflejadas en su obra. En 1803 tendrá una profunda crisis y reconocerá en su “Autobiografía” que por mucho tiempo ejercerá una religión en la que no cree. Piensa en emigrar y en 1805 obtiene la licencia de sus superiores para trasladarse a Madrid donde buscaba según decía “la sombra de la libertad”. Dos circunstancias marcan su vida: la primera su presencia en ambientes liberales y la segunda su relación con una dama con la que rompe el celibato y tiene un hijo, Fernando, que nació en 1809. En esa fecha Blanco White no estaba en Madrid sino en Sevilla, pues la lucha contra los franceses en 1808 hizo que abandonase Madrid. Hasta 1812, en Londres, no es consciente de su paternidad. Siempre ayudaría económicamente a la madre de su hijo hasta que muere en 1816. Su hijo fue llevado a Londres y educado en los mejores colegios de Francia y Suiza.

La lucha contra los franceses se llevaba a cabo mediante “Juntas” que organizaban la resistencia. Había Juntas locales, regionales y una Junta Central que las coordinaba a todas. Ya en Sevilla Blanco White va a tener problemas con la Junta Central, esta quería que el único mensaje fuese “fuera los franceses de España”, Blanco White defendía además un cambio político para olvidar el Absolutismo y el Antiguo Régimen. La Junta entendía que propagar claramente esas ideas podía dividir más a los españoles. Blanco White estaba convencido que no merecía la pena luchar por un rey si este se comportaba como un tirano. “El Semanario Patriótico” se llamaba el diario en el que Blanco White exponía sus ideas.

En 1810 está en Cádiz y decide embarcar para Londres. Ya no volverá. Durante su estancia en Inglaterra, a la que considerará su segunda patria, se dedicará a acoger liberales huidos de España y publicará un periódico, “El Español”, en el que expondrá sus ideas. Entre ellas apoyar claramente las revoluciones de las colonias españolas en América. Lo que hoy parece un acto de sentido común fue muy criticado por sus contemporáneos. En 1812 abandona la Iglesia Católica y se hace anglicano. Dos años más tarde ejercerá como ministro en esa iglesia. En Londres escribe su autobiografía, con un sugerente título en inglés: “Examination of Blanco by White”. En 1819 escribe las Cartas de España para un periódico inglés, un retrato sugerente de cómo eran las costumbres españolas del siglo XIX donde la crítica feroz no

esconde un sevillano totalmente enamorado de su ciudad. Esos años trabaja para la Universidad de Oxford y ayuda a la elaboración de la “Enciclopedia Británica”.

En 1835 abandona Inglaterra y se instala en Dublín antes de fijar su residencia definitiva en Liverpool. Para esa fecha ya no era anglicano sino “unionista”, una iglesia que pretendía unificar diferentes corrientes cristianas abandonando dogmas como el de la Trinidad, alabando el magisterio de Jesús sin que necesariamente eso significase su divinidad y reduciendo al mínimo el papel del clero. En el seno de esta iglesia murió en Liverpool en 1841. Hasta el último día estuvo escribiendo tanto en inglés como en español sobre sus pasiones: la religión y la política. Relegado durante mucho tiempo, hoy día es reconocido entre los grandes escritores de nuestro siglo XIX.



JUAN ÁLVAREZ MENDIZÁBAL

Gaditano, liberal progresista, monárquico, anglófilo y anticlerical, Mendizábal es uno de los políticos más interesantes de la primera mitad del siglo XIX. Famoso por poner en marcha la “desamortización” de los bienes de la iglesia, su fracaso hemos de enmarcarlo en un siglo, el XIX, en el que España lo ensaya todo y lo fracasa casi todo, incluido la desamortización de Mendizábal. Tuvo que exiliarse dos veces perseguido por sus ideas avanzadas, pero nunca paró de conspirar en defensa del proyecto liberal. Llegó a financiar el levantamiento de Riego en 1820 para que volviese la Constitución de 1812 proscrita por Fernando VII, pero también conspiró en otros países para que gobernasen los liberales. Mendizábal fue sin duda un hombre inquieto que vivió en un siglo convulso, el siglo XIX.

Juan Álvarez Méndez nació en 1790 en el seno de una familia gaditana de pequeños comerciantes dedicados al textil. Parece que el deseo de ocultar el origen judío de su familia lo llevó a cambiar su segundo apellido por el de Mendizábal por el que sería conocido. En Cádiz recibirá una formación mercantil en la que no faltarán los idiomas ni los conocimientos de contabilidad, comercio y administración. Esa formación influiría mucho en sus dedicaciones posteriores.

En 1808 se alista en el ejército. Años más tarde llegará a ser responsable del abastecimiento del ejército de Andalucía. Desde allí salían las tropas que luchaban en la América española por lo que los suministros al ejército eran constantes y le permiten mantener una posición económica desahogada. También le permite conocer a liberales revolucionarios muchos de ellos alistados en el ejército desde la Guerra de la Independencia. Su entrada en la masonería refuerza su encuentro con militares masones que conspiraban para acabar con el absolutismo como Alcalá Galiano o Riego.

Las conspiraciones son continuas desde que Fernando VII decidiese olvidar la Constitución de 1812 y volver al absolutismo. El propio Mendizábal financia el levantamiento del ejército al mando de Riego en Las Cabezas de San Juan en 1820 para obligar al monarca a acatar la Constitución. El golpe triunfa y Mendizábal se dedica a sus negocios particulares. Pero tres años después Fernando VII decreta la vuelta del absolutismo y Mendizábal ha de exiliarse en Gibraltar y luego en Londres donde acoge a exiliados y conspira no solo en España sino que también apoya activamente los proyectos liberales de Portugal y Bélgica.

Muerto Fernando VII en 1834 la situación de España es convulsa. Los liberales se dividen entre progresistas y moderados. Los progresistas quieren limitar el poder de la corona, más libertades, drásticas medidas económicas para favorecer el comercio y elecciones con un sufragio muy amplio. Fracasados los conservadores, que preconizan justo lo contrario, los progresistas son llamados al gobierno y Mendizábal vuelve del exilio para hacerse cargo del Ministerio de Hacienda en 1835. La situación era caótica, la deuda era enorme y la guerra carlista necesitaba aun más dinero. Tanto se confía en Mendizábal que se acaba por hacerlo primer ministro. Acaparará además cuatro ministerios en su persona: Estado, Hacienda, Guerra y Marina. Aunque toma otras medidas como decretar la libertad de prensa o ampliar el censo, Mendizábal pasará a la historia por llevar a cabo la primera desamortización. Se trataba de sacar a subasta pública las propiedades llamadas “de manos muertas”, es decir las que no producían, sobre todo las de la iglesia que mediante donaciones había acumulado una buena parte de las tierras que se mantenían casi sin producir. El objetivo era sacar unos ingresos por su venta que saneasen las arcas del Estado y además aumentar la producción agrícola. De paso se fomentaría el surgimiento de una pequeña burguesía inexistente entonces que pondría en marcha la decrepita economía española. Todo ello fracasó. Se subastaron desde luego las tierras de las órdenes religiosas tras disolver las corporaciones religiosas del clero regular, pero estas tierras no son compradas por el pueblo sino por la oligarquía terrateniente que consolida y amplía sus latifundios. La falta de información, las subastas amañadas por los caciques locales o la subasta de grandes lotes hacen imposible que el pueblo se beneficie de la desamortización. El resultado es que no se aumenta la producción y se refuerza el caciquismo y la oligarquía, la deuda del Estado se atenúa pero no se resuelve y la iglesia ve desmanteladas sus propiedades si bien seguirá influyendo decisivamente en la sociedad del XIX a través de la educación en la que mantenía prácticamente un monopolio.

Mendizábal tiene problemas con las Cortes y se ve obligado a dimitir. Más tarde reaparecerá como alcalde de Madrid siempre en disputa con los

moderados y será elegido diputado en diversas ocasiones, incluso se le vuelve a ofrecer el Ministerio de Hacienda. Apenas le da tiempo de nada. En 1844 se verá obligado a exiliarse de nuevo con la llegada del militar Narváez al poder. Regresa en 1847 y, siempre batallador, vuelve a las cortes donde será diputado. Aunque mantendrá su influencia en el partido progresista, su estrella no volverá a brillar como antes. Muere en 1853.



CECILIA BÖHL DE FABER (Fernán Caballero)

La profesión de escritora no formaba parte de las tareas que la sociedad de la época le tenía encomendadas a una mujer del siglo XIX. No sabemos cuantas escritoras desperdiciaron su talento ante la imposibilidad de ejercer una profesión considerada “masculina”. La capacidad creadora de Cecilia Böhl de Faber no se perdió, entre otras cosas, gracias a la utilización de un pseudónimo, Fernán Caballero, que escondía la condición femenina de la autora.

Considerada durante mucho tiempo una escritora realista, Cecilia Böhl de Faber es hoy considerada autora del pre-realismo. Y es que Fernán Caballero no describe del todo “la” realidad sino “su” realidad. Una realidad dulcificada, edulcorada que no era la realidad “real”, valga la redundancia, de la Andalucía del XIX. El campo andaluz que intenta dibujar en el fondo de sus novelas le sale idealizado y no tiene nada que ver con las luchas sociales que tuvieron lugar en la Andalucía de la época, más cercana a la lucha de clases que a los campesinos folclóricos que danzan al son de las guitarras. La realidad que refleja no es, pues, social sino la de unos personajes que reflejan las costumbres y tradiciones antiguas. Sin duda esto le da un cierto interés a la obra de Fernán Caballero pero ciertamente es una obra que representa el pasado en un mundo donde se estaban produciendo las grandes transformaciones de la Era Contemporánea. Cecilia Böhl de Faber siempre intentará dar un contenido moralista a sus obras: “Llevar al pueblo por el buen camino” como ella misma reconocía. Pero excesivamente apegada a la religión y la tradición el resultado es una literatura moralizadora, teñida de resignación cristiana y defensora del antiguo régimen y los privilegios señoriales.

La verdad es que en el siglo XIX no es fácil distinguir entre literatura y política. La novela, el folletín, el realismo y la revolución están de alguna manera interconectados aunque Fernán Caballero no lo demuestre. Por eso su obra no está a la altura de los tiempos. Sus escenas de salón, sus tertulias de clase alta, su idealización del pasado y de las relaciones sociales hacen que la obra de Cecilia Böhl de Faber sea de éxito fugaz y que hoy nos suene a antigualla con la única virtud de conservar cantares y refranes. Su obra busca el folclore y el pintorenquismo en vez de reflejar la realidad social. De esta manera cobra éxito en su tiempo a cambio de olvido en nuestros días. Quizá le faltó osadía. Tenía la técnica, pero gastó sus energías como mujer en el hecho mismo de publicar su obra y se quedó corta en la profundidad y valor para alejarse del costumbrismo.

Hija de un hispanista alemán y una gaditana nació en Suiza en 1796. Su madre, Francisca Larrea, ya era escritora y había recurrido al pseudónimo de “Corina” para publicar sus obras.

Cecilia se cría en Andalucía y nuestra comunidad es el territorio en el que se ambientan casi todas sus obras para las que ella reclamaba cinco cualidades: naturalidad, verdad, patriotismo, moralidad y poesía.

Su obra está marcada por las vivencias que Cecilia tuvo con cada uno de sus matrimonios. En 1816, con diecinueve años, se casa con el militar Francisco Planelles y su matrimonio es un fracaso. Su marido muere en Puerto Rico adonde es destinado y su novela “Clemencia” esta situación vital, la joven protagonista se encuentra con un cúmulo de desgracias que combate no con rebeldía sino con resignación cristiana.

En 1822 se casa de nuevo con un señorito andaluz, el marqués de Arco Hermoso con el que vive trece años de felicidad en su residencia de Sevilla. Es la etapa en la que escribe los cuentos, los proverbios y las canciones inspiradas en su visión idealizada del campo de Andalucía que se refleja en su novela “La Madre”, publicada en 1835, el mismo año en que muere su segundo marido. A partir de entonces entrará en un periodo marcado por la estrechez económica que Cecilia combatirá refugiándose en la escritura.

Dos años más tarde, en 1837, Cecilia se vuelve a casar con Antonio Ayala, diecisiete años más joven pero de constitución enfermiza y enfermo de tisis. Cecilia llega a costearle un viaje a ultramar para que se recupere y lo vemos ejercer en los años cuarenta el cargo de embajador de España en Australia. La distancia no ayuda a su salud mental ni física y Antonio acaba por suicidarse en 1863. Cecilia, pobre y sola, es recogida por los Duques de Montpensier que le consiguen una de las casas del Patio de banderas de

Sevilla. Pero la Revolución del 68 sería, por encima de todo una revolución social que pretendía acabar con los privilegios y Cecilia tiene que abandonar el domicilio conseguido por amistad con la nobleza. Cecilia se dedica a publicar en los periódicos donde se adelantan por entregas sus obras más conocidas. “La Gaviota” se publica en 1849, “La familia Alvareda” en 1856 y “Un verano en Bornos” en 1858. Una de sus obras más traducidas en Europa “Cuadros de costumbres populares andaluzas” se publica en 1852 y “Cuentos y poesías andaluzas” en 1859. Estas dos últimas son sus obras de más éxito allende nuestras fronteras, más por el tema andaluz, al que los lectores europeos eran aficionados, que por su calidad intrínseca.

Cecilia muere en 1877, en nuestros días no es una autora leída: Ya hemos hablado de su actitud conservadora en temas y tipos y moralizante en los argumentos. Pero en cualquier caso merece ser una autora “justificada”. Fue una mujer de su tiempo aunque no fuera una mujer innovadora. Su condición femenina hizo que muchas de sus energías se agotaran en dejar una obra escrita. Solo por eso merece un sitio en nuestra memoria colectiva.



MARIANA PINEDA

El siglo XIX español está marcado por la lucha entre los partidarios del progreso y los partidarios de la reacción. Éstos querían volver al Antiguo Régimen en el que el Rey lo era por la gracia de Dios y todos los poderes dependían de él. Los liberales, partidarios del progreso creían en una Constitución pactada de la que derivasen los poderes y en las ideas de Libertad e Igualdad que se habían impuesto desde la Revolución Francesa. Entre los mártires de la lucha por la libertad se encuentra esta mujer andaluza, de origen humilde y vida difícil que nunca abandonó sus principios ni sus convicciones. Su condena a muerte por bordar una bandera de la libertad tuvo tal impacto que inmediatamente pasó a formar parte de romances de ciego y coplas flamencas. Escritores como García Lorca, Menéndez y Pelayo, Antonio Gala o Martín Recuerda se han ocupado de esta heroína andaluza.

Mariana Pineda nació en 1804 en la ciudad de Granada. En su infancia vivió la Guerra de la Independencia y, más tarde, las idas y venidas de Fernando VII unas veces acatando la Constitución y rechazándola cuando podía llevando a los españoles al enfrentamiento. Mariana participó en esas luchas, siendo encarcelada varias veces antes de que su coraje le costara la vida.

La primera lucha de Mariana Pineda fue por la supervivencia. Nada más nacer fue inscrita como hija natural. Su padre era un coronel retirado de un ejército en el que aun se exigía la pureza de sangre para entrar en la Academia Militar y su madre hija de sencillos labradores de Lucena, por lo tanto la diferencia de cuna obligó a que sus padres nunca se casaran. Así eran las cosas en el Antiguo Régimen. Huérfana primero de madre y después de padre acabó viviendo con José Pineda, un tío suyo, ciego, quien una vez que hubo administrado la herencia que le había correspondido a Mariana- la entregó a su vez a la familia de un dependiente para que la

criase. Esta humilde familia adoptiva acogió, educó y atendió a Mariana en todo lo que necesitó. Con catorce años ya destacaba por su belleza, talento y sensibilidad.

Mariana se casó muy tempranamente. A los quince años contrajo matrimonio con Manuel Peralta, joven muy comprometido con los ideales revolucionarios. Pero hay que decir que Mariana Pineda no fue liberal por estar enamorada de un liberal sino porque lo estaba de la libertad. Mariana compartía ideología y temperamento con su joven marido con el que tuvo dos hijos y del que enviudaría en 1822.

La represión de Fernando VII llenaba las cárceles de liberales. Mariana visitaba la cárcel para atender a un tío suyo detenido. De esta forma entra en contacto con una logia liberal que se reunía en la clandestinidad en un carmen cercano a la Alambra. Un jardinero los delata y acusa a Mariana de tener contactos con revolucionarios expatriados en Gibraltar. Aunque a partir de este momento Mariana es vigilada de cerca, cada vez se va comprometiendo más en la lucha liberal hasta el punto de disfrazarse de fraile capuchino para entrar en la cárcel y conseguir la fuga del capitán Fernando Álvarez de Sotomayor, cabecilla de los liberales y pesadilla de los absolutistas, y casado a su vez con una prima de Mariana. Estos acontecimientos la hacen popular en Granada. El hecho de ser mujer hace que los reaccionarios la vean con especial inquina y procuren un escarmiento. Hay un hecho que exacerba aún más los ánimos contra Mariana: En 1829 tuvo su tercera hija, Luisa, hija de don José de la Peña con quien no estaba casada. Tuvo que reconocerla como hija natural y la dejó a cargo de una criada.

Cuando todos los ojos observaban a Mariana, se corrió la voz de que se estaba bordando una bandera liberal con el lema “Ley, Libertad e Igualdad”. Solo una mujer puede estar detrás de tal hecho y esa mujer únicamente podía ser Mariana. A partir de ahí se disparan toda clase de rumores y conjeturas. Unos dicen que un clérigo delató a Mariana, otros que fue un ardid del juez del caso, despedido porque Mariana lo había rechazado, quien encargó a unas bordadoras que dejaran la prueba del delito en casa de Mariana para vengarse de ella. Sea como fuere lo importante era que una mujer andaluza en pleno siglo XIX se había convertido en un símbolo de los que luchaban por la libertad y había que dar un escarmiento. El juicio fue un paripé. Escalera, el abogado “defensor” de Mariana “pretende la libertad” de la acusada con estas palabras: “Cierto es que el delito que se trata es de los mayores y más graves, y que exige por las leyes el más ejemplar castigo. Cierto es que la bandera y letreros encontrados son cuerpos de delito y que todo ello se aprehendió en casa de Doña Mariana Pineda Muñoz...”. Con un defensor así es normal que Mariana Pineda acabase en el patíbulo. Fue un

juicio injusto, sin pruebas, con una sentencia desproporcionada para una Mariana Pineda que nunca quiso delatar a sus amigos. El 24 de Mayo de 1831 la trasladan desde el Beaterio de Santa María Egipciaca a la Cárcel Baja donde estuvo dos días por temor a una rebelión popular. Allí le notifican su condena después de confiscarle todos los bienes. La ejecutan el 26 de Mayo en el Campo del Triunfo de la Inmaculada en Granada por el método del garrote vil. Todas las mujeres del Albaicín lloraron la serenidad y el gran valor de esta mujer andaluza mártir de la libertad.



EUGENIA DE MONTIJO

Eugenia de Montijo de Guzmán y Teba, quien llegaría ser emperatriz de Francia, nació en el barrio de la Magdalena de Granada en 1826. Aunque buena parte de su vida transcurriría en París siempre hablaría con orgullo de su cuna granadina.

Podríamos llevarnos a engaño si para conocer la historia de esta andaluza nos dejásemos llevar por la forma en que nos la cuenta la copla popular ya que esta nos la describe como una señorita andaluza que, víctima de las ambiciones de su madre, es obligada a casarse con Napoleón III y el dolor y la tristeza se apoderan de Eugenia al tener que alejarse de su tierra natal. La realidad es bien distinta de la imagen romántica que nos da la copla y nos muestra que la protagonista, lejos de ser una inocente muchacha andaluza, es una persona deseosa de poder que no cesa hasta convertirse en emperatriz de Francia.

Eugenia de Montijo nace en una España convulsa marcada por la lucha entre liberales y absolutistas. Sus padres, Cipriano de Teba y María Manuela Kirkpatrick son aristócratas de alta alcurnia que por esas fechas acababan de añadir a sus títulos el señorío de Montijo.

Su educación es la propia de una dama de su nobleza y transcurre en caros colegios y pensionados de París y Londres.

Toda la aristocracia europea del momento está pendiente de lo que sucede en Francia donde una nueva oleada revolucionaria atizada por una profunda crisis económica reivindicaba en 1948 los principios liberales más radicales. Por última vez las clases medias urbanas y los proletarios van a movilizarse juntos para conseguir igualdad social y sufragio universal. La paradoja es que las barricadas derriban la monarquía y las urnas eligen presidente de

la República a un sobrino de Napoleón, llamado Luis Napoleón que más tarde se olvidaría de las urnas, y se proclamaría Emperador Napoleón III al frente de un régimen autoritario. La jugada resultó interesante para toda la aristocracia europea que acudiría a París a medrar. Así nos encontramos en París a Eugenia de Montijo, introducida en los ambientes cortesanos por el compositor Prospero Merimèe, amigo de su madre. Todo París comenta la belleza y la distinción de la andaluza. Educada para brillar, Eugenia se mueve como pez en el agua por los salones de París y llama la atención del Emperador con quien se casa en 1853 en la catedral de Notre Dame.

Eugenia no se conforma con ser una consorte dedicada a labores de caridad. Quiere tener un papel protagonista. Su modelo es la reina Victoria de Inglaterra que entiende que la pareja real ha de compartir el poder. Tiene un papel activo en asuntos de estado como la unificación italiana o situar a Maximiliano de Austria en el trono de México. La idea era contrarrestar la fuerza creciente de los Estados Unidos fundando un Imperio en el Sur con conexiones en Europa, pero la aventura termina en sonoro fracaso con Maximiliano ajusticiado. En 1858 Eugenia sufre un atentado del que sale ilesa obra de revolucionarios italianos. Influye también para que se le declare la guerra a Prusia, lo que va tener altos costes para ella y para Francia que perdería Alsacia y Lorena. En realidad Eugenia añoraba la vuelta del absolutismo y su objetivo era que su hijo con Napoleón III, heredase el trono. En 1869 inaugura el canal de Suez, en el que sería su último acto oficial. Le gustaba ejercer el poder y llega incluso a ignorar las infidelidades de su marido para poder ejercerlo. Lo hace de forma efectiva como regente en tres ocasiones, la última de ellas durante la guerra franco-prusiana que acabaría con el emperador preso y ella escapando de milagro de un París revolucionario que desembocaría en la experiencia de la Comuna. Huye a Inglaterra desde donde se dedicará a conspirar, tras la muerte de Napoleón III, para que su hijo volviese a Francia y ocupase el trono. La desaparición de su hijo en una expedición en África formando parte de tropas inglesas la sume en la desesperación. Eugenia pasa de luchar por una causa difícil a no tener causa alguna por la que luchar. Su figura se va difuminando y Eugenia decide volver a España, afincándose en Sevilla. Su elegante belleza y su condición de mecenas de las artes y las letras le hace guardar un cierto respeto de las gentes.

Con su figura en declive nunca dejó de interesarse por los asuntos de Francia y recibió con alegría la victoria aliada sobre Alemania en la Primera Guerra Mundial. Sin haber vuelto nunca a Granada, de la que siempre estuvo nostálgica, muere en 1920 en el Palacio de la Casa de Alba en Madrid siendo su hermana Francisca la Duquesa consorte.



GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Si hablamos de poesía hay un antes y un después de Bécquer. Con él nace la poesía moderna en España e influye en casi todos los escritores posteriores. Maestro de poetas, algunos, como Juan Ramón o Cernuda sin ir más lejos, descubren la literatura en su juventud al leer la obra de Bécquer. Aunque pasa por ser romántico, su obra se desarrolla después de 1850 y no olvidemos que el romanticismo es un movimiento de la primera mitad del XIX. Su vida estuvo llena de desgracias y depresiones antes de morir en Madrid después de una enfermedad que le acompañó buena parte de su vida y de la que nunca se repuso. Conocido sobre todo por sus “Rimas” y sus “Leyendas”, le bastaron treinta y cuatro años para brillar con luz propia en la Historia de la Literatura.

Gustavo Adolfo Bécquer nació en Sevilla en 1836 en el seno de una familia de pintores entre los que destacan su padre José y su hermano Valeriano. Nacido entre pinceles, él mismo quiso dedicarse a la pintura. “Tú nunca serás un buen pintor sino un mal literato” parece que le dijo su tío el pintor Joaquín Domínguez para animar al muchacho. La música fue otra de las vocaciones de Gustavo Adolfo, que dejó honda huella en su obra de escritor. Huérfano desde muy joven, a los cinco años muere su padre y a los once su madre, se convierte en un niño raro y excéntrico para el que la muerte es un elemento más de la vida como refleja e su obra en las evocaciones de su infancia. Se educa en el Colegio de San Telmo de Sevilla, en el Palacio del mismo nombre, junto al Guadalquivir, en el que el Estado pagaba la formación de huérfanos pobres de noble cuna.

Su vocación literaria le nace siendo un niño. Con diez años ya escribe un drama disparatado “Los Conjurados” y con trece ya publica versos en “El regalo de Andalucía”, una revista literaria de Sevilla.

Dispuesto a dedicarse a la literatura se muda a Madrid en 1854, cuando contaba dieciocho años de edad. Allí tiene una vida de dificultades, malviviendo de su trabajo en periódicos de segunda fila y elaborando libretos para zarzuelas que firmará con seudónimo. Distraído y reservado desde siempre, Bécquer se vuelve aún más depresivo e inestable. Combina momentos de pereza con otros de actividad febril. Fumador empedernido, noctámbulo y enfermizo muy pronto caerá víctima de la tuberculosis. En Madrid recordará nostálgicamente a Andalucía, a la que curiosamente se referirá como “mi país”: “Un soplo de brisa de mi país, una onda de armonías lejanas besó mi frente y acarició mi oído al pasar. Toda mi Andalucía con sus días de oro y sus noches luminosas y transparentes se levantó como una visión de fuego en el fondo de mi alma”

En esta época comienza a escribir sus “Leyendas”, veinticinco auténticos poemas en prosa en las que recoge leyendas populares como la de Maese Pérez el Organista, la del Beso o el Miserere, y nos las devuelve hechas poesías en prosa. Sus leyendas verán la luz en la prensa, pero no en forma de libro. Curiosamente el único libro suyo que Bécquer llegó a conocer impreso en vida fue una “Historia de los templos de España”, publicado en 1857 y realizado más por motivos económicos que por otra cosa.

En 1861 contrae matrimonio con la hija de un médico, llamada Casta pero que no hacía honor a su nombre. Tuvieron tres hijos y un matrimonio infeliz en el que hubo más coexistencia que amor hasta que ella se decidió a abandonar la casa.

En los años sesenta mejora la situación económica de Bécquer. Comienza a publicar en un nuevo periódico de primera línea, “El Contemporáneo”, en el que también lo harían Valera y Galdós. Más tarde, en 1864, aceptaría un trabajo como censor de novelas muy bien remunerado. Seguía con la mala salud, pero al menos su economía mejoraba. La estancia en el Monasterio de Veruela par reponerse de su enfermedad le sirvió para escribir “Cartas desde mi celda”. Era la primera vez en la literatura española que se enlazaban la observación y la reflexión. Un rasgo más de la originalidad de Bécquer.

Su obra más famosa son las “Rimas”, escritas en 1867, hubo de reescribirlas porque se perdió el original en la Revolución Gloriosa de 1868 cuando fue asaltado el domicilio del editor a quien Gustavo Adolfo le había enviado el original para que fuera publicado. Las “Rimas” son ochenta poemas breves, sin título, en las que no busca la poesía sonora sino la íntima, la sencilla y natural capaz de sacudir el alma. Cualquier tema vivido hacia adentro es susceptible de ser tratado, por ejemplo el amor:

*“Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y e inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada;
oigo flotando en olas de armonía
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran...¿Qué sucede?
- ¡ Es el amor que pasa!*

Pero también la soledad, la tristeza, la incertidumbre o la música, por poner otro ejemplo:

*“Del salón en el ángulo oscuro
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa”*

Sin duda las Rimas son la obra más lograda de todas las de Bécquer y la que tendrá más influencia posterior.

Cuando en 1870 muere su hermano Valeriano, que había sido su apoyo fundamental en los últimos años, Bécquer vuelve a caer en la depresión. Sobrevive unos meses tan solo. Antes de morir quema sus cartas de amor y pronuncia unas enigmáticas palabras: “Tomo, mortal”. Eran las diez de la mañana de un día soleado. A las diez y media se produciría un eclipse de sol. Un año después, por suscripción popular, se publicarían dos volúmenes con la obra que Bécquer no vio publicada en vida.



ANTONIO SUSILLO

Sevillano del barrio de la Alameda, hijo de un humilde vendedor de aceitunas, su talento y sus cualidades innatas como escultor lo hicieron destacar desde que era un niño. Cuando tenía siete años llamó la atención de la duquesa de Montpensier mientras jugaba en la puerta de su casa esculpiendo figuras de barro. Impresionada de la destreza del niño la duquesa lo tomó bajo su protección y le financió los estudios en la prestigiosa escuela del pintor local José de la Vega. Ya formado decidió perfeccionar sus estudios en la Escuela de Bellas Artes tanto de Roma como de París donde se acoge al mecenazgo del príncipe ruso Romualdo Gredeye.

Aunque tuvo una corta vida de 39 años dejó una extensa obra y marcó un estilo peculiar en la escuela sevillana que daría sus frutos en la Exposición del 29.

Siempre brillante, la obra de Susillo tiene un reconocimiento temprano. Con apenas veinte años es ya un reconocido maestro que recibe encargos de esculturas en toda Europa. Incluso en Rusia es requerido para realizar una estatua del zar. A los treinta años el gobierno le entrega la Encomienda de la Orden de Carlos III y es acogido como miembro de la Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría.

En la segunda mitad del siglo XIX se suceden los “ismos” en el arte. Aparecen nuevas tendencias. Susillo conoce todos los movimientos de vanguardia pero es fiel al naturalismo de más honda raíz realista, reproduce la realidad pero sin repetir modelos y abierto siempre a transmitir mensaje y emoción a través de su obra. Susillo no se convierte en un imaginero más de los muchos que Sevilla produce. Susillo ha pasado a la historia como un excelente escultor de monumentos, aunque él se siente más a gusto en el bajorrelieve de barro cocido donde puede crear con toda libertad. Muchas obras de este tipo se

guardan en colecciones particulares. Suyos son muchos de los monumentos que podemos admirar en Sevilla. Por ejemplo el que conmemora a Velázquez en la Plaza del Duque, el de Miguel de Mañara en su casa o el levantado a Daoiz en la plaza de la Gavidia. También son suyas las doce esculturas de sevillanos ilustres que rematan la fachada de las cocheras del Palacio de San Telmo.

Quizá su obra más representativa sea el Cristo de las Mielles que corona la glorieta central del cementerio sevillano de San Fernando. Es un magnífico crucificado cuya posición de los pies ya expresa ese naturalismo no exento de libertad que rompe ataduras con lo clásico al que nos hemos referido antes. Sería su última obra. El encargo se lo hacen en un momento en que Susillo, aunque joven, vivía una crisis importante. Susillo lo había tenido todo: fama, dinero, prestigio, posición social... La muerte de su primera esposa acabará con esa etapa dorada. Casado en segundas nupcias no conocerá la felicidad y se refugiará en el trabajo. Muchos rumores hablan de que faltaba el amor en ese matrimonio o del excesivo apego al dinero de una esposa que nunca se adaptaría a vivir con un artista. Otros apuntan como causa de la ruptura a la ruina familiar y al poco aprecio que la esposa sentía por la obra de Susillo. El caso es que en un momento de crisis Antonio Susillo toma una decisión irreversible y acaba con su propia vida de un disparo a los treinta y nueve años de edad. A pesar de que las normas de la iglesia impedían enterrar en el camposanto a los suicidas, la mediación de la Infanta María Luisa consiguió que los restos de Antonio Susillo reposaran bajo los pies del Cristo que él mismo había esculpido. Esa imagen se llama “Cristo de las Mielles” por una curiosa anécdota. Parece que un tiempo después de reposar enterrados los restos de Susillo la imagen del Cristo comenzó a manar cera y miel por la boca. Pero no se trataba de ningún milagro. Una colonia de abejas se había instalado en el interior de la estatua y los calores del verano de Sevilla sobre la estatua de bronce hicieron el resto. La denominación estaba servida: “Cristo de las Mielles”. Quizás se trate de la obra más significativa de Susillo.

La muerte prematura de Susillo nos privó de un gran escultor a una edad en la que podía haber desarrollado una amplia trayectoria. Pero bastan las obras que realizó hasta los 39 años para considerarlo un magnífico escultor.



JULIO ROMERO DE TORRES

Para muchos es sólo un pintor folclórico y aflamencado que pinta escenas populares en las que las protagonistas son mujeres morenas agitanadas, el pintor de los antiguos billetes de cien pesetas dicen, cuando en realidad se trata del representante cumbre del prerrafaelismo en España. El prerrafaelismo es una corriente pictórica de fuerte contenido social que surge en la Inglaterra de la segunda mitad del XIX surgió con la finalidad de reivindicar la pintura del renacentista de Rafael, dominada por la autenticidad y el gusto por la naturaleza, el color y el detalle frente al materialismo de la industrialización. Julio Romero de Torres convirtió la pintura en un fenómeno de masas. Sólo por eso ya merecería nuestro reconocimiento.

Nacido en 1874 en el Museo de Bellas Artes de Córdoba del que su padre era director, Julio Romero de Torres parecía predestinado para la pintura.

Su padre, el también pintor onubense Romero Barros se había afincado en Córdoba donde trabajó en la restauración de la mezquita, intervino en la creación del Museo Arqueológico y en la fundación del propio Museo Provincial y dirigió la escuela de Bellas Artes.

La pintura de finales del XIX estaba marcada por diversas corrientes algunas de ellas opuestas entre sí. Es la época del impresionismo de los franceses, del retratismo representado por Madrazo, de Sorolla y su pintura marcada por la luz mediterránea, del realismo, del simbolismo, del prerrafaelismo... de todos ellos bebe Julio Romero de Torres. No obstante conoce a la perfección todos esos movimientos y tiene contactos en sus viajes por Europa con artistas de todas las tendencias.

Muy joven consigue participar en la Exposición Nacional de Madrid, donde expone lo más selecto de la pintura española, obteniendo varios galardones.

Muy pronto se convierte en un pintor de éxito, hasta tal punto que se forma un gran tumulto cuando en 1906 la Exposición Nacional rechaza su cuadro “Trabajadoras del Amor”. Se trata de una pintura de clara denuncia social en la que retrataba las trabajadoras de un burdel calentándose a la luz de un brasero. Tras el incidente se suceden los manifiestos de protesta y la solidaridad de los intelectuales con los que tendría una excelente relación, no en vano fue amigo de Ortega y Gasset, Baroja, los Machado pero sobre todo tuvo una entrañable amistad con Ramón del Valle-Inclán con el que organizó más de una vez actos a favor de “lo nuevo”. Ambos compartían admiración y amistad con el torero Juan Belmonte que entonces causaba asombro por su sentido revolucionario del toreo. La mayoría de estos intelectuales y artistas lo acompañarían en la firma del manifiesto en apoyo de los aliados en la guerra mundial.

Esta amistad con los artistas no le sirve para vencer el recelo de los prebostes del “arte oficial” y en 1912 al no verse reconocida en la exposición su obra “Exaltación de la copla” sus seguidores le otorgan una medalla alternativa costeada por suscripción popular . Romero de Torres decide no volver nunca más a la Exposición Nacional.

Consiguió ser un pintor de masas obteniendo sonoros éxitos en su exposición de Argentina en 1922, arropado por textos de Valle-Inclán, y en la Exposición Iberoamericana de 1929 en Sevilla. El hecho de que hasta la cantante de jazz americana Josephine Baker quisiera ser retratada por el artista hable de su éxito arrollador.

En 1930 empieza a sentirse cansado por el exceso de trabajo y afectado por una dolencia hepática. Una cierta depresión también influye en el maestro afectado porque muchos de sus amigos están desapareciendo. Ese año pinta “La chiquita piconera”, cuadro que le da fama y que ha sido exaltado incluso en la copla. Muere el 10 de Mayo de 1930 en la casa en la que había nacido. Toda la ciudad se echó a la calle para despedir al artista. Al año siguiente Manuel Azaña e Indalecio Prieto, nuevos dirigentes tras el cambio de régimen y el advenimiento de la República, inauguran el Museo que hasta nuestros días lleva su nombre en la cordobesa Plaza del Potro.



LOS MACHADO, ANTONIO Y MANUEL

Cuando hablamos de “los Machado” a menudo nos referimos a Manuel y Antonio Machado, los hermanos poetas. Pero nosotros nos referiremos también al abuelo Machado y Núñez, personaje singular y a “Demófilo” el padre de los escritores porque creemos que tienen importancia por sí mismos y porque quizá la personalidad de Antonio y Manuel sólo se pueda entender si partimos de una familia como la suya que llena dos siglos de cultura en las más diferentes ramas.

Cuando, en el invierno de 1939, Antonio Machado y doña Ana, su anciana madre, atravesaron la frontera francesa huyendo de una guerra civil que se decantaba hacia la victoria de los fascistas, no encontraron alojamiento en Cerbère la primera ciudad francesa y tuvieron que buscar refugio en un vagón de ferrocarril. En medio de la lluvia y el barro la madre del poeta no cesaba de repetir “¿Llegaremos pronto a Sevilla?”. Cuando poco más tarde muere el poeta en Colliure, su hermano José registra el gabán y en un bolsillo encuentra un papel arrugado con el último verso escrito por Don Antonio: “*esos días azules y ese sol de la infancia*”. José Machado defiende que aunque su hermano Antonio dejó Sevilla muy joven “a pesar de los pocos años ya traía en su espíritu lo esencial que constituirían con el tiempo su originalidad personal. Ya brillará inextinguida esa luz de su tierra... así como todas esas impresiones de la infancia que toda una vida no logrará borrar”. Efectivamente, la luz clara, las fuentes, el aroma de los patios del sur, los naranjos y limoneros o los caballitos de niño no faltarán en la obra de ninguno de los hermanos Machado.

Pero si determinante es la ciudad en la que nacen, más lo es una familia que los educa de una manera peculiar e increíblemente moderna. Una familia en la que no faltaba un miembro de la Real Academia de la Lengua como

Agustín Durán, tío abuelo de los poetas, bibliófilo que llegó a ser director de la Biblioteca Nacional y autor de una gran recopilación de romances con la que ambos hermanos curiosamente aprendieron a leer.

El patriarca de la familia es indudablemente Antonio Machado y Núñez, el abuelo, nacido en Cádiz en 1812. Hombre inquieto, curioso e intrépido. Tras estudiar medicina sigue realizando estudios universitarios y se hace doctor en Farmacia, Ciencias Naturales y Filosofía. Viaja joven a Guatemala, Cuba y París donde permanece hasta realizar sus estudios de Botánica en la Universidad de la Sorbona. Más tarde vuelve a Sevilla donde ejerce la medicina hasta que un buen día decide abandonarla al no ser capaz de salvar la vida de una joven enferma. Su cultura es amplísima y variada. Todo le interesa, funda una revista mensual de Filosofía, Literatura y Ciencia. Se convierte en un divulgador de las teorías evolucionistas de Darwin en una época en las que estas constituían una absoluta novedad combatida naturalmente por la iglesia católica que defiende la creación divina del ser humano. Obtiene una cátedra de Filosofía en la Universidad hispalense y más tarde lo vemos ejerciendo otra de Historia Natural en la facultad de Ciencias. Lo mismo es fundador del Museo Arqueológico de Sevilla que impulsa la Sociedad Antropológica Andaluza. Buen observador y estudioso de la naturaleza en una época en que la ecología era una actividad absolutamente atípica lleva a cabo un *"Catálogo de las aves de Andalucía"*, otro de los peces que habitan en el Guadalquivir y las costas de Cádiz y un estudio sobre los mamíferos de Andalucía. En la Universidad llega a ser Rector dos veces. Un dato que lo define totalmente es el hecho de dimitir de su cátedra y abandonar la Universidad para protestar del gobierno conservador de Cánovas que había expulsado de la Universidad a Giner de los Ríos por defender la libertad de cátedra. Este hecho deja a su familia en una difícil situación económica, que no se resuelve hasta que en 1883 gana otra cátedra en la Universidad de Madrid hacia donde se dirige con toda su familia. Ese traslado permite a Antonio y Manuel Machado tomar contacto con la Institución Libre de Enseñanza que su abuelo impulsaba junto con Giner de los Ríos. En la ILE se ofrecía una enseñanza no convencional, laica, donde primaba la discusión con el profesor sobre el libro de texto. Las excursiones, las prácticas, el aprendizaje de idiomas y la enseñanza del deporte eran novedades introducidas por ese movimiento que trataba de renovar la educación para regenerar el país a través de sus futuros dirigentes. En ese nuevo ambiente educativo se formaron Antonio y Manuel Machado.

El siglo XIX es un siglo de revoluciones y Machado y Núñez fue un hombre de su tiempo. Ultraliberal, apoya al Partido Demócrata y participa en la Revolución de 1868. Forma parte de la Junta Revolucionaria y llega a ser

alcalde de Sevilla hasta que con la llegada de Amadeo de Saboya abandona decepcionado la alcaldía. También fue Gobernador, destacando por su tenaz persecución del bandolerismo. Disfrutaba contando a sus nietos las historias de los bandidos por él perseguidos y las peripecias de su ajetreada vida, sus viajes, su paso por París y por América, su amor por la ética y por la naturaleza. Todo eso se va a reflejar en la vida y la obra de sus nietos poetas.

Pero si importante es el abuelo no lo es menos el padre, Antonio Machado y Álvarez quien firmaba sus libros con el pseudónimo de “Demófilo”, es decir “amigo del pueblo”. De su matrimonio con Ana, la hija de una dulcera de Triana nacieron Manuel, Antonio y otros tres hermanos. Demófilo y Ana se conocieron de forma singular. Unos delfines habían subido por el Guadalquivir aprovechando la marea y habían llegado a Sevilla, lo que congregó una muchedumbre de curiosos en la orilla del río. Ahí se conocieron los padres de los poetas. Antonio Machado debió escuchar tantas veces el relato que decía que incluso lo había soñado alguna vez. Antes de eso Demófilo había estudiado abogacía y la ejerció en Sevilla hasta que perdió su trabajo coincidiendo con el nacimiento de su primer hijo. Era en 1874, los Borbones acababan de volver al trono y “Demófilo” se dedicó a escribir artículos que reclamaban justicia social y denunciaban a una administración inmoral.

Demófilo introdujo en Sevilla el krausismo, una doctrina filosófico-política de carácter liberalista y laica que buscaba el cambio del pensamiento y de la sociedad mediante la racionalidad, el altruismo y la ausencia de dogmas. El krausismo tuvo una enorme influencia en la intelectualidad española hasta la guerra civil y su huella es evidente en políticos considerados “Padres de la Patria” como Blas Infante, Hostos el líder puertorriqueño o el cubano José Martí.

Aunque Demófilo ejerció como profesor auxiliar de Filosofía del Derecho durante algún tiempo tuvo serios problemas económicos porque siempre anteponía a su trabajo su labor como propagandista y sus aficiones entre las que destacaba el estudio del folklore. “Si queréis conocer al pueblo, escuchad sus cantares” solía decir. Introdujo en Andalucía y en España los estudios del folklore desde una perspectiva científica. Creó la revista el Folk-Lore Andaluz y desde ella publicó numerosos estudios sobre las tradiciones, las leyendas, los cuentos populares o infantiles y, como no, el flamenco del que fue el primer estudioso: clasificó sus cantes, dio a conocer datos fundamentales para conocer la evolución del flamenco, que se hubieran perdido sin su trabajo pues hasta ese momento solo eran tradición oral. Por último recopiló un sinfín de letras flamencas populares de todos los estilos. Esta labor es muy importante pero Machado y Álvarez tiene más reconocimiento fuera de

nuestras fronteras que dentro. Especialistas ingleses traducen sus artículos y adoptan sus definiciones pero aquí en casa Don Antonio es visto como un bicho raro y su cuantiosa obra hoy enormemente valorada no tiene recompensa económica. La familia malvive y al final se trasladan a Madrid cuando el abuelo recupera la cátedra en aquella universidad. Viven todos juntos, la penuria económica continúa. La Sociedad Filológica lo requiere para dar alguna conferencia en Londres e impulsa la creación de sociedades folclóricas en toda España a imagen y semejanza de lo que él había hecho en Andalucía a fin de que cada una estudiase las peculiaridades culturales, lingüísticas y musicales de cada uno de los pueblos de España. En Madrid ejerce como profesor de folklore en la Institución Libre de Enseñanza pero eso apenas le supone ingresos. La familia tiene que realizar continuas mudanzas cada vez a domicilios más modestos malviviendo con la irregular economía que le permitía su labor como traductor y periodista. Pero Machado y Álvarez no desfallece no cambia sus convicciones. Siempre estaba trabajando dedicado a sus libros y a sus estudios. Aunque estén en Madrid le transmite a sus hijos sus aficiones y les reafirma el interés por las cosas de Andalucía y el gusto por lo popular. No es solo la experiencia de lo vivido, sino también la palabra y el ejemplo de su padre día a día lo que se refleje en los libros de Manuel y Antonio Machado. Las penurias económicas lo obligan a aceptar un puesto de subalterno en la administración en Puerto Rico, entonces provincia española. Se marcha sin su familia en 1893 y muere al año siguiente de un ataque al corazón por exceso de trabajo. Está claro que no había cambiado sus costumbres al cambiar de continente. Tenía 46 años.

*“Esta luz de Sevilla... Es el palacio
Donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio.
Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
a veces habla solo, a veces canta.
Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.
Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.”*

ANTONIO MACHADO (*Soneto dedicado a su padre,
Antonio Machado y Álvarez*)

Antonio y Manuel Machado nacieron en Sevilla en 1875 y 1874 respectivamente. Su infancia transcurre entre la Magdalena y el Palacio de las Dueñas donde la familia reside en una de las casas, en torno al patio de entrada, que sus propietarios, los duques de Alba, solían alquilar entonces.

Los hermanos asisten juntos a la escuela del maestro Don Antonio Sánchez para aprender las primeras letras. Más tarde Antonio Machado recordaría así esos momentos en su “Recuerdo infantil”:

*Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.*

*En la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.*

*Con timbre sonoro y hueco
truenan el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.*

*Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
“mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón”.*

*Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.*

Como hemos señalado antes, la familia se traslada en 1883 a Madrid donde ambos estudian en la Institución libre de Enseñanza. Por su casa pasan intelectuales amigos de la familia a los que Antonio y Manuel tienen la oportunidad de escuchar y conocer de cerca: Giner de los Ríos, Joaquín Costa, Estébanez Calderón, Pi y Margall...

El aprovechamiento de los hermanos es desigual. Antonio tarda en obtener el bachillerato. No lo obtendrá hasta 1900, cuando tenía 25 años (y en

Septiembre). Por su parte Manuel tiene mejor expediente pero le coge gusto a la vida bohemia y empieza a frecuentar compañías no deseadas por la familia que acuerda con él que vuelva a Sevilla en 1895, donde vive en Triana con la familia de la madre. Aprovecha los estudios y se licencia en la Universidad pero a la vez empieza a admirar y frecuentar la Sevilla castiza. Se hace amigo de Emilio Torres, el primero de la saga de los Bombita que llegó a matador de toros y frecuenta a cantaores como Silverio en su café cantante. En esta época se le arraiga el gusto por las tradiciones andaluzas. Se trae a su hermano Antonio a Sevilla donde viven juntos el impacto que produce la crisis del 98 con la caída de las colonias, la pérdida de los restos del Imperio y el desastre de la guerra con Estados Unidos. Al año siguiente ambos hermanos deciden poner tierra de por medio y deciden irse a París de la que tanto les había hablado su abuelo. Viven de hacer traducciones para la editorial Garnier. Residen en el Barrio Latino y conocen a fondo el mundo intelectual francés y las corrientes de moda como el simbolismo y el parnasianismo. Fundan una tertulia en el Café de Saint Lazare y conocen a intelectuales franceses y no franceses: Oscar Wilde, Amado Nervo, Pío Baroja y... a Rubén Darío, el ídolo de las minorías cultas de aquella época.

El año 1900 ambos hermanos se ven invadidos por la nostalgia pero la viven de distinta forma: Manuel sueña con su Andalucía natal y escribe en París su primer libro de poemas, “Alma”, lleno de imágenes del Sur:

*“Vino, sentimiento, guitarra y poesía
hacen los cantares de la patria mía...
Cantares...
Quien dice cantares, dice Andalucía...”*

La nostalgia de Antonio le lleva a tener que regresar a España: Vuelve a Madrid donde se dedica al teatro donde obtiene pequeños papeles. Conoce a otro andaluz singular, Juan Ramón Jiménez, quien lo invita a publicar en su revista Helios, en la que coincidirá con Unamuno, Valle Inclán, Baroja y Azorín, es decir con la flor y nata de la Generación del 98. Machado escribirá humilde “mi relación con ellos es la de un discípulo con sus maestros”.

“Soledades”, el primer libro de poemas de Antonio, escrito en esta época coincide con su hermano en algunos temas pero acaba siempre en la reflexión íntima:

*"...así voy yo, borracho, melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla"*

Manuel también vuelve a España, funda algunas revistas literarias como Electra o Helios y escribe nuevos libros como Museo o Apolo, que dedica a Giner de los Ríos y donde cada poema está dedicado a un pintor.

Antonio, sin haberse licenciado siquiera, gana una cátedra de instituto en 1907. Los hermanos se separan. Antonio es destinado a Soria, donde vive en una pensión y acabará enamorándose de la hija de la dueña, Leonor, de 15 años, con la que se casa en 1909 cuando Machado tenía 34 años. Leonor no sólo es su musa sino que consigue que el poeta ame el paisaje soriano. De ahí saldrá Campos de Castilla entre otras obras. Leonor muere pronto en 1912 y deja al poeta sumido en la depresión.

Durante este tiempo su hermano Manuel se había casado en la sevillana iglesia de san Juan de la Palma con su prima Eulalia. En 1910 decide de esa manera sentar cabeza y acabar con la vida bohemia y juerguista que mantenía desde que se separó de su hermano. Así lo refleja en "El mal poema"

*"Yo, poeta decadente
español del siglo veinte
que los toros he elogiado
y cantado
las golfas y el aguardiente...
...
de tanta caballería
harto estar un poco debo
...
ya no fumo
y ya no bebo
lo que han dicho que bebía..."*

Sus libros siguen reflejando temas populares andaluces como "Cante Jondo".

En 1912 ambos hermanos consiguen nuevos destinos, Manuel en la Biblioteca Nacional y Antonio, que se reincorpora a la enseñanza, y es enviado a Baeza.

Su madre lo acompaña para cuidar el abatimiento que tiene desde la muerte de Leonor. En Baeza su poesía vuelve al tema andaluz. Se politiza, firma manifiestos contra la destitución de Unamuno como rector o en apoyo de los aliados en la guerra mundial.

En 1919 se traslada a Segovia para estar más cerca de Madrid donde vivía su hermano y estaban las tertulias y las editoriales.

En los años 20 le llega el reconocimiento: La Institución Libre de Enseñanza le da un homenaje a él y a su hermano Manuel, publica su “Juan de Mairena” y es nombrado académico de la lengua. Ambos hermanos estrenan multitud de obras de teatro escritas conjuntamente, como “La Lola se va a los Puertos”.

Con la llegada de la República ambos hermanos son declarados hijos predilectos de Sevilla. Antonio, además, hijo adoptivo de Soria.

La Barraca, la compañía de teatro de Lorca estrena sus obras.

En 1936 estalla la guerra civil. A Antonio le sorprende en Madrid, fiel al gobierno de la república. Afectado por la muerte de Lorca escribe “El crimen fue en Granada”, la elegía a Federico. En 1938, ante el avance de las tropas de Franco, se refugia en Cataluña y al año siguiente sale de España para morir en Colliure no sin antes acordarse del sol de su infancia como reflejamos al principio.

A Manuel la guerra lo sorprende en Burgos, el corazón del bando franquista, cuando visitaba a su cuñada Carmen, monja clarisa, para pasar con ella el día de su santo. Mientras espera acontecimientos en Burgos charla con una periodista francesa que publica en París unas palabras suyas que refleja el diario ABC en España. Se publica que “Manuel Machado prevé una guerra tan larga como lo fue la carlista” (siete años) y que “no muestra entusiasmo, complacencia ni aprobación por la contrarrevolución” fascista, vinculando además a Machado al Frente Popular. Publicar eso ABC estando él en Burgos pone en serio peligro su vida y Manuel Machado decide huir hacia delante. Escribe a ABC una carta proclamando que ha sido derechista de toda la vida y justificando el alzamiento. La carta acababa con un ¡Viva siempre España!. La guerra es así de cruel y tuerce los caminos. Los fascistas no dudan en utilizarlo y, necesitados de intelectuales, le ofrecen trabajo en su oficina de Prensa y Propaganda. A partir de ese momento el descreído Manuel Machado que se había definido “medio gitano y medio parisién...con la Macarena y con Montmartre comulgo” cambia ahora de tema y sus poemas no son ya bohemios sino van dirigidos a San Ignacio, a la Virgen del Pilar, a Franco y

al General Mola. En 1938 es premiado con un sillón en la Academia de la Lengua. Su trayectoria quedará marcada por sorprenderle en Burgos el 18 de Julio. Murió en 1945. Ninguna antología recoge poemas suyos después de 1936. Si acaso “Ecos” dedicado a reivindicar la memoria de su hermano y publicado en ABC en 1945, dos años antes de su muerte.

*“Chopos del camino blanco, álamos de la ribera”
¿Qué tiene este verso, madre
que de ternura me llena
que no lo puedo decir sin que el corazón me duela?
Chopos del camino blanco, álamos de la ribera [...]
¿Qué puso Antonio en las letras?*



ANIBAL GONZÁLEZ

De la misma manera que hay ciudades en las que tanto el urbanismo como los edificios más simbólicos están vinculados a un arquitecto, hay también arquitectos cuya obra no se entiende fuera de la tierra y la cultura en la que se han desarrollado. Sucede con Gaudí y Barcelona, por ejemplo. También sucede con Aníbal González y Sevilla, pero en este caso va más allá, porque no solo construye edificios que son símbolos de la ciudad como la Plaza de España, sino que recrea la tradición que recibe. Aníbal González recibe una ciudad histórica, pero la recrea, le abre nuevos horizontes, la reinventa. Marca tanto la ciudad que popularmente se le atribuye todo lo bueno construido en el primer tercio del siglo XX. Hay una Sevilla antes de Aníbal González y otra después. Y la de después es mejor. Más monumental y abierta al sur. Aunque apenas sobrepasó los cincuenta años inventó un nuevo estilo arquitectónico, el regionalismo andaluz, que marcó decisivamente a la ciudad y a toda Andalucía. Como arquitecto fue polifacético: lo mismo construyó casas baratas que palacios, edificios industriales, monumentos o casetas de feria, como la del Círculo Mercantil en el Prado. Personaje popular, fue víctima de un atentado, dirigió la Exposición del 29, y -curiosamente- murió en la pobreza.

Aníbal González nace en Sevilla en 1876 en una familia modesta que tiene que realizar enormes esfuerzos para que culmine sus estudios de arquitectura en 1902. Desde joven destaca por su gran capacidad de trabajo y su afición a la lectura. Poco a poco sus trabajos van ganando fama en Sevilla. El modernismo es la gran corriente arquitectónica de la época y Aníbal González se adscribe a él en sus primeros edificios como el que construye en la calle Alfonso XII o el palacio de la calle Monsalves para la familia Sánchez-Dalp, hoy sede de la Junta de Andalucía, pero muy pronto daría el salto al regionalismo andaluz y en este estilo construirá sus mejores obras. El regionalismo consiste en

adaptar la arquitectura al clima, los materiales y la decoración tradicional. En cuanto a urbanismo, Aníbal González saca a la calle lo que hasta entonces era la decoración tradicional de los palacios y casas de patio interior. Surgen arcadas, los naranjos serán tradicionales desde entonces en las calles de la ciudad. El regionalismo bebe de todos los estilos anteriores y mezcla mudéjar, renacentista y barroco que tanta fuerza tuvieron en Andalucía. La decoración se hará también con elementos tradicionales de la tierra: el ladrillo, tan empleado en la época árabe, se une a las yeserías, el hierro forjado y el azulejo tradicional que sirve de decoración exterior de los edificios. En este estilo construirá Aníbal González sus mejores edificios: la capilla del Carmen en el puente de Triana, la casa de los Luca de Tena en la Palmera, conocida popularmente como “el cuarto de kilo de la Plaza de España” ya que ensayó allí muchos de sus elementos, edificios industriales como el de Catalana de Gas en el Tiro de Línea o las Casas Baratas de Ramón y Cajal. Sin embargo todo son obras menores comparadas con sus edificios de la Exposición Iberoamericana de 1929. Ya en 1911 había ganado el concurso que le permitía dirigir y diseñar el magno acontecimiento. Tenía treinta y cinco años. Bajo su mandato la Exposición cambió la fisonomía de la ciudad que se abrió al sur y ordenó su crecimiento. Pero quizá el cambio más importante es que Sevilla dejaría de concentrar sus monumentos en el casco antiguo. Además la ciudad adquiriría nuevos símbolos. A partir de ese momento la Plaza de América o la Plaza de España identificarían a Sevilla tanto como la Giralda y la Torre del Oro, sus símbolos de siempre.

La Plaza de América concebida como un gran salón de encuentro de los sevillanos se construye alrededor de tres edificios simbólicos construidos entre 1916 y 1919: El Pabellón Real, el Museo Arqueológico y el Pabellón Mudéjar. En cada uno predominan distintos elementos artísticos pero se unen en un conjunto armonioso en una plaza ajardinada con naranjos y palmeras que invita al encuentro y a la convivencia. Como hemos señalado antes esta idea “de sacar el patio a la calle” será una constante en Aníbal González y definirá a Sevilla desde entonces.

La Plaza de España sería la joya de la Exposición y la obra magna de Aníbal González que consigue uno de los edificios más espectaculares de la arquitectura contemporánea española. Construida sobre cincuenta mil metros cuadrados, tiene forma semicircular y una fachada que supera los doscientos metros de diámetro. Trataba de simbolizar el abrazo de España y sus antiguas colonias, hacia cuyos pabellones estaba orientada. La plaza está bordeada por un canal cruzado por cuatro puentes que representan los cuatro antiguos reinos de España. Mira hacia el río, es decir hacia el camino que guió a los españoles hacia América. Cada una de las cuarenta y ocho

provincias está representada en un espacio cubierto de bancos y azulejos trianeros con motivos alusivos a hechos históricos que tuvieron lugar en estos territorios.

La obra de la Plaza de España dio a Aníbal González un prestigio merecido. Pero no le faltaron problemas. Llegó incluso a sufrir un atentado. La Sevilla de 1920 era agitada políticamente y el sindicato de albañilería había convocado varias huelgas que ponían en peligro los plazos de construcción de las obras. No faltaban exaltados que recurrían al terrorismo y Aníbal González que nada tenía que ver con aquello resultó elegido como víctima por su enorme popularidad. Esa popularidad le acarreó honores y envidias. En 1926 cuando ya se veía el final feliz de la Exposición, la Dictadura de Primo de Rivera designó un comisario regio del evento que mantuvo serias diferencias con Aníbal González. Cansado de politiquero dimite en 1926 de sus responsabilidades en la Exposición dedicándose en adelante a culminar la obra de la Plaza de España y a presidir tanto el Ateneo como al colectivo de arquitectos andaluces. Recibe la Medalla de la Orden de Isabel la Católica y se niega a aceptar que se le construya una estatua en Sevilla. Quizá tanto trabajo acumulado tuviera que ver con su temprana muerte a los cincuenta y tres años de edad. Sucedió en 1929, el mismo año en que recibió el título de Hijo Predilecto de Sevilla y en el que se inauguró la Exposición Iberoamericana por la que tanto había dado. Murió además en la ruina. Es curioso que hubiera que recurrir a una suscripción popular para que, tras su muerte, tuviese una casa digna la familia del que tantas obras hermosas había hecho en Sevilla. A su muerte dejó comenzada una basílica en las cercanías de Nervión. Pretendía dotar a Sevilla de un nuevo símbolo con torres esbeltas de más de cien metros. Su desaparición supuso también la del proyecto pero sus cimientos se pueden ver hoy día en los jardines de la Buhaira.



JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

“Nací en Moguer, la noche de Navidad de 1881. Mi padre era castellano y tenía los ojos azules; y mi madre andaluza, con los ojos negros. La blanca maravilla de mi pueblo guardó mi infancia en una casa vieja de grandes salones y verdes patios. De estos dulces años recuerdo que jugaba muy poco, y que era gran amigo de la soledad”.

Mucha de las claves que van a definir a Juan Ramón como poeta y como persona están en este autorretrato: su mundo andaluz, la importancia de lo afectivo, su carácter difícil y raro. Juan Ramón es uno de los pocos andaluces que han conseguido el premio Nobel. Ni siquiera pudo disfrutarlo por coincidirle con la muerte de su esposa y musa Zenobia Canprubí. Si acercarse a la vida de Juan Ramón es, a menudo, hacerlo a una vida de dolor y melancolía, acercarse a su obra es hacerlo a la luz y a la hondura de la poesía.

“No sé con qué decirlo porque aún no está hecha mi palabra.

*¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!....”*

Cada nueva ciudad en la que reside Juan Ramón marcará una etapa diferente. Hay un Juan Ramón de Moguer, otro del Puerto, de Sevilla, de Madrid, de Nueva York, de Puerto Rico...

Juan Ramón se acerca a la literatura a muy temprana edad. Se refugia en ella siendo niño, cuando es enviado a estudiar a un colegio de curas al Puerto de Santa María donde su acomodada familia tenía algunos negocios de vinos y de consignatarios de buques. Los escritores románticos como Espronceda, Rosalía y sobre todo el sevillano Bécquer son sus autores preferidos en esta

época. El dolor de vivir fuera del domicilio familiar marcan a Juan Ramón para siempre como una persona melancólica.

Con quince años escribe su primer poema, “Nocturno”. Estaba ya en Sevilla para recibir clases de pintura, otra de sus pasiones. Había acordado con su padre que aceptaba estudiar Derecho, siempre y cuando pudiese entrar en la Universidad a cambio de residir “en esa divina ciudad”. Sevilla conoce a un Juan Ramón lector, pintor, poeta, bohemio y enamorado. La influencia de Bécquer es tan clara que su primer libro se llamará “Rimas”. Aunque había mantenido diferencias con un padre que tenía un carácter muy fuerte, su muerte en 1900 estremece a Juan Ramón. El miedo a la muerte le acompañará siempre y se convertirá en una obsesión acentuando un carácter “rarito”. Tiene que ser recluso en un sanatorio para superar la depresión y ahí nace un nuevo libro “Arias tristes”.

En 1905 vuelve a Moguer para cuidarse y recuperar la salud. Da largos paseos por el entorno de su pueblo y convierte a su burro Platero en personaje literario. Ahí escribe “Platero y yo”, una de sus mejores obras

“Platero... cuando yendo a las viñas, cruzo las últimas calles, blancas de cal con sol, los chiquillos gitanos, aceitosos y peludos...las tensas barrigas tostadas corren detrás de nosotros gritando largamente: ¡ El lo...co! ¡ El lo...co!”

En Madrid había fundado la revista Helios donde se dan a conocer jóvenes poetas. Conoce a Rubén Darío con el que mantendrá una buena amistad. En 1911 lo tenemos en la Residencia de Estudiantes de la Institución libre de Enseñanza. Hablar de la Residencia y la ILE es hacerlo de Giner de los Ríos, de Machado, de Valle, de Lorca, de Dalí, de Alberti, de Luís Buñuel el cineasta... Pero lo mejor de esta etapa es que conoce a Zenobia, el amor de su vida. Culta, dulce, sensible e inteligente, hija de puertorriqueña y español, nacida en Barcelona, Zenobia conoce a Juan Ramón cuando ambos traducen a Tagore el poeta hindú. El amor llena la vida de Juan Ramón hasta tal punto de que no le afecta excesivamente la noticia de la ruina de su familia cuyos bienes son subastados. En 1916 la sigue a Nueva York donde se casan y comienza una nueva etapa en la obra de Juan Ramón, ahora su poesía será más difícil, más intelectual quizá como influencia de los poetas a los que conoce a través de las traducciones de su esposa. El primer libro de esta etapa es “Diario de un poeta recién casado”.

Vuelve a España y sigue publicando aunque sus rarezas cada vez son más conocidas. Por ejemplo se refugia en una habitación acorchada y deja de tener contacto con sus amistades. Zenobia se dedica por entero a Juan

Ramón, a salvarlo de las depresiones, a invitarlo a escribir. Lo convence para que recorra España y salga de su melancolía pero la muerte de su madre y la de Zenobia o el suicidio de Marga Gil, joven escultora y única amiga provocan nuevas recaídas. Marga estaba obsesionada con Juan Ramón, robaba sus libros de las bibliotecas públicas, incluso de la Biblioteca Nacional, elaboró un retrato de Zenobia para estar cerca de Juan Ramón, pero las negativas de este la llevaron a un suicidio cuyas causas conocieron Zenobia y él al leer el Diario que Marga les había enviado. Juan Ramón cae en la melancolía y se distancia del entorno. Lejano y ensimismado se vuelve un crítico feroz incluso de excelentes poetas como Lorca o Alberti. En 1935 no le quedaría un solo amigo.

Aunque Juan Ramón muestra escaso entusiasmo político no es indiferente a la Guerra Civil y se muestra decidido partidario del bando republicano. En 1936 trabaja con Zenobia en la Junta de Protección de Menores que se ocupa de buscar manutención, alojamiento y cuidados a los niños afectados por la guerra. Incluso cuando se marchan a Washington tras aceptar un cargo en la embajada deja sus ahorros en Madrid para atender a los huérfanos de la guerra.

Cuando los republicanos pierden la guerra decide no volver mientras que Franco siga en el poder. No volverá, pero su aislamiento social será el mismo en América que en España. Un exitoso viaje a Argentina donde es aclamado apenas le sirve de alivio. Juan Ramón sigue en su mundo obsesionado por temas como Dios o la Belleza que refleja en nuevos libros como “Páginas escojidas” (con su “j” característica en lugar de la “g”) o “Dios, deseado y deseante”.

Se instalan en Puerto Rico en 1950 donde Zenobia busca un entorno hispano que mejore a Juan Ramón, pero ahora es ella la que cae enferma. Aún así mueve los hilos para que le concedan el Nobel, busca apoyos, le pide a amigos que sus instituciones lo soliciten... El premio llega en 1956 con ella en el lecho de muerte. Juan Ramón apenas le sobrevive dos duros años de pena y soledad, sin querer comer y olvidado de sí hasta que muere en 1958. Ya lo dijo el mismo Juan Ramón:

*“Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco...”*



ANTONIO CASTILLO LASTRUCCI

Discípulo de Antonio Susillo, Antonio Castillo Lastrucci es uno de los más grandes imagineros del siglo XX. Nacido en Sevilla, desde muy temprana edad demostró sus dotes artísticas. Famoso por su labor como imaginero, Castillo Lastrucci es también un gran escultor de temas profanos con excelentes trabajos entre los que destacan el monumento a Cervantes o su colaboración en el Monumento a las Cortes de Cádiz de 1812.

Antonio Castillo Lastrucci nace en 1882 en el seno de una familia de tradición industrial dedicada a la fabricación artesana de sombreros. El azar quiso que cercano al hogar familiar se encontrase el taller del escultor Antonio Susillo al que Lastrucci accede desde muy temprana edad sorprendiendo al maestro por su facilidad para moldear figuras de barro. Impresionado por las dotes artísticas de aquel niño Susillo le recomienda a la familia que cuide la veta artística del joven.

De esta manera Antonio Castillo Lastrucci cursa con gran brillantez las enseñanzas en la Escuela de Artes y Oficios de Sevilla. Al término de sus estudios es becado para proseguir su formación en el extranjero lo que hace en Roma. La Diputación Provincial le permite realizar estudios complementarios en los museos de París donde reside una temporada tras la cual regresa a España y abre taller en la plaza de San Lorenzo de Sevilla.

El siglo XX español es un siglo inquieto en lo que a arte se refiere. Todas las artes asumen importantes innovaciones, imponiéndose las vanguardias tanto en pintura como en escultura. Castillo Lastrucci conoce y se interesa por todos esos movimientos pero como escultor es fiel al realismo clasicista. En su labor como imaginero son sus maestros los clásicos sevillanos desde Montañés a Roldán, pasando por Juan de Mesa y Juan de Mena, fiel siempre a ese clasicismo barroco tan característico de Sevilla. “Se trata de divinizar

lo humano” dirá Lastrucci, “un imaginero tiene que basarse en los modelos cotidianos que la vida le ofrece, pero no se trata de reflejar hombres o mujeres, se trata de que reflejen el don de la divinidad”.

En Octubre de 1922 va a recibir el encargo que lo catapultaría a la fama por parte de la hermandad del Dulce Nombre, Se trataba de realizar las figuras de su misterio, el proceso de Jesús ante Anás. Lastrucci se compromete a tenerlas en cuenta antes del año siguiente. Se trata de todo un reto que le puede dar la gloria o relegarlo para siempre. Efectivamente la hermandad de la Bofetá procesiona al año siguiente por las calles de Sevilla con su nuevo misterio entre el éxito popular. Lastrucci es aclamado.

Inmediatamente le llueven peticiones al imaginero: San Esteban, San Benito, la Macarena... todo el mundo quiere contar con trabajos del escultor sevillano. A partir de ese momento Lastrucci se dedicará en exclusiva a la imaginería procesional. Sus obras pueden contemplarse hoy en todos los rincones de Andalucía, pero también en Valencia, Extremadura, La Mancha, incluso fuera de España. Gran trabajador, se calcula que unas quinientas imágenes han salido de su taller.

Antes de esa fecha había realizado también tanto escultura monumental como de temática taurina. Son de mencionar sus obras “Cogida de Reverte” y “Belmonte recortando” en las que se capta admirablemente el movimiento en una composición neobarroca admirable.

En cuanto a su labor como imaginero Lastrucci imprime a sus obras unos rasgos inconfundibles. Sus cristos están llenos de dulzura y bondad.

Aparte de las citadas tenemos que destacar otras obras que procesionan en la Semana Santa de Sevilla como la Virgen de la O, las figuras de misterio de la Hermandad de San Benito y de la de los Panaderos, así como los dos titulares de la Hermandad de la Hiniesta.

Muy querido en la ciudad de Sevilla recibió el homenaje de las cofradías en 1943. También recibió la orden de Alfonso X el Sabio por su aportación a la Semana Santa sevillana. A su muerte en 1967 le fue impuesta al féretro la medalla al mérito del Trabajo, antes de que sus restos descansaran para siempre en la parroquia de San Julián, sede de la hermandad de la Hiniesta. Sin duda Antonio Castillo Lastrucci es el imaginero más representativo del siglo XX sevillano.

De esta manera Antonio Castillo Lastrucci cursa con gran brillantez las enseñanzas en la Escuela de Artes y Oficios de Sevilla. Al término de sus

estudios es becado para proseguir su formación en el extranjero lo que hace en Roma. La Diputación Provincial le permite realizar estudios complementarios en los museos de París donde reside una temporada tras la cual regresa a España y abre taller en la plaza de San Lorenzo de Sevilla.

El siglo XX español es un siglo inquieto en lo que a arte se refiere. Todas las artes asumen importantes innovaciones, imponiéndose las vanguardias tanto en pintura como en escultura. Castillo Lastrucci conoce y se interesa por todos esos movimientos pero como escultor es fiel al realismo clasicista. En su labor como imaginero son sus maestros los clásicos sevillanos desde Montañés a Roldán, pasando por Juan de Mesa y Juan de Mena, fiel siempre a ese clasicismo barroco tan característico de Sevilla. “Se trata de divinizar lo humano” dirá Lastrucci, “un imaginero tiene que basarse en los modelos cotidianos que la vida le ofrece, pero no se trata de reflejar hombres o mujeres, se trata de que reflejen el don de la divinidad”.



BLAS INFANTE

“Debemos condenar y condenamos a Don Blas Infante... porque formó parte de una candidatura de tendencia revolucionaria en las elecciones de 1931 y en los años sucesivos hasta 1936 se significó como propagandista para la constitución de un partido andalucista o regionalista andaluz”. Son las palabras con las que el franquista “Tribunal de Responsabilidades Políticas” dictaba sentencia en 1940 contra un muerto al que habían asesinado cuatro años antes. El muerto era un hombre bueno que podía haber tenido una vida acomodada pero que prefirió dedicarla a luchar porque su tierra no fuera marginada y los andaluces tuvieran la parte que les corresponde del poder, del saber y del tener. Nos dio a conocer nuestro himno, nuestra bandera y nuestro escudo y creó un lema que encierra todo un ideal: “Andalucía por sí, para España y la Humanidad”.

Considerado el padre del andalucismo, Blas Infante nació en Casares, Málaga, en 1885 en el seno de una familia de clase media que pudo costearle estudios de Derecho en Granada, si bien desarrollaría casi toda su carrera profesional en Sevilla. En 1807 conseguiría superar las oposiciones de notario, si bien por no tener la edad no pudo ejercer su profesión hasta 1910. Esos años los dedicaría al andalucismo cultural desde la revista Bética de la que fue fundador y desde su acción en el Ateneo de Sevilla, entonces punto de encuentro de intelectuales.

En 1915 publica uno de sus libros más importantes, “El Ideal Andaluz” en el que reivindica una Andalucía que luche por sus intereses. “Andalucía existe, no es preciso crearla” dice Infante quien sitúa el problema de la propiedad de la tierra en el origen de todos los problemas de Andalucía.

Para crear conciencia de los intereses y las necesidades de Andalucía Blas Infante crea los “Centros Andaluces” en los que llama a participar a

los andaluces de todas las opciones ideológicas. Su andalucismo ya no es únicamente de contenido cultural, ya es claramente político y avanzado ideológicamente. En la Asamblea de Ronda de 1918 estructura un programa político, social y económico basado en el federalismo y la reforma agraria y define a Andalucía como “pais” y “nacionalidad”, además de fijar los símbolos de la patria: el escudo, basado en el de Cádiz con un Hércules eternamente joven dominando los leones de la naturaleza, la bandera verde, blanca y verde símbolo de paz y esperanza y, finalmente, el himno de Andalucía basado en un canto campesino que Infante había escuchado en su etapa de Cantillana y que simbolizaba la lucha por la tierra, es decir por los recursos con los que asegurar el futuro de Andalucía. También se acuerda el lema de Andalucía, “por sí para España y la Humanidad”. Al año siguiente, 1919, tiene lugar la Asamblea de Córdoba, donde Infante radicaliza su mensaje nacionalista, insiste en la creación de una España federal, “los Estados Unidos de España”, e inclina su mensaje definitivamente hacia las clases populares: “andaluces no emigreis, combatid” declarara Infante.

La Dictadura de Primo de Rivera supondrá un jarro de agua fría para las esperanzas en el avance de la democracia en España. Inmediatamente los Centros Andaluces son clausurados y buena parte de la actividad política se vuelve clandestina. Es curioso que de los Centros Andaluces que fundara Infante el único que ha mantenido su actividad de forma ininterrumpida hasta hoy es el de la ciudad de la Habana adonde no alcanzó el poder del dictador Primo de Rivera. Infante ejerce en isla cubana esos años y no deja de publicar libros bien de flamenco, de pedagogía o de historia. Además va contactando con andalucistas de todas las provincias para construir una fuerza de carácter más político: Las Juntas Liberalistas de Andalucía. Con este instrumento y la libertad que le ofrece la República que llega en 1931 se dedica Infante tanto a luchar por la Reforma Agraria como, definitivamente, a la acción pro estatuto de Autonomía. Cuando el Gobierno de la República crea en 1931 la “Comisión Técnica Agraria para la solución del problema de los latifundios”, Infante se integra en ella e impulsa la colaboración de los andalucistas más lúcidos como Pascual Carrión, Díaz del Moral, Ochoa o Bernardo de Quirós. Pero muy pronto la lucha partidista llevará a la inactividad a la comisión y los ideales que simbolizó la república seguirán pendientes. Blas Infante se centra ahora en la lucha por el Estatuto de Autonomía pero le sucede lo mismo. En 1933 consigue reunir la Asamblea de Municipios y Diputaciones para aprobar un anteproyecto que defenderá como mal menor sin estar de acuerdo del todo con él. Su decepción con la política no le impide participar en actos en Sevilla y Cádiz a favor del Estatuto. En 1936 es designado presidente de Honor de la Junta regional pro-estatuto. El golpe de estado del 18 de Julio y la Guerra Civil llegan cuando todo parecía preparado

para que el estatuto andaluz se sometiese a referéndum en Septiembre. En Agosto es fusilado en el kilómetro cuatro de la antigua carretera de Carmon, hoy cruce de la autovía de Córdoba con la SE-30. Sus últimas palabras fueron “Viva Andalucía Libre”. Lo gritaría dos veces.

Juan Antonio Lacomba ha escrito de él:

“Se mata a un hombre, pero no se puede matar una idea, Y Blas Infante fue la voz que encarnó una idea de Andalucía y la plasmó en un programa. Y este programa no fue nunca un instrumento de partido o de gobierno. Fue mucho más: una ética de la convivencia, un proyecto de redención y una esperanza de justicia para el pueblo andaluz. (...) Por ello, cuando la descarga final ahogó su grito de ¡ Viva Andalucía Libre !, él esperaba que por cada gota de sangre derramada nacerían nuevas fuerzas para la libertad y la autonomía del pueblo andaluz.”



JOSELITO Y BELMONTE

Sevilla es una ciudad que tiene tendencia a dividirse en dos facciones opuestas. En materia de fútbol muchos sevillanos de hoy eligen entre ser sevillistas o béticos, los incondicionales de la Semana Santa discuten sus preferencias entre las hermandades “de negro” o las “de barrio”, e incluso, entre estas los hay partidarios de la Macarena o de Triana. Pero a primeros de siglo XX los sevillanos se definían como partidarios de Joselito o Juan Belmonte, cada uno de ellos era representante no solo de una manera de entender la tauromaquia sino de la lucha entre lo clásico y lo moderno, entre los partidarios de innovar y los de mantener las esencias, incluso representantes de un tipo de público: del público de los tendidos de “Sol” que provenían de los barrios de la ciudad o de los de “Sombra” que eran profesionales o miembros de las clases acomodadas. Por eso Joselito “el Gallo” y Juan Belmonte son dos toreros, pero además son ambos un ejemplo de la España dividida de primeros del siglo XX y de esa tendencia de Sevilla a dividirse en dos facciones que todavía sigue vigente.

José Gómez Ortega “Joselito el Gallo”:

Joselito representa la tradición, el hacer las cosas “como se han hecho siempre”, Juan Belmonte es, por el contrario, el innovador genial que respeta las reglas pero las interpreta a su manera.

Joselito era representante del toreo clásico de esa fecha, lo importante era dominar a la fiera, manifestar la superioridad del torero frente a la res, y matarla pronto de un certero estoconazo. Belmonte, por el contrario, inventa un nuevo concepto de tauromaquia que consiste en quedarse quieto y hacer que el toro pase para hacerle faena. Si el toro no embiste se le hace embestir buscando el lucimiento del torero, se trata de dominar a la res, pero sobre todo de crear una obra de arte en cada faena. Es el toreo

“moderno” que todavía hoy se sigue practicando. Lo importante no es matar al animal mostrando la superioridad del matador sino entender al toro como “material” con el que se recrea una obra de arte. El toro es al torero lo que el lienzo al pintor o el bloque de piedra al escultor. Eran dos visiones radicalmente distintas, no solo los aficionados, toda la sociedad se divide ante estos dos fenómenos. Los aficionados antiguos y las clases medias a favor de Joselito, las clases populares y los intelectuales a favor de Juan Belmonte.

Joselito nace en Gelves en 1895 en el seno de una dinastía torera apodada “los Gallo”. Su padre era torero, Fernando el Gallo, y su hermano era Rafael el Gallo, torero artista e irregular que alternaba tardes de gloria con grandes petardos al estilo de Curro Romero. Joselito se cría en la Alameda de Hércules donde había un gran ambiente taurino y sale niño prodigio que torea una vaca a los ocho años y a los doce mata un novillo impidiéndosele matar otro por la joven edad del aprendiz de torero. Desde los trece años es novillero que demuestra su capacidad de hacer la faena que el novillo requiere. La mejor enciclopedia taurina, el Cossío lo define como “de facultades prodigiosas, con una muleta que imponía condiciones a los ejemplares y un matador fácil por su efectividad”, definiéndolo como “un torero de los pies a la cabeza”.

José toma la alternativa a los diecisiete años y muy pronto va a comenzar la competencia con Juan Belmonte iniciándose la llamada “Edad de Oro del toreo”. Todas las plazas querían contar con los toreros rivales que representaban dos maneras distintas de entender el toreo y la vida cotidiana. Su personalidad fue tanta que cuando se consideró mal tratado por la empresa de la Plaza de Toros de la Real Maestranza decidió construir una nueva plaza de toros en Sevilla y la construyó en la Avenida de Eduardo Dato, frente a los jardines de la Buhaira donde hasta hace pocos años se han podido ver sus restos. Joselito y Belmonte diferían en muchas cosas pero coincidían en autenticidad y en no rehuir ningún reto. La temporada de 1920 no empezó bien para Joselito ni en Sevilla ni en Madrid. A cualquier figura del toreo le hubiera dado igual no ir bien una temporada cuando había triunfado en tantas otras, Joselito no era así. Decidió enderezar su temporada y aceptó torear en Talavera de la Reina donde ni siquiera estaba anunciado para sacarse la espina. El toro “Bailaor”, quinto de la tarde, que le tocó en juego tenía un problema que los taurinos definen como “burriciego”: veía de lejos pero no de cerca. Para llamar su atención el torero, colocado a la distancia justa, tenía que hacerlo por sonido de su voz. Durante la lidia Joselito se ubicó en un momento dado a la distancia justa a la que el toro podía verlo. El toro lo arrolló provocándole la muerte. Nadie podía creerlo, el torero al que todos consideraban todopoderoso, el mejor lidiador, había sido matado por un toro

en una plaza de pueblo. Juan Belmonte expresaría “Ahora sí que José me ha ganado la partida: ha muerto en una plaza” y el torero cordobés Guerrita declararía “Muerto Joselito se acabaron los toros”. Su entierro supuso una enorme conmoción en Sevilla donde se llegó a vestir a la Macarena de luto. El escultor Mariano Benlliure realizó una excepcional escultura del entierro de Joselito la que representaba al pueblo llano llevando a hombros su féretro. Hoy esa magnífica escultura en bronce y mármol puede verse en el mausoleo de Joselito en el cementerio de San Fernando de Sevilla.

JUAN BELMONTE:

Si Joselito representa lo clásico, Juan Belmonte representa lo revolucionario, cambiar los cánones que habían funcionado hasta que llega él. Aunque pasa por ser trianero por excelencia, en realidad había nacido en 1892 en la sevillana calle Feria, cercana a la Macarena donde su padre tenía una modesta quincalla, siendo bautizado en la iglesia del Omnium Sanctorum. Desde muy niño manifiesta su carácter osado y rebelde. Con diez años se escapa de su casa “para cazar leones en África” siendo interceptado a los pocos días y devuelto a su familia. Ya de novillero también manifiesta un carácter rupturista. En esos años no había escuelas de tauromaquia, los jóvenes que querían ser toreros se hacen “maletillas”, personas que recorren el país con su hatillo para recorrer los tentaderos y rogar a los ganaderos que les suelte una vaquilla con la que entrenarse y demostrar sus facultades. Juan Belmonte rechaza esa imposición y se dedica a convencer a jóvenes torerillos para que lo acompañen para ir a las dehesas cercanas a Sevilla en las noches de luna llena y torear a los toros ilegalmente en campo abierto para así entrenarse e ir ganando oficio. De ahí tomaría Belmonte la quietud que hizo célebre su toreo. Cuando se presenta como torero la primera reacción es de estupor. Así no se puede torear y seguir vivo mucho tiempo. Las reglas de la tauromaquia eran que había terrenos del toro y del torero y que si el torero pisaba los terrenos del toro “o te quitas tu o te quita el toro” como se decía. Belmonte rompe esa regla y todas las demás. A menudo salía atropellado pero él no se quitaba sino que intentaba conducir la embestida del toro y quitar al toro de la trayectoria en la que estaba él procurando no mover los pies. Es herido con frecuencia pero su éxito es total llegando varias temporadas a torear más de cien corridas en aquella España sin AVE ni autopistas de primeros del siglo XX. Además inventa nuevos pases como el molinete o la media verónica que decía que la había inventado “para no dar la otra media”. Su éxito es fulgurante, los intelectuales toman partido por él y le acompañarán toda su vida. Valle Inclán llegó a decirle “Juan eres tan grande que solo te falta morir en la plaza”, a lo que Belmonte le contesta “Don Ramón se hará lo que se pueda”.

Desde Juan Belmonte todos los toreros intentarán reducir la distancia entre toro y torero, quedarse quietos y alargar las faenas. Se buscará la belleza del lance más que su eficacia para acercar el toro a la muerte. Antes de Belmonte se toreaba para matar al toro aunque se movieran los pies, las faenas eran breves y se respetaba el terreno del toro. La revolución de Juan Belmonte dura hasta nuestros días en que todos los toreros imitan su nueva escuela. Aunque se retira temporalmente tras la muerte de Joselito en 1921 su retirada definitiva tuvo lugar en 1935. Posteriormente reaparecería como rejoneador y nunca dejaría de torear en el campo a solas. Una mañana de 1962 después de hacerlo intensamente pondría fin a su vida.



FEDERICO GARCÍA LORCA

Andaluz universal. Poeta insigne que supo plasmar el alma y la esencia de su pueblo y logró ser universal a base de ser fiel a sus raíces. Víctima de la barbarie desatada por la guerra civil. Miembro destacado de la mejor generación poética que ha dado nuestra historia, la del 27, este granadino cantó a su tierra y a Nueva York, a los gitanos y a los guardias que los perseguían, de los que dijo tenían “las calaveras de plomo”. Recorrió la piel de toro con una compañía de teatro popular, la Barraca, con la que quitaba penas y sembraba ideas. Nació el mismo año que Bertold Brecht y Hemingway. Pero Federico nos parece de otro tiempo porque su vida fue mucho más corta. Lo asesinaron cuando tenía solo treinta y ocho años. Creyeron que lo habían matado, pero no fue así porque siguió viva su gran obra y quedó en la memoria una trayectoria en la que lo andaluz siempre estaba presente.

Federico García Lorca nació en Fuentevaqueros (Granada) el 5 de Junio de 1898 en el seno de una familia que tenía una posición económica bastante desahogada. Pasó los primeros años de su vida en su pequeño pueblo natal, trasladándose más tarde a Almería donde realizó sus primeros estudios. Regresó a Granada para terminar el bachillerato y completar sus estudios musicales. Sus estudios universitarios los finalizaría en Madrid, a donde se trasladó en 1919. Madrid recibe a un Lorca joven pero con una personalidad ya forjada, sus gustos musicales, su fijación por las costumbres populares, incluso su homosexualidad, de seguro problemática en una época como aquella, habían forjado en el poeta andaluz una sensibilidad especial. En Madrid se instala en la llamada “Residencia de Estudiantes” donde se vivía un especial ambiente de libertad y creación que favorecían la cultura. Había sido un producto de la Institución Libre de Enseñanza que impulsara el profesor rondeño Francisco Giner de los Ríos que permitió que Lorca entrase

en contacto con Juan Ramón Jiménez, Salvador Dalí y Luís Buñuel con los que mantuvo una intensa relación. Pero la Residencia era un hervidero cultural que permitió a Lorca además frecuentar a Alberti, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Machado, Jorge Guillén o Pedro Salinas. Con ellos coincidiría en el homenaje a Góngora en el Ateneo de Sevilla en 1927. Antes había impulsado con su amigo gaditano Manuel de Falla el Concurso de Cante Hondo de Granada de 1922, que devolvería la dignidad de creación artística para el cante andaluz.

También frecuentaría la amistad de un torero singular, Ignacio Sánchez-Mejías que llegó a escribir alguna obrita, frecuentaba a los jóvenes literatos y presidió un Betis Balompié que había dejado de ser “Real” en los años de la República. Un toro, “Granadino” de nombre lo mató en 1934 y Federico le compuso la más excelsa elegía que se ha compuesto en lengua castellana, el “Llanto a la muerte de Ignacio Sánchez Mejías” que comienza diciendo “Son las cinco en punto de la tarde”.

Pero no adelantemos acontecimientos, los años veinte son años de fecunda creación lorquiana: “Libro de Poemas”, “Mariana Pineda”, “Canciones”, “La Zapatera Prodigiosa” o “Romancero Gitano”. Llama la atención que estando Federico en contacto con todos los movimientos de vanguardia literaria como el surrealismo o el dadaísmo no se adscriba a ninguno de ellos. Utilizará elementos sí, pero su estilo será personal, independiente, de raíz popular siempre y marcado a menudo por lo andaluz.

En esta etapa, Lorca adquiere gran popularidad. En 1929 viaja a Estados Unidos donde reside una larga temporada e imparte conferencias en las universidades de Columbia, Nueva York y Vermont. También visita Cuba, que como Nueva York deja honda huella en el poeta. De su etapa americana nacen “Poeta en Nueva York”, “Así que pasen cinco años” y “El público” donde refleja el choque entre la cultura española y la americana. “El español que no ha estado en América no sabe lo que es España”, decía Federico.

Vuelve a España para alegrarse de la proclamación de la II República en 1931. Los nuevos gobernantes le dan la oportunidad de recorrer la piel de toro con una compañía de teatro popular “La Barraca” representando obras de escritores clásicos por los pueblos más alejados y olvidados donde nunca antes habían podido presenciar una obra de Cervantes, Lope de Vega o Calderón.

Estos son los años en los que Lorca escribe obras teatrales como “Yerma”, “Bodas de Sangre”, “La casa de Bernarda Alba” o “Doña Rosita la soltera” donde cuenta la vida de mujeres andaluzas encerradas en un mundo rural

que les obliga a reprimir su expresión y su personalidad. El final de estas mujeres suele ser trágico, condicionadas por la frustración de no poder realizar sus más profundos deseos.

La Guerra Civil estalla en 1936 y Granada cae pronto en manos de las tropas del General Franco. La represión, la delación, la venganza y la villanía se desatan. Lorca cae asesinado el 19 de Agosto de 1936 en un barranco entre Viznar y Alfacar junto con un maestro de pueblo y dos banderilleros anarquistas. Su condición homosexual, el hecho de ser partidario de la República, sus relaciones familiares en las que no faltaban cargos políticos ni abiertos partidarios de los fascistas alzados a los que Lorca podía haber reflejado en alguna obra... cualquiera de esas circunstancias o quizás todas ellas acabaron con la vida de un andaluz irrepetible, privando al mundo de un escritor de impresionante talento. Treinta y ocho años fueron suficientes para dejar una inmensa obra en la que late a menudo Andalucía.

*“Muerto se quedó en la calle
con un puñal en el pecho,
No lo conocía nadie.
¡Cómo temblaba el farol!
Madre
¡Cómo temblaba el farolito de la calle!
Era madrugada. Nadie
Pudo asomarse a sus ojos
Abiertos al duro aire.
Que muerto se quedó en la calle
Que con un puñal en el pecho
Y que no lo conocía nadie.”*

(Sorpresa, del Poema del Cante Hondo)



VICTORIA KENT

A esta malagueña de ascendencia irlandesa, nacida en el emblemático año de 1998, se le conoce popularmente por un chotis que la cupletista Celia Gámez cantaba en la postguerra: “Pichi”. Pero en esos años Victoria Kent ya vivía en el exilio porque fue de las que perdieron la guerra. También se perdió su obra en las prisiones españolas a las que intentó reformar seriamente considerando “persona” al delincuente y defendiendo su derecho a ser rehabilitado para la sociedad durante su condena. Cuando llegó a Directora General de Prisiones cerró inmediatamente más de cien cárceles porque no cumplían las condiciones mínimas y construyó numerosas prisiones “modelo” muchas de las cuales siguen funcionando ya obsoletas en nuestros días. Creó el Cuerpo Femenino de Prisiones para atender a las reclusas, estableció la libertad de cultos en las cárceles y el permiso familiar aparejado a la buena conducta e intentó acabar con las celdas de castigo, prohibiendo el uso de cadenas y grilletes. Su lema era la conocida frase de Concepción Arenal “Odia el delito pero compadece al delincuente” e hizo instalarlo en todas las prisiones españolas. Aunque no pudo acabar su obra, todavía hoy su labor sigue siendo un ejemplo. Pero Victoria Kent también fue una adelantada en muchas otras cosas;

La España de principios del siglo XX era una época difícil sobre todo para las mujeres. El papel que la sociedad reservaba a la mujer no era llevar una vida activa y ocupar un papel destacado sino aprender las labores del hogar y permanecer en la casa, mientras los puestos de responsabilidad en cualquier esfera eran ocupados por hombres. Incluso la educación le estaba vetada. En los años treinta, a pesar del empuje que supuso la República, menos del dos por ciento de mujeres estudiaba. En la universidad de Madrid, la más avanzada, había una mujer en 1900, cuarenta en 1910 y poco más de doscientas en 1920. Así las cosas no es de extrañar que Victoria Kent nunca

asistiese a una escuela, recibiendo su formación de profesores particulares que le daban las clases en su propia casa fuera del recinto escolar. A pesar de todo a los diecisiete años ya es maestra titulada y se traslada a Madrid en 1917 decidida a estudiar Derecho, pagándose los estudios a bases de clases particulares. Gran parte de la carrera la estudia por libre debido a su necesidad de trabajar y al ambiente poco favorable a la presencia de las mujeres en una facultad de aquella época. De todas formas en 1924 tiene el honor de ser la primera mujer que ingresa en el Colegio de Abogados de Madrid. Abogada eminente su fama iría in crescendo por ganar casi todos los casos.

Su salto a la fama se produce en 1930 cuando un movimiento republicano es sofocado en Jaca. Los capitanes Galán y García Hernández pagan con la vida su intento de proclamar la república un año antes de que esta caiga por su propio peso tras unas elecciones municipales. Victoria Kent es la primera mujer en todo el mundo que actúa como abogada en un consejo de guerra. Defiende a Alberto Albornoz acusado de rebelión y consigue su absolución. Victoria Kent se convierte en la mujer más conocida del país.

Eran tiempos políticamente revueltos y Victoria Kent participa y está a la altura aunque ella se consideraba más jurista que política. Quizá no poseía las cualidades que se le suponen a los políticos de locuacidad, oratoria y trato afable, pero Victoria Kent sustituía todo ello con una sólida formación y una extraordinaria capacidad de trabajo. En 1931, aunque las mujeres no votan, sí pueden ser elegidas diputadas, y Victoria Kent lo es en las filas del Partido Radical. En las cortes republicanas mantuvo un encendido debate con la diputada Clara Campoamor en el que curiosamente Victoria Kent se opuso al voto femenino en España argumentando que las mujeres votarían muy influenciadas por la Iglesia Católica dado el poder que los confesores mantenían sobre la mujer española. El sufragio femenino llegaría por fin en 1936, año en que sería de nuevo diputada ahora por el Frente Popular, bloque de partidos de izquierda en el que estaba integrado Izquierda Republicana, el que era ahora su partido.

Desde 1931 lleva a cabo la intensa labor a la que nos hemos referido como Directora General de Prisiones y es la primera mujer que entra a formar parte de la Real Academia de Jurisprudencia.

Cuando estalla la Guerra Civil en 1936 tiene una ingente labor socorriendo niños, gestionando refugios y guarderías. El gobierno de la República le pide que se desplace a París como Primera Secretaria de la Embajada Española para ocuparse de las evacuaciones de niños españoles al país vecino. Acabada la guerra no puede regresar a España y permanece en Francia con la mala

fortuna que París es ocupado por los nazis en 1940. Victoria Kent tiene que refugiarse en la Embajada de México donde permanece un año. La Cruz Roja le facilita una identidad falsa con la que vive escondida en un suburbio de París. Toda esta experiencia es recogida en su libro “Cuatro años en París”.

Años después se traslada a México donde el gobierno de ese país le encarga volcar su experiencia en materia de prisiones trabajando en la formación de los funcionarios. En ese tiempo funda la revista “Iberia” que daría voz a los miles de exiliados del franquismo en tierras americanas. En los años cincuenta se traslada a Nueva York para trabajar en la ONU como jurista y allí se radicará definitivamente aunque vuelve a España en 1977 para conocer los nuevos aires de libertad. A punto de cumplir noventa años, muere en la ciudad de los rascacielos en 1987.



LUIS CERNUDA

Complejo y contradictorio, Luís Cernuda es considerado “raro” hasta por sus amigos. Quizá la suma de una familia asfixiante, una exigencia ética personal permanente y la imposibilidad de vivir con normalidad su tendencia homosexual le complicara la existencia. Tuvo un exacerbado amor por Sevilla y Andalucía, pero rechazaba vivir en un lugar provinciano que se creía que era el centro del universo. Buscó ambientes menos asfixiantes en lugares tan lejos de ella como Toulouse, Glasgow, Estados Unidos o México. Nunca volvió a Andalucía, pero la recreaba e idealizaba a cada paso en su obra escrita, su mente nunca salió de ella. “No quiero vivir en otro lado. Andalucía es el norte de España, [escribió] pero no la busques en ningún lado que no estará. Andalucía es el sueño que varios andaluces llevamos dentro” Cernuda es un claro referente de la Generación del 27 reivindicado hoy por los jóvenes poetas.

Nació en Sevilla en 1902, su padre, Bernardo Cernuda era comandante del Regimiento de Ingenieros e implantaba en su hogar una férrea disciplina, lo que provocó que el joven Cernuda se refugiara en sí mismo. Sus hermanas eran mucho mayores que él lo que acentuó la sensación de aislamiento y soledad que lo marcó durante toda la vida. (“Oh padre taciturno y que no le conociste/ Oh madre melancólica que no le comprendiste” escribió el). Ese agobio familiar lo hizo introvertido e hipersensible. La lectura fue su refugio desde que descubriera a Bécquer cuando empezaba el bachillerato en los Escolapios de Sevilla.

El siguiente paso fue encontrar en la Universidad con ambientes más creativo. Allí conoce a Pedro Salinas, poeta y joven profesor que descubre los valores del joven Cernuda en sus escritos en la revista de la facultad y lo invita a leer a los poetas franceses y los clásicos españoles.

Los años veinte son muy importantes para Cernuda. Se inician con la muerte de su padre. Descubre su vocación literaria en sus largos paseos por Sevilla durante el servicio militar. De ahí sale su primer libro “Perfil del aire”. En 1925 termina su carrera, conoce a Juan Ramón Jiménez de quien sería amigo y publica algunos poemas en la prestigiosa Revista de Occidente. Se relaciona con Lorca y Aleixandre y logra publicar su primer libro en Málaga en 1927.

Cuando muere su madre en 1928, la precaria situación económica agudiza la relación de amor-odio que tenía con su ciudad. Al final decide vender sus pertenencias y trasladarse a Toulouse donde Padro Salinas le había conseguido un trabajo como lector de español. El ambiente menos cerrado, la posibilidad de vivir su homosexualidad de una manera más libre, el poderse dedicar a sus aficiones como el cine, entonces mudo, o la música de jazz o el tango. todo ello junto cambia a Cernuda que rompe su timidez y aprende incluso a hablar en público, lo que se le había resistido hasta entonces. Ahora cambiará su imagen, lucirá su característico bigote y vestirá como un dandy. Toulouse le sirve además para conocer de primera mano el surrealismo francés. Poco después escribe un nuevo libro: “Los placeres prohibidos”.

Cuando, vuelto ya a España, se proclama la República en 1931 vive de lleno la explosión cultural que vive el país. Colabora en la revista “Octubre” fundada por Alberti y se enrola en curiosas aventuras culturales como los “Misioneros del Museo del Pueblo” que elaboraban copias de los cuadros del Prado para mostrar el arte a los habitantes de las comarcas más perdidas. También participa en las “Misiones Pedagógicas y Culturales” que trataba de hacer llegar la cultura a los pueblos. Ver la realidad de la España profunda lo hace ser una persona comprometida. Para algunos autores esa etapa le sirve para mitificar a Andalucía y su gente y vivir en lo sucesivo en esa ensoñación de su tierra. En esos años publica “Donde habita el olvido” y José Bergamín publica una recopilación de su obra a la que titula “La realidad y el deseo”. También funda con Alberti y otros escritores la revista “La hora de España”.

Durante la Guerra Civil trabaja activamente como antifascista en el frente cultural y en emisiones de radio. No obstante se siente decepcionado cuando personas de su entorno es acusada por los comunistas de no ser verdaderos revolucionarios. Esta situación le lleva a aceptar salir de España para ir al Reino Unido a dar unas conferencias. Ya no volverá nunca más.

Se establece en Glasgow y Cambridge, aprovecha para conocer la literatura inglesa y escribe “Ocnos” una recreación de Sevilla, para muchos el mejor libro escrito sobre la ciudad.

En 1947 lo encontramos en América, primero en Massachusetts y cinco años más tarde en Méjico, donde se escapaba frecuentemente para huir del crudo invierno norteamericano. En México lo retiene una relación amorosa de la que sale el libro “Poemas para un cuerpo”. Pero sobre todo lo retiene ser invitado a vivir en la casa de la viuda del poeta andaluz Altolaguirre, donde vivían sus hijas, yernos y nietos y donde encuentra Cernuda la familia que nunca tuvo y que le provocó esa actitud de distancia, desprecio y lejanía de la que hablaba el sevillano Romero Murube. En México encuentra además un paisaje y una arquitectura que le evocan la Andalucía que siempre sueña. En ese ambiente escribe “Variaciones sobre un tema mexicano” uno de sus mejores libros. Su carácter taciturno siempre le acompaña y así acaba muriendo en México como había vivido siempre: solo y triste. A su entierro sólo asisten nueve personas.

Si en vida tuvo escaso reconocimiento, las jóvenes generaciones de poetas reivindican cada vez más una obra que gana con el tiempo. Los nuevos poetas y la crítica encuentra en la poesía intimista e introvertida de Cernuda la cualidad de adentrarse en el alma del lector. Sin duda cada día se reconocerá más al poeta andaluz. Gil de Biedma lo dejó escrito: “la muerte está a favor de Cernuda”



RAFAEL ALBERTI

Nacido a poco de comenzar el siglo XX, su vida ocupa prácticamente toda la centuria. Gran representante de la Generación del 27, Alberti fue a la vez un poeta popular y de culta minoría. Luchador incansable, se comprometió en cada acontecimiento que le tocó vivir. Nunca renunció a sus convicciones. Tampoco perdió el acento andaluz que lo identificaba en Madrid, Roma o Argentina. Amigo de poetas y pintores, él mismo fue grande también con los pinceles. Murió en 1999 reconocido, viejo y querido. Había vivido la monarquía de Alfonso XIII, la dictadura de Primo de Rivera, la República, el exilio durante el franquismo y la llegada de la Democracia, gracias a la cual pudo regresar a su querida tierra convertido en todo un símbolo de la libertad.

Rafael Alberti nació en el Puerto de Santa María una noche de tormenta de 1902. De joven fue poco estudioso. Hacía rabona a menudo, dedicándose a pasear por la playa o a pintar a escondidas. Esas dos grandes obsesiones, el mar y la pintura, llenarían muchas de sus mejores páginas como escritor. Cuando llega a Madrid en 1917 dedica muchas tardes a visitar el Museo del Prado y a realizar copias al carboncillo de sus pintores preferidos. Una enfermedad lo lleva a recuperarse en la Sierra de Rute donde siente la nostalgia de su mar andaluz y lo recrea en los versos que se pueden leer en *Marinero en tierra*:

*“Si mi voz muriera en tierra
llevadla al nivel del mar
y dejadla en la ribera”*

Juan Ramón Jiménez al leer este libro escribió entusiasmado a Alberti para felicitarlo por su “poesía popular, pero sin acarreo fácil...nueva, fresca,

acabada...ágil, graciosa...andalucísima”. Con este libro obtendría Alberti el Premio Nacional de Literatura en 1925.

Por esta época Alberti se encuentra en la Residencia de Estudiantes donde conoce a Lorca, Salinas, Aleixandre, Gerardo Diego, Bergamín o Dámaso Alonso. Con todos ellos formará la Generación del 27 impulsados por el torero intelectual Sánchez Mejías al que dedicaría su libro “Verte y no verte”. Conocidos así por el famoso encuentro de homenaje a Góngora en su centenario en el Ateneo de Sevilla. La poesía de Alberti refleja ahora este gusto estilístico. Como se ve en “Sobre los Ángeles” (1929) su poesía pasa a ser más formal, más “gongorina”:

*“Que un caballo sin nadie va estampando
A su amazona antigua por los muros.
Que en las almenas grita muerto alguien
Que yo toqué, dormido en un espejo,
que yo mudo le dije...
No sé.
Explicádmelo”*

“Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos”, homenajea a los cómicos del cine de la época, y es ya una obra claramente surrealista como lo sería la pintura de Dalí o el cine de Buñuel:

*“ Oh!
Era yo un niño cuando los peces no nadaban,
cuando las ocas no decían misa
ni el caracol embestia al gato.
Juguemos al ratón y al gato, señorita.
Lo más triste, caballero, un reloj:
las 11, las 12, la 1, las 2.”*

Alberti se casa en 1930 con María Teresa León con la que fundaría la revista “Octubre” y daría pasos decisivos en la politización de su vida y de su obra. Ese año publica “Con los zapatos puestos me tengo que morir” obra que no está lejos de las ideas anarquistas de las que derivará Alberti a un comunismo ortodoxo tras entrar a formar parte del PC en 1931, el año en que se proclamó la República. Le seguirían otras obras de matiz político como “El poeta en la calle”, “El adefesio” o “Noche de guerra en el Museo del Prado”.

Muy comprometido, Alberti es elegido en 1936 Secretario de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Tras la derrota de la República en la Guerra Civil

marcha al exilio con su compañera María Teresa León. Vive en Argentina donde del dolor del destierro surgen las “Coplas de Juan Panadero”:

*“Éste es el pueblo andaluz,
serio, puro y desgarrado,
en las tierras de la luz.”*

En 1962 se traslada a Roma donde escribirá “La Arboleda Perdida”, su libro de memorias, y recibe la visita de numerosos intelectuales españoles.

Por fin tras la muerte de Franco regresa a España donde tiene un gran reconocimiento. No solo se reeditan sus principales obras sino que es elegido diputado por Cádiz en 1983. Alberti, que había obtenido el premio Lenin en 1966, obtiene el premio Cervantes en 1983 y es elegido miembro de la Real Academias de Bellas Artes de San Fernando en 1989.

Se mantuvo activo hasta el final de sus días. Siguió escribiendo y revisando su obra, inaugurando exposiciones de pintura, dando conciertos y recitales de poesía con Nuria Espert o Paco Ibáñez y recogiendo distinciones, condecoraciones y reconocimientos por doquier entre los que no faltan doctorados honoris causa de distintas universidades. Eternamente joven volvió a casarse a los 88 años con María Asunción Mateos, joven colaboradora y estudiosa de su obra.

Murió en 1999, junto al mar, en “Ora Marítima”, su casa del Puerto de Santa María.



MARÍA ZAMBRANO

El siglo XX ha sido un siglo difícil para la mujer. Sobre todo para aquellas que, como María Zambrano, viven activamente los acontecimientos de la época. Le tocó vivir la España de Alfonso XIII, la Dictadura de Primo de Rivera, la República, la Guerra Civil, la Dictadura de Franco, la transición y la vuelta de la Democracia y vivió cada etapa intensamente. En 1937 dando unas conferencias en Cuba se entera de la caída de Bilbao en manos de los fascistas y decide volver para ayudar a la República. ¿Por qué vuelves si la guerra está perdida?, le dicen sus amigos. “Por eso” contesta María Zambrano. Nuestra mejor filósofa siempre mantuvo una actitud ética. Por eso se tuvo que exiliar en Puerto Rico, Cuba, Méjico, Italia y Francia. No regresa a España hasta que la democracia no está consolidada en 1984. Es declarada Hija predilecta de Andalucía. Muere en Madrid en 1991 a los 87 años de edad.

María Zambrano había nacido en Vélez-Málaga en 1904 en el seno de una familia de maestros. Los continuos cambios de domicilio y la educación en una familia que se dedica a la docencia marcan a María desde muy joven. Cuando estudiaba el bachillerato sería la única mujer matriculada en su instituto. Es significativo que en la universidad decida matricularse por libre. No era fácil para una mujer destacada vivir en un mundo de hombres. La biblioteca familiar, los amigos de su padre, Machado por ejemplo, y los de su primo Miguel, Lorca, León Felipe..., le abren el encuentro con el mundo de la cultura. Ya licenciada en la Universidad comienza a trabajar como profesora en un Instituto y aprovecha para seguir cursos de Filosofía con maestros como Ortega y Gasset, Xavier Zibiri o García Morente. A María Zambrano le sorprenderá el ambiente de una clase donde se encuentra con el profesor y otros discípulos como ella. Al estudiar por libre nunca tuvo esa experiencia con anterioridad.

María Zambrano es capaz de escribir hermosísimos poemas íntimos a la vez que juzga lo que sucede a su alrededor y toma partido decididamente. Una carta suya influye decisivamente en la decisión final de Ortega y Gasset apostando por el fin de la Monarquía. Esa efervescencia política la lleva a actuar en Córdoba y otros lugares apoyando las candidaturas republicanas de 1931 cuyo triunfo en las elecciones municipales provocó el cambio de régimen. Un cambio saludado por María Zambrano: [...] todas las cabezas se alzaron hacia arriba, hacia el Ministerio de Gobernación; se abrió el balcón, apareció un hombre, un hombre solo, alto, vestido de oscuro traje ciudadano; sobrio, dueño de sí, izó la bandera de la República que traía en sus brazos y se adelantó un instante para decir unas pocas palabras, una sola frase que apenas rozó el aire, y levantando los brazos con el mismo gesto sobrio, en una voz más sonora, como se cantan las verdades, gritó: “¡Viva la República!” “¡Viva España!” [...] Alta, alta, ondeaba la bandera republicana, ahora ya del todo desplegada. Y mirándola, fijó los ojos en el reloj de la torre. Eran las seis y veinte. Las seis y veinte de la tarde un martes 14 de abril de 1931. (Zambrano, Delirio y destino)

En el nuevo régimen tiene ofertas para presentarse como candidata de las izquierdas en las cortes constituyentes pero finalmente lo rechaza para dedicarse de lleno a su puesto de profesora de Metafísica en la cátedra de Filosofía de Xavier Zubiri. En los años de la República tiene una amplia producción intelectual en las revistas más destacadas como “Cruz y Raya” o “Revista de Occidente” y ejerce su compromiso político participando ampliamente en las “Misiones pedagógicas” que intentaban llevar la cultura a los pueblos más alejados.

Casada en 1936, la guerra los sorprende en América pues su marido era diplomático. Deciden volver para apoyar al régimen democrático que representaba la República. Esa toma de partido no le impide criticar los excesos como la quema de conventos o iglesias y es que María Zambrano era una demócrata profunda.

Perdida la guerra comienza el exilio que marca la vida de María Zambrano desde 1939 hasta 1984. Francia, Nueva York, Méjico, Puerto Rico y finalmente Italia serán sus nuevos hogares. Su producción intelectual seguirá implacable. Escribe sobre Spinoza, sobre Antonio Machado, sobre San Juan de la Cruz... La Filosofía y la Poesía serán sus grandes pasiones. Con España siempre mantuvo un hilo de contacto a pesar de la lejanía del exilio. Publicaciones cuyas aparecían en revistas especializadas, entre ellas la necrológica de su maestro Ortega y Gasset publicada en 1955 en la revista *Ínsula* o el homenaje a Lorca en 1977 en la revista “Trece de Nieve”. Por esos años su figura

empieza a ser reivindicada desde dentro por filósofos como Aranguren o poetas como José Ángel Valente.

En 1981 recibe el premio Príncipe de Asturias y en 1984 es declarada Hija Predilecta de Andalucía. A su vuelta se suceden los homenajes. Honoris Causa por varias universidades, diversas revistas y colectivos premian y glosan su obra y su trayectoria. En 1988 será la primera mujer en ganar el premio Cervantes. Muerta en Madrid en 1991 sus restos yacen en Vélez-Málaga entre un naranjo y un limonero. Tenía 87 años cuando murió.



ESCULTOR FRANCISCO BUIZA

La calle en la que se asienta nuestro Instituto lleva el nombre de este escultor contemporáneo. Aunque su obra no es exclusivamente religiosa, ha destacado como imaginero. Tanto es así que procesionan imágenes salidas de su gubia en la Semana Santa de sitios tan diferentes como Sevilla, Cádiz, Málaga, Murcia y las Palmas de Gran Canaria.

Francisco Buiz Fernández nace en Carmona en 1923 y ya desde niño muestra cualidades artísticas. Sus primeros modelados en barro los realiza a la temprana edad de ocho años. Trasladada su familia a Sevilla tiene la oportunidad de trabajar en distintos talleres artesanales si bien es el de su maestro Sebastián Santos Rojas donde desarrolla el oficio centrándose primero en el acabado de las manos y desarrollando después una técnica propia resultado de la fascinación que le produce la obra de Montañés y sobre todo Juan de Mesa, autores de los que estudia desde la composición y los claroscuros hasta los detalles aparentemente secundarios que realmente dan la impronta de una obra como el abombamiento de los ojos o los rizos y tirabuzones de la cabellera. Muchos de los elementos característicos de la obra de Buiza beben en la inspiración producida por los autores de Jesús de Pasión o del Gran Poder.

Acabada su formación Buiza monta taller propio en 1953 en la llamada Casa de los artistas, frente a la sevillana iglesia de San Juan de la Palma.

La fuerza de su composición, la técnica perfecta y la lograda anatomía hace a su obra muy del gusto de las hermandades y recibe encargos de todos los puntos cardinales, sobre todo de Sevilla, Cádiz y Málaga, donde en la actualidad no hay día de la Semana Santa en la que no procesione una imagen de Francisco Buiza.

Excelente miniaturista además, en su obra destaca su labor en las andas, pasos y tronos donde sus arcángeles y evangelistas son muy característicos por su robustez y su fuerza expresiva. Para algunos estudiosos en estas obras menores brilla Buiza a excelente altura.

Una de sus obras más destacadas es la excelente imagen del Cristo de la Sangre de la Hermandad de San Benito. La talla es asombrosa a pesar de carecer todavía de la pátina del tiempo que suele ofrecer cierta belleza añeja. También son suyas la decoración de los pasos de misterio y de Cristo de la citada hermandad, cuatro espléndidas figuras de evangelistas situadas en las esquinas del paso del Crucificado.

En 1973 realiza la imagen del Cristo de la Resurrección que cierra la Semana Santa sevillana. Dos años más tarde, con su inequívoco estilo iconográfico de ángeles y querubines, talla el ángel que va en dicho paso de la hermandad del Resucitado que cierra la Semana Santa de Sevilla.

En 1974 esculpe el misterio completo del paso de las Cigarreras. Como tallista ha decorado varios pasos como los ángeles y figuras de la Estrella. Los ángeles de la hermandad de Santa Genoveva, los ángeles mancebos del Cristo del Museo, los medallones del Cristo de los Gitanos, la talla de la canastilla de la Hermandad de San Lorenzo y los ángeles del paso de los Servitas.

Una faceta en la que también destaca Buiza es la de restaurador, así en 1962 restaura la imagen de la Virgen del rocío de la hermandad del Beso de Judas.

Su obra, como hemos dicho no se circunscribe a Sevilla. Por ejemplo los Cristos de la Victoria y de la Agonía de Málaga han salido de su gubia, igual que la Virgen de la Trinidad de Cádiz.

Un accidente de moto afectó a su ingente producción en sus últimos años, finalmente murió en 1983 víctima de una grave enfermedad dejándonos no sólo el importante legado de su obra sino discípulos sucesores de la talla de José Leal, Juan Manuel Miñarro, Francisco Berlanga o Luis Álvarez Duarte.



FERNANDO QUIÑONES

Si decimos que Fernando Quiñones fue un poeta eminente ganador de numerosos premios y que dedicó buena parte de su obra a divulgar temas flamencos seguramente que quien esto lea sacará la idea de que era un castizo o un costumbrista. Si decimos que fue dos veces finalista del premio Planeta, el que lo lea pensará que premios Planeta dan uno todos los años desde hace mucho tiempo. Por mucho que digamos que Quiñones era un andaluz cabal que retrataba como nadie los tipos populares y que los elevaba a la categoría de lo universal, para quien lea esto le sonará a incienso fácil, así que quien quiera conocer a este gaditano lo mejor que puede hacer es leer cualquiera de sus poemas o cualquiera de sus relatos cortos. Jorge Luís Borges (casi nadie) escribió sobre él: “advertimos en la obra de Quiñones a un gran escritor de la literatura hispánica de nuestro tiempo o, simplemente, de la literatura”.

Quiñones nace en Chiclana en 1930. Huérfano muy pronto tiene que marchar a Cádiz al cuidado de su abuela. Los años treinta son los de la República y la Guerra Civil. En los cuarenta la postguerra y el franquismo más duro. Las cosas no estaban fáciles en sus años jóvenes, así que tuvo que ponerse a trabajar en el muelle de Cádiz a los quince años. La calle fue su universidad y se doctoró cum laude.

Amante de la poesía, a finales de los cuarenta funda una revista literaria, Parnaso, a la que seguirá Platero, ambas verán la luz hasta mediados los años cincuenta. A finales de esa década publica su primer libro de poemas, Ascanio. Con otro titulado “Cercanía de la gracia” obtendría el accésit del premio Adonais, quizá el de más prestigio de los premios de poesía.

Viajero impenitente desde esa época gusta de viajar a los países acompañado de escritores que los conocen y los aman. Así viaja a América con Félix Grande,

a Marruecos con Goytisolo o a Yemen con Antonio Hernández. En uno de esos viajes a Italia conoce a su mujer Nadia Consolani con la que tiene dos hijos.

En los años sesenta elabora unos programas de televisión para divulgar el flamenco proyectando una imagen seria y honda de nuestro arte lejos del folclorismo tan en boga en los tiempos de Franco. Todavía hoy sus programas circulan en internet y son objeto de culto entre los aficionados.

Esos mismos años colabora regularmente en la prensa escrita. Algunas de sus colaboraciones en prensa son recopiladas en libros como ocurre con “Por la América morena” que reúne cincuenta relatos.

Y es que en el relato, Quiñones, es un verdadero maestro. Casi siempre refleja historias andaluzas pero en realidad a través de ellas trata fenómenos universales. En sus relatos, aunque breves, tienen especial importancia sus personajes a los que dibuja a menudo a través de su forma de hablar. En Quiñones los personajes hablan tal como son. Borges diría que en realidad “el único tema es el hombre, y en los relatos de Fernando Quiñones está el hombre, su índole y su destino”.

En 1960 recibe el premio La Nación de Buenos Aires con “Siete historias de toros”. De ese premio surge una relación especial con Jorge Luís Borges que duraría muchos años.

Recibe muchos otros galardones como el de la Vendimia de Jerez para sus relatos “Cinco historias de vino”. En poesía también recibe los premios Gil de Biedma y Leopoldo Panero.

A partir de los años setenta consigue vivir de la literatura: conferencias, cursos, pregones, su labor como flamencólogo... su narrativa también es premiada y dos novelas suyas son finalistas del premio Planeta: se trata de “Las Mil noches de Hortensia Romero” en las que una vieja prostituta nos cuenta su vida paradójicamente llena de gracia y pureza, y “La Canción del Pirata” en la que a través de las andanzas del bribón Juan Cantueso nos relata una historia que enlaza los piratas de América con la picaresca andaluza del XVII. América y Andalucía parecen lejanos y distintos pero Quiñones nos descubre que ambos son el mundo, un mismo mundo.

Impulsó el festival cultural “Alcances” para divulgar la imagen de Cádiz, porque Fernando Quiñones veía el mundo desde Cádiz. Dejó de verlo, tras una grave enfermedad, en Noviembre de 1998. Antes de morir llevó su esposa a la Caleta porque quería hacerle un regalo y le dijo “Nadia, te regalo Cádiz”. A nosotros nos regaló su obra para disfrutarla y para que, desde Andalucía, podemos descubrir al hombre y el mundo.



CURRO ROMERO

Sevilla es una ciudad que ha recreado muchos mitos. La imaginación popular ha adoptado como suyos personajes a los que añade vivencias reales o imaginadas para que sean símbolos de la propia ciudad. Para Sevilla Hércules es su fundador, Doña María Coronel un ejemplo de sacrificio, Don Pedro el Cruel un personaje justiciero, Don Juan es un conquistador y Carmen la Cigarrera es una mujer decidida. En nuestros días Sevilla ha adoptado un nuevo mito como ejemplo de sus valores al que es posible que pronto le nacerán leyendas y que simboliza el arte supremo, el intento de buscar la perfección que, aunque es cierto que solo se consigue de tarde en tarde, merece la pena buscar siempre. Curro Romero es el mejor ejemplo de artista puro, de torero clásico, pero, por su forma peculiar de ser y de hacer las cosas, se ha convertido además en un mito de Sevilla.

Aunque se le achaca que es un torero irregular, ningún torero ha sido capaz de salir siete veces a hombros por la Puerta Grande de la plaza de Madrid ni cinco por la Puerta del Príncipe de la Real Maestranza de Sevilla, que es la más exigente, porque a diferencia de las demás hay que cortar no dos sino tres orejas en una tarde para salir por ella. Ningún torero ha sido capaz de permanecer cuarenta y dos años de vida profesional, retirándose a los sesenta y seis años, ningún torero ha sido capaz, ni de lejos, de estar anunciado en la Feria de Abril de Sevilla otros cuarenta y dos años seguidos.

Es cierto que Curro Romero ha sido un torero irregular. Entre triunfo y triunfo ha cosechado sonoras broncas porque es un torero incapaz de disimular. Si siente miedo lo muestra, si ve que el toro no es el “material” que él como artista necesita para expresar su arte será breve y conciso. Se manifestará siempre como es aunque tenga el público en contra. Y cuando esté convencido que tiene delante inspiración y materiales para hacer una

obra de arte la realizará cuando menos se espera, incluso sorprendiendo a todos cuando las condiciones sean más difíciles demostrará su genialidad inesperada. Esas tardes los críticos taurinos tendrán que hacerse poetas y expresar palabras como “tarro de esencias”, sublime, emoción... o hablar de aromas como romero, tomillo o hierbabuena para describir como es su toreo. Como dijo Curro Puya “Curro Romero es lo que nos hubiera gustado ser a todos los toreros”. Incluso en su madurez cuando le han fallado las fuerzas físicas ha sabido ganar en técnica cubriendo sus insuficiencias con la genialidad. Lo cierto es que Curro es un torero “distinto” a los demás como Sevilla es una ciudad distinta a las demás. Sus partidarios mantienen que es distinto hasta vistiendo de torero e incluso andando. Y es que Curro Romero ha mostrado esa diferencia como torero y como persona. Como torero nunca se ha doblegado a la moda del momento. Ha toreado siempre a la manera clásica, utilizando un capote y una muleta que sorprendían por su pequeño tamaño. Y como persona no ha sido nunca un torero de las revistas del corazón ni de papel couché. Amigo de muchos artistas como Camarón de la Isla, siempre ha sido reservado en lo personal, ha vivido alejado en su piso del Aljarafe, no ha dado muchas entrevistas y ha mantenido su vida privada lejos de la prensa y la televisión. Curro Romero ha sido siempre diferente, ejemplo del andaluz reservado y no del andaluz del tóxico.

Nació en 1933 en Camas, pueblo cercano a Sevilla. Comenzó a torear a los quince años en la plaza de la Pañoleta y se vistió por primera vez de luces en 1954 en un festejo sin caballos. La verdad es que sus comienzos son muy difíciles y torea en pocas ocasiones pero su éxito le iba a llegar tras tomar la alternativa en Valencia en 1954. Ese mismo año se presenta como matador en Sevilla y nunca más dejará de venir a la Feria de Abril hasta su retirada en 1999. Sus broncas se hicieron tan famosas como sus triunfos, pero incluso en las malas tardes salía de la plaza torero y ejemplar aguantando la bronca con señorío y estoicismo. Es famoso su incidente en Madrid en Junio de 1967, Curro se negó a matar un toro que consideraba toreado y por tanto peligroso e inútil para la lidia. La bronca del público fue monumental como es lógico. En el callejón tuvo unas palabras con el delegado gubernativo. Era pleno franquismo y ese incidente le costó dormir en los calabozos de la policía. Al día siguiente le dan permiso para salir y torear de nuevo, y los mismos que ayer lo querían matar lo sacan hoy a hombros de la plaza tras un grandísimo triunfo. Así ha sido siempre Curro Romero.

Ha recibido la Medalla de Oro de Andalucía en 1993, el título de Hijo Predilecto y la Medalla de Oro de Bellas Artes en 1997.

Adorado y discutido por igual, todos le reconocen una gran personalidad y carisma. Ha sido un torero tan singular que incluso ha sentado jurisprudencia

como veremos en esta anécdota que hemos dejado para el final. Un vecino de Camas llamado Domingo Ruiz fue echado de su trabajo por discutir con un cliente que se había mofado de Curro Romero. Descontento con la decisión de su empresa, Ruiz llevó el tema al juzgado. Tras la vista, el juez dictó una sentencia en la que se reconocía textualmente que “el currismo era un sentimiento, una ilusión permanente y una forma de ver la vida”, casi una religión, y que “para las convicciones profundas hay que exigir el máximo respeto”, dicho lo cual, seguía su señoría, “es explicable reaccionar ardorosamente cuando se ofenden tales convicciones”. Por tanto su señoría ordenó la readmisión del partidario de Curro Romero. Hasta en los juzgados queda claro que Curro es un torero único.



ALEJANDRO ROJAS MARCOS

La sentencia de muerte de Blas Infante lo acusaba de querer organizar un partido político andalucista. Pero aunque fue fusilado por eso, lo cierto es que nunca consiguió ese propósito. El primer partido político andalucista que vio la luz surgió en la primavera de 1965 por la tenacidad de este abogado que reunió en torno a sí a un núcleo de personas que luchaban contra la dictadura y que, además, querían sembrar en Andalucía el Ideal Andaluz por el que había muerto Blas Infante. Este dirigente andalucista conoció la cárcel y el destierro y ha cosechado tantos éxitos como derrotas electorales. Logró que el andalucismo tuviera en el Congreso más diputados que el PNV para desaparecer de las Cortes en otras convocatorias. Logró formar un grupo de diputados andalucistas en el Parlamento de Cataluña siendo la primera vez en la historia que un partido lograba tener representación en un Parlamento forastero. Hombre tenaz supo reponerse y reaparecer después de cada derrota. En su última etapa recuperó para los andalucistas la alcaldía de Sevilla y hoy dirige junto a Manuel Clavero, Rafael Escuredo y Manuel Pimentel la plataforma “Andaluces Levantaos” con el fin de despertar a la sociedad civil y llamar la atención de los peligros que pueda correr la Autonomía de Andalucía.

Alejandro Rojas Marcos nace en Sevilla en 1940 en el seno de una familia burguesa que lo envía a estudiar en el colegio Portaceli con los jesuitas. Durante una estancia en Londres para aprender inglés cuando tenía quince años decide dedicarse a la política después de conocer la libertad que se respiraba en el Reino Unido comparándolo con la España gris del franquismo de aquellos años. Pero su entrada efectiva en política se produce en la Universidad de Sevilla. Desde los dieciséis años comparte el estudio con el trabajo primero llevando la contabilidad de una granja y después con una pequeña empresa de distribución de leche con un motocarro. Entre las

empresas cuya leche distribuía estaba la vaquería que el padre de Felipe González tenía en Bellavista.

En la Universidad destaca pronto en el movimiento estudiantil de la época, milita en organizaciones obreras cristianas como la HOAC y extendiendo el movimiento estudiantil es detenido por primera vez en Oviedo.

A partir de 1962 inicia contactos con otros líderes estudiantiles para formar una organización política centrada en Andalucía. En 1965 consigue aglutinar un grupo de personas que constituyen el embrión de lo que es hoy el Partido Andalucista, si bien nacen con el nombre de Compromiso Político de Andalucía. Este grupo formaría en 1968 la Mesa democrática de Sevilla junto con el PSOE, el PCE y CCOO.

En los años 70 el grupo pasa a llamarse Alianza Socialista de Andalucía y elabora el primer anteproyecto de estatuto de autonomía después de Blas Infante. Son los primeros en hablar de autonomía para Andalucía desde la época de la República. Esos años son de gran actividad antifranquista y de lucha por la democracia y la autonomía. Rojas Marcos es detenido y procesado por el Tribunal de Orden Público, organismo en el que el franquismo juzgaba a los detenidos políticos. Es condenado a dos años de prisión. Su abogado, el profesor Clavero Arévalo consigue que parte de esa condena le sea conmutada por el destierro. Esta era una condena habitual en el franquismo para desarraigar al condenado e impedir que realizase su actividad política al llevarlo a un entorno desconocido y menos cercano. En el caso de Rojas Marcos intentaban impedir una actividad política que sabían centrada en Sevilla y Andalucía.

En 1974 Rojas Marcos es uno de los fundadores de la Junta Democrática, colectivo de partidos que pretendía el fin de la dictadura. Es elegido Secretario de la Comisión Permanente de este colectivo de oposición al franquismo.

Una de sus principales aportaciones es el rescatar y dar a conocer la figura de Blas Infante cuyo legado vinculará siempre a su Partido Andalucista. Así su colectivo es el primero en emplear la bandera andaluza en plena clandestinidad franquista, así como los demás signos de identidad como el escudo y el himno de Andalucía.

Tras la muerte de Franco vuelve del destierro y dará en 1976 en el casino de la Exposición el primer mitin político que se celebra en Andalucía tras la Guerra Civil. Su mayor éxito político fue la consecución de un grupo andalucista fuerte en la Cortes en las elecciones de 1979. El momento es

especialmente importante porque la Constitución permitía una España dual en la que hubiera autonomía solo para las nacionalidades del Norte y teniendo las demás regiones solo descentralización administrativa. Su triunfo acaba con ese esquema y se permitirá a todas las regiones acceder a la autonomía “de primera”, eso sí tras vencer duras condiciones. Andalucía lo logra en los dos referenda necesarios en 1980 y 81 superando la dura prueba y siendo desde entonces Autonomía de primera. Sin embargo los pactos con UCD para desbloquear la autonomía le cuestan un serio descalabro a su partido en las siguientes elecciones. En realidad el tema se politizó en el peor sentido debido a la rivalidad que los andalucistas mantuvieron siempre con el PSOE ya que ambos consideraban que ocupaban el mismo espacio político.

Volvió al Congreso en distintas ocasiones y consiguió situar a su partido en el gobierno de Andalucía en coalición con el PSOE, recuperaría para el andalucismo la alcaldía de Sevilla que ya tuvieron al comienzo de la democracia, pero su trayectoria estaría marcada por los altibajos propios de intentar orientar su acción política hacia el andalucismo cuando la conciencia de pueblo que tienen los andaluces es mucho más débil que la que tienen los pueblos del norte como los vascos o los catalanes.



ALFONSO GUERRA

Nacido en el barrio sevillano de San Bernardo en la primavera de 1940, en plena postguerra, y uno de los hijos más jóvenes de una familia muy numerosa, Alfonso Guerra creció en pleno franquismo en un contexto en el que había muchas dificultades para salir adelante. Ayudó a reorganizar el Partido Socialista Obrero Español en plena clandestinidad del que ha sido uno de sus más destacados dirigentes. Considerado líder del ala izquierda de su partido, ha sido vicepresidente del gobierno y vicesecretario general del Partido. Nunca se ha retirado de la política. Hoy es diputado y preside la comisión que lleva adelante el proceso de reforma del nuevo Estatuto de Autonomía para Andalucía.

El franquismo fue una etapa difícil marcada por su carácter dictatorial, antidemocrático por definición, donde no es que no existiera la libertad de expresión sino que ni siquiera existía la división de poderes. En ese contexto la resignación y el miedo eran las características dominantes en la sociedad española. Quizá por eso cobra más valor la actitud rebelde de aquellos que se atrevieron a desafiar la dictadura y a intentar luchar por el advenimiento de una democracia pluripartidista donde todos pudiéramos expresarnos y elegir libremente a nuestros gobernantes. Alfonso guerra fue de aquellos que mantuvieron una posición honorable durante el franquismo.

Había nacido nada más acabar la guerra, en 1940. Franco llamaría a ese año “El primer año triunfal”. Aunque su familia era humilde y numerosa sus padres hicieron enormes esfuerzos para costearle los estudios en el colegio laico Miguel de Mañara. Excelente estudiante se graduó en dos carreras universitarias como diplomado en Ingeniería Técnica Industrial y en Filosofía y Letras.

Sus años de estudiante universitario son también los de su concienciación política. Y decide luchar contra el sistema imperante desde la política y desde la cultura. Las posibilidades de expresarse durante el franquismo estaban tan reducidas que decide integrarse en el grupo de teatro Esperpento para ayudar desde el escenario a la toma de conciencia de los ciudadanos representando obras comprometidas que a menudo tenían problemas con la censura franquista compuesta por funcionarios que debían conocer de antemano lo que se iba a representar y podían llegar a suspender la obra, lo que sucedió en muchas ocasiones. Obras de Valle-Inclán y Jean Paul Sartre formaban parte del repertorio que representaba Esperpento. En todo este periodo Guerra seguía con sus estudios y recurría a dar clases particulares para costearse los libros y otros gastos.

Profesor de la Universidad Laboral y de la Escuela de Arquitectura de Sevilla, su amor a la cultura lo lleva a fundar la librería Anonio Machado especializada en conseguir aquellos libros difíciles de conseguir pues la dictadura a veces no los prohibía pero les imponía una tirada muy pequeña para que no circularan.

En este periodo ya es miembro del renovado Partido Socialista Obrero Español al que ayuda a reorganizar pues había quedado desarticulado tras la Guerra Civil y solo operaba en el exterior entre los emigrantes y exiliados. Con Felipe González, Rafael Escuredo, Manuel del Valle y Luis Yáñez logran articular un núcleo en el Sur que se coordina con el que Nicolás Redondo y Mújica habían organizado en el Norte. En 1974 este grupo se impone en el Congreso de Suresnes en Francia y se hace con la dirección del PSOE renovando la línea ideológica marcada en adelante por la socialdemocracia. Alfonso Guerra es el ideólogo de todos esos cambios.

En las elecciones democráticas de 1977 es elegido diputado por Sevilla siendo reelegido en todas las elecciones hasta la actualidad. Para esa fecha el PSOE está dirigido por el tándem Guerra- Felipe González. Cuando lleguen al gobierno en 1982 Felipe será el Presidente y Guerra el Vicepresidente del gobierno de España hasta 1991.

En el partido se le considera el líder del ala izquierda lo que ha llevado a mantener a veces una actitud crítica pero siempre ha sido leal con las diferentes direcciones del Partido Socialista a lo largo de estos años.

En la actualidad preside dos fundaciones marcadas ideológicamente por la defensa del socialismo, la Fundación Sistema y la Fundación Pablo Iglesias.

A lo largo de su vida ha escrito varios libros entre los que destaca “Cuando el tiempo nos alcanza” libro de memorias y autobiográfico al vez del que acaba de publicar en 2006 una nueva entrega.

En el 2005 ha sido reconocida su participación en la redacción de la Constitución española de 1978 junto a Fernando Abril Martorell por la fundación que lleva el nombre de este último.

En la actualidad preside la comisión que revisa y última el nuevo Estatuto de Autonomía para Andalucía aprobado en 2006 por el Parlamento de Andalucía.

Alfonso Guerra ha destacado siempre por tener un humor satírico y mordaz dejando para la memoria ciudadana frases célebres como aquella que pronunció al llegar al poder en 1982:”Vamos a dejar España que no la va a conocer ni la madre que la parió”.



FELIPE GONZÁLEZ

La transición política desde el franquismo a la democracia fue posible por la existencia de una generación que dio grandes políticos. Quizá el rey Juan Carlos, Adolfo Suárez y Felipe González sean los más destacados de todos ellos.

La historia de España de los dos últimos siglos ha contado con muchos andaluces en la dirección del país, pero ninguno de ellos tuvo la popularidad de este sevillano nacido en Bellavista que reorganizó el PSOE en el interior de España por primera vez desde la Guerra Civil y lo llevó al poder siendo presidente del gobierno durante catorce años. Felipe González ha demostrado ser un político de gran carisma que se ha expresado siempre en un andaluz culto y es una de las grandes figuras de nuestra política contemporánea.

Felipe González nace en 1942 en el barrio sevillano de Bellavista donde su padre regentaba un negocio de vaquería. Estudia en el Colegio Claret, colegio religioso del barrio de Heliópolis muy cerca del estadio del Real Betis Balompié. Es buen estudiante y el único de sus hermanos que llega a la Universidad. En pleno franquismo la Facultad de Derecho de Sevilla es un vivero de estudiantes que se politizan tomando partido contra el franquismo y de ahí saldrán muchos dirigentes políticos en la Transición. Felipe González entra en contacto con organizaciones católicas como la JOC y la HOAC que serán una escuela de democracia. En la Universidad coincide con otros estudiantes comprometidos como Luis Yáñez , Escuredo o Alfonso Guerra y antes de obtener la licenciatura ya formaba parte del grupo que reorganizará las Juventudes Socialistas y el Partido Socialista Obrero Español. Acabada la licenciatura amplía sus estudios de Derecho en la Universidad belga de Lovaina y a su vuelta a Sevilla montará un despacho de abogados laboristas

en la calle Capitán Vigueras que asesorará y defenderá a muchos trabajadores en sus conflictos laborales durante la última etapa del franquismo.

Ese trabajo le permite viajar por toda España donde entrará en contacto con otros grupos de socialistas que intentaban que el PSOE retomase la actividad y el protagonismo político. Eran tiempos de clandestinidad y en esa época era conocido por el alias de “Isidoro” para actuar políticamente sin dar pistas sobre su identidad real. Muerto Franco en 1976 aún seguía manteniendo ese alias en sus primeras apariciones en periódicos y en la entrevista que le hizo Eduardo Sotillos para Televisión Española. Muchos españoles pudieron observar en un Felipe González treintañero y vestido con traje de pana el prototipo del nuevo dirigente político: joven, con capacidad de expresión y sabiendo comunicar y expresar ideas, lo que estaba bastante lejos de los políticos carcamales del franquismo, viejos e incapaces de hacer otra cosa que no fuera repetir consignas grandilocuentes.

Para entonces, Felipe González ya era Secretario General del Partido Socialista. Lo había logrado en el Congreso que los socialistas celebraron en Suresnes, Francia en 1974. Como otros partidos, el PSOE organizaba sus convenciones en Francia al no permitirse la existencia de partidos en España. Felipe González era dirigente del PSOE desde 1970 pero había dimitido por discrepancias con la forma de llevar el partido la ejecutiva liderada por Llopi, formada por exiliados que no conocían bien lo que estaba pasando en el interior de España. Este carácter de líder carismático que, a veces toma decisiones contracorriente acompañará a Felipe González durante toda su vida. Así ocurrió cuando en 1979 llegó a dimitir unas horas para convencer a su partido que tenía que abandonar el marxismo o en el cambio de posición del PSOE respecto a la OTAN llegando a ganar un referéndum que muchos daban por perdido.

Lo cierto es que Felipe González renueva el PSOE, lo modera llevándolo al centro izquierda, lo convierte en una fuerza decisiva en la España de la transición y logra que gane las elecciones en 1982 manteniéndose en el poder hasta 1996 en que fue derrotado por José María Aznar. En esa etapa España adquiere un desarrollo importante, se culmina la integración en Europa comenzada por anteriores gobiernos y se llevan a cabo importantes obras públicas. A Felipe González no le tembló el pulso a la hora de acometer medidas impopulares como la reconversión industrial o la reformas laborales. Estas crisis provocarán que los sindicatos convoquen contra su gobierno las primeras huelgas generales que hubo en España desde la República. En política exterior alineó claramente a España en el bloque occidental manteniendo esta postura incluso durante la primera Guerra del Golfo.

Vencido en las elecciones de 1996 dimitió por sorpresa en el congreso socialista de 1997 sucediéndole Joaquín Almunia que da paso a una nueva generación de dirigentes al frente del PSOE.

En la actualidad está casi retirado de la política limitándose a dar conferencias, a dirigir la Fundación Progreso Global y a asesorar a su partido en política internacional.

Felipe González es un andaluz que ha marcado toda una época de la historia de España. Muchos recuerdan su gran carisma capaz no solo de explicar pedagógicamente a la gente sencilla las grandes ideas políticas sino que su liderazgo llega incluso a hacer populares aspectos secundarios como su forma de vestir o sus aficiones como el billar o los bonsais.